Edward H. Carr ¿Qué es la historia? 2 Ariel

ganz1912

2

Edward H. Carr

¿Qué es la historia?

Edición definitiva

Ariel

Edward Hallet Carr no es sólo uno de los más eminentes historiadores de nuestra época, sino también una de las figuras intelectuales que mayor influencia política han ejercido, sobre todo en el dominio de la política internacional y en momentos cruciales de la historia. Terminada la guerra, Carr se consagró a la redacción de su obra maestra: la monumental *A History of Soviet Russia.* La serie de conferencias que reproduce el presente libro es una meditación sobre el objeto, la finalidad y el método de la historia, considerada en su doble y combinado aspecto de investigación llevada a cabo por el historiador y de los acontecimientos del pasado que investiga. A la pregunta de si puede darse una historia objetiva responde el autor negativamente, convencido de que la interpretación es elemento constituyente del dato histórico. Al afirmar el autor que el historiador debe ver el pasado con los ojos del presente, abunda en la famosa frase de Croce según la cual toda la historia es historia contemporánea.

Ariel



E. H. CARR

¿QUÉ ES LA HISTORIA

Conferencias «George Macaulay Trevelyan» dictadas en la Universidad de Cambridge en enero - marzo de 1961



BIBLIOTECA BREVE
PLANETA/SEIX BARRAL, S.A.
BARCELONA - CARACAS - MÉXICO

Título original: What is History?
Traducción: Joaquín Romero Maura
Traducción de la introducción y del capítulo de R. W. Davies:
Horacio Vázquez Rial

Reimpresión exclusiva para México de
Editorial Planeta Mexicana S.A. de C.V.
Av. Insurgentes Sur 1162, Col. Del Valle
México, D.F., 03100

Novena reimpresión en Colección Ariel (México): junio de 1991.

ISBN: 968-6640-22-3

Impreso en México - Printed in Mexico

«Me maravillo a menudo de que resulte tan pesada, porque gran parte de ella debe de ser pura invención.»

Catherine Morland,
hablando de la Historia.

(JANE AUSTEN, *Northanger Abbey,* cap. XIV)

1

El historiador y los hechos

¿Qué es la historia? Para precaverme contra quien encuentre superflua o falta de sentido la pregunta, voy a partir de textos relacionados respectivamente con la primera y la segunda encarnaciones de la *Cambridge Modern History.* He aquí a Acton, en su informe a los síndicos de la Cambridge University Press acerca de la obra que se había comprometido a dirigir:

> Es ésta una oportunidad sin precedente de reunir, en la forma más útil para los más, el acervo de conocimiento que el siglo XIX nos está legando. Mediante una inteligente división del trabajo seríamos capaces de hacerlo y de poner al alcance de cualquiera el último documento y las conclusiones más elaboradas de la investigación internacional.
>
> No podemos, en esta generación, formular una historia definitiva; pero sí podemos eliminar la historia convencional, y mostrar a qué punto hemos llegado en el trayecto que va de ésta a aquélla, ahora que toda la información es asequible, y que todo problema es susceptible de solución (1).

(1) *The Cambridge Modern History: Its Origin, Authorship nad Production* (1907), págs. 10-12.

Y transcurridos casi exactamente sesenta años, el profesor Sir George Clark, en su introducción general a la segunda *Cambridge Modern History*, comentaba aquel convencimiento de Acton y sus colaboradores de que llegaría el día en que fuese posible presentar una «historia definitiva», en los siguientes términos:

> Los historiadores de una generación posterior no esperan cosa semejante. De su trabajo, esperan que sea superado una y otra vez. Consideran que el conocimiento del pasado ha llegado a nosotros por mediación de una o más mentes humanas, ha sido «elaborado» por éstas, y que no puede, por tanto, consistir en átomos elementales e impersonales que nada puede alterar... La exploración no parece tener límites y hay investigadores impacientes que se refugian en el escepticismo, o cuando menos en la doctrina de que, puesto que todo juicio histórico implica personas y puntos de vista, todos son igual de válidos y no hay verdad histórica «objetiva» (2).

Cuando los maestros se contradicen de modo tan flagrante, es lícito intentar averiguar qué sucede. Espero hallarme lo bastante al día como para darme cuenta de que algo escrito en la última década del siglo pasado tiene que ser un disparate. Pero no estoy lo suficientemente adelantado como para compartir la opinión de que cualquier cosa escrita en estos últimos diez años forzosamente tiene que ser verdad. Sin duda habrán pensado ustedes ya que esta in-

(2) *The New Cambridge Modern History*, i (1957), p. XXIV-XXV.

vestigación puede parar en algo que rebase los límites de la naturaleza de la historia. El desacuerdo entre Acton y Sir George Clark refleja el cambio sufrido por nuestra concepción de conjunto de la sociedad en el intervalo entre ambas afirmaciones. Acton es un exponente de la fe positiva, de la clarividente confianza propia en uno mismo, que caracteriza la última fase de la época victoriana; Sir George Clark refleja la perplejidad y el escepticismo conturbado de la generación «rebelde». Cuando tratamos de contestar a la pregunta ¿Qué es la Historia?, nuestra respuesta, consciente o inconscientemente, refleja nuestra posición en el tiempo, y forma parte de nuestra respuesta a la pregunta, más amplia, de qué idea hemos de formarnos de la sociedad en que vivimos. No temo que parezca trivial, visto más de cerca, el tema escogido. Sólo me asusta parecer pretencioso por haber planteado problema tan amplio e importante.

El siglo XIX fue una gran época para los hechos. «Lo que yo quiero —dice Mr. Gradgrind en *Tiempos difíciles*—, son Hechos... Lo único que se necesita en la vida son Hechos.» En conjunto, los historiadores decimonónicos estaban de acuerdo con él. Cuando Ranke, en el cuarto decenio del siglo, apuntaba, en legítima protesta contra la historia moralizadora, que la tarea del historiador era «sólo mostrar lo que realmente aconteció *(wie es eigentlich gewesen)*», este no muy profundo aforismo tuvo un éxito asombroso. Tres generaciones de historiadores alemanes, británicos e incluso franceses, se lanzaron al combate entonando la fórmula mágica «*Wie es eigentlich gewesen*»,

a modo de conjuro, encaminada, como casi todos los conjuros, a ahorrarles la cansada obligación de pensar por su cuenta. Los positivistas, ansiosos por consolidar su defensa de la historia como ciencia, contribuyeron con el peso de su influjo a este culto de los hechos. Primero averiguad los hechos, decían los positivistas; luego deducid de ellos las conclusiones. En Gran Bretaña, esta visión de la historia encajó perfectamente con la tradición empírica, tendencia dominante de la filosofía británica de Locke a Bertrand Russell. La teoría empírica del conocimiento presupone una total separación entre el sujeto y el objeto. Los hechos, lo mismo que las impresiones sensoriales, inciden en el observador desde el exterior, y son independientes de su conciencia. El proceso receptivo es pasivo: tras haber recibido los datos, se los maneja. El *Oxford Shorter English Dictionary*, útil pero tendenciosa obra de la escuela empírica, delimita claramente ambos procesos cuando define el hecho como «dato de la experiencia, distinto de las conclusiones». A esto puede llamársele concepción de sentido común de la historia. La historia consiste en un cuerpo de hechos verificados. Los hechos los encuentra el historiador en los documentos, en las inscripciones, etcétera, lo mismo que los pescados sobre el mostrador de una pescadería. El historiador los reúne, se los lleva a casa, donde los guisa y los sirve como a él más le apetece. Acton, de austeras aficiones culinarias, los prefería con un condimento sencillo. En su carta de instrucciones a los colaboradores de la primera *Cambridge Modern History*, formulaba el requisito de que «nuestro Waterloo debe ser satisfactorio para franceses e ingleses, alemanes y holandeses por igual: que nadie pueda decir, sin antes exa-

minar la lista de los autores, dónde dejó la pluma el Obispo de Oxford, y dónde la tomaron Fairbairn o Gasquet, dónde Liebermann o Harrison» (3). Hasta el propio Sir George Clark, no obstante su desacuerdo con el enfoque de Acton, contraponía «el sólido núcleo de los hechos» en la historia, a «la pulpa de las interpretaciones controvertibles que lo rodea» (4), olvidando acaso que en la fruta da más satisfacción la pulpa que el duro hueso. Cerciórense primero de los datos, y luego podrán aventurarse por su cuenta y riesgo en las arenas movedizas de la interpretación: tal es la última palabra de la escuela histórica empírica del sentido común. Ello recuerda el dicho favorito del gran periodista liberal C. P. Scott: «Los hechos son sagrados, la opinión libre».

Pero está claro que así no se llega a ninguna parte. No voy a embarcarme en una disquisición filosófica acerca de la naturaleza de nuestro conocimiento del pasado. Supongamos, a efectos de la discusión presente, que el hecho de que César pasara el Rubicón y el hecho de que haya una mesa en el centro de esta sala son datos de igual orden, o de orden parecido, y que ambos datos penetran en nuestra conciencia de modo igual o parecido, y que ambos tienen además el mismo carácter objetivo en relación con la persona que los conoce. Pero aun en el caso de esta suposición atrevida y no del todo plausible, nuestro razonamiento topa con el obstáculo de que no todos los datos acerca del pasado son hechos históricos, ni son tratados como tales por el historiador. ¿Qué criterio separa los hechos históricos de otros datos acerca del pasado?

(3) ACTON, *Lectures on Modern History* (1906), pág. 318.
(4) Citado en *The Listener*, 19 de junio de 1952, pág. 992.

¿Qué es un hecho histórico? Es ésta una cuestión crucial en la que hemos de fijarnos algo más atentamente. Según el punto de vista del sentido común, existen hechos básicos que son los mismos para todos los historiadores y que constituyen, por así decirlo, la espina dorsal de la historia: el hecho, pongamos por caso, de que la batalla de Hastings se librara en 1066. Mas esta opinión sugiere dos observaciones. La primera, que no son datos como éste los que interesan fundamentalmente al historiador. Sin duda es importante saber que la gran batalla tuvo lugar en 1066 y no en 1065 ó 1067, o que se librara en Hastings, en vez de en Eastbourne o Brighton. El historiador tiene que saber estas cosas con exactitud. Pero, cuando se suscitan problemas como éste, recuerdo siempre aquella observación de Housman: «la precisión es un deber, no una virtud» (5). Elogiar a un historiador por la precisión de sus datos es como encomiar a un arquitecto por utilizar, en su edificio, vigas debidamente preparadas o cemento bien mezclado. Ello es condición necesaria de su obra, pero no su función esencial. Precisamente en cuestiones de éstas se reconoce al historiador el derecho a fundarse en las que se han llamado «ciencias auxiliares» de la historia: la arqueología, la epigrafía, la numismática, la cronología, etc. No se espera del historiador que domine las técnicas especiales merced a las cuales el perito sabrá determinar el origen y el período de un fragmento de cerámica o de mármol, o descifrar una inscripción oscura, o llevar a cabo los complejos cálculos astronómicos necesarios para fijar una fecha precisa. Los llamados datos bá-

(5) *M. Manilii Astronomicon: Liber Primus* (2.ª ed. 1937), página 87.

sicos, que son los mismos para todos los historiadores, más bien suelen pertenecer a la categoría de materias primas del historiador que a la historia misma. La segunda observación que hemos de hacer es que la necesidad de fijar estos datos básicos no se apoya en ninguna cualidad de los hechos mismos, sino en una decisión que formula el historiador *a priori*. A pesar de la sentencia de C. P. Scott, todo periodista sabe hoy que la forma más eficaz de influir en la opinión consiste en seleccionar y ordenar los hechos adecuados. Solía decirse que los hechos hablan por sí solos. Es falso, por supuesto. Los hechos sólo hablan cuando el historiador apela a ellos: él es quien decide a qué hechos se da paso, y en qué orden y contexto hacerlo. Si no me equivoco, era un personaje de Pirandello quien decía que un hecho es como un saco: no se tiene de pie más que si metemos algo dentro. La única razón por la que nos interesa saber que la batalla se libró en Hastings en 1066 estriba en que los historiadores lo consideran hecho histórico de primordial importancia. Es el historiador quien ha decidido, por razones suyas, que el paso de aquel riachuelo, el Rubicón, por César, es un hecho que pertenece a la historia, en tanto que el paso del Rubicón por millones de otras personas antes y después, no interesa a nadie en absoluto. El hecho de que ustedes llegaran a este edificio hace media hora, a pie, en bicicleta o en coche, es un hecho del pasado como pueda serlo el hecho de que César pasara el Rubicón. Pero los historiadores dejarán seguramente de tener en cuenta el primero de ambos hechos. El profesor Talcott Parsons calificó una vez la ciencia de «sistema selectivo de orientaciones cognitivas

hacia la realidad» (6). Tal vez podría haberse dicho con más sencillez. Pero lo cierto es que la historia es eso, entre otras cosas. El historiador es necesariamente selectivo. La creencia en un núcleo óseo de hechos históricos existentes objetivamente y con independencia de la interpretación del historiador es una falacia absurda, pero dificilísima de desarraigar.

Echemos una ojeada sobre el proceso por el cual un mero dato del pasado se convierte en un hecho histórico. En 1850, en Stalybridge Wakes, un vendedor de golosinas era deliberadamente golpeado hasta la muerte por una muchedumbre enfurecida, tras una disputa sin importancia. ¿Es ello un hecho histórico? Hace un año hubiese contestado que no sin vacilar. Lo había recogido un testigo ocular en ciertas memorias poco conocidas (7); pero nunca vi que ningún historiador lo considerase digno de mención. Hace un año, el Dr. Kitson Clark lo citó en sus Conferencias Ford en Oxford (8). ¿Confiere esto al dato el atributo de histórico? Creo que aún no. Su situación actual, diría yo, es la de que se ha presentado su candidatura para el ingreso en el selecto club de los hechos históricos. Se encuentra ahora aguardando partidarios y patrocinadores. Puede que en años sucesivos veamos aparecer este dato, primero en notas a pie de página, y luego en el texto, en artículos y libros acerca de la Inglaterra decimonónica, y que dentro de veinte o treinta años haya pasado a ser un hecho histórico sólidamente arraigado. Como también pue-

(6) T. PARSONS y E. SHILS, *Towards a general theory of Action* (3.ª ed. 1954), pág. 167.

(7) Lord GEORGE SANGER, *Seventy Years a Showman* (2.ª ed. 1929), págs. 188-189.

(8) Serán publicadas en breve bajo el título de: *The Making of Victorian England*.

de que nadie lo mencione, en cuyo caso volverá a sumirse en el limbo de los hechos del pasado no pertenecientes a la historia, de donde el Dr. Kitson Clark ha tratado generosamente de salvarlo. ¿Qué será lo que decida cuál de ambas cosas ha de suceder? Dependerá, pienso yo, de que la tesis o la interpretación en apoyo de la cual el Dr. Kitson Clark cité este incidente sea aceptada por los demás historiadores como válida e importante. Su condición de hecho histórico dependerá de una cuestión de interpretación. Este elemento interpretativo interviene en todos los hechos históricos.

Permítaseme evocar un recuerdo personal. Cuando yo estudiaba historia de la Antigüedad en esta misma Universidad, años ha, hube de dedicarme especialmente al tema de «Grecia en la época de las guerras médicas». Reuní en mis estanterías unos quince o veinte volúmenes, dando por supuesto que hallaría, en aquellos tomos, todos los datos relativos a mi tema. Supongamos —lo que era casi del todo cierto— que aquellos libros contenían todos los datos que se conocían entonces, o que podían conocerse. Ni por un momento se me ocurió investigar en virtud de qué accidente o de qué proceso de erosión había sobrevivido aquella reducidísima selección de datos, entre los miles y miles de hechos que alguna vez tuvieron que ser conocidos de alguien, para convertirse en *los* hechos de la historia. Sospecho que aún hoy una de las fascinaciones que ejerce la historia antigua y medieval radica en la impresión que nos da de tener a nuestra disposición todos los datos, dentro de unos límites controlables: la movediza barrera que separa los hechos históricos de los que no lo son se esfuma porque los pocos hechos conocidos

son todos ellos históricos. Como dijo Bury, que estudió ambos períodos, «el acervo de datos con que cuenta la historia antigua y medieval está plagado de lagunas» (9). Se ha dicho que la historia es un gigantesco rompecabezas en el que faltan numerosos trozos. Mas el problema principal no estriba en las lagunas. Nuestra imagen de Grecia en el siglo v antes de nuestra era es deficiente, y no sobre todo por haberse perdido tantos fragmentos de ella accidentalmente, sino por ser, en líneas generales, la imagen que plasmó un reducido grupo de personas de la ciudad de Atenas. Nosotros sabemos bastante bien qué opinión tenía de la Grecia del siglo v un ciudadano ateniense; pero ignoramos qué le parecía a un espartano, a un corintio o a un tebano, por no decir a un persa, a un esclavo o a otro residente en Atenas que no fuese ciudadano. Nuestra imagen ha sufrido una selección y una determinación previas antes de llegar a nosotros, no tanto por accidente como por personas consciente o inconscientemente imbuidas de una óptica suya peculiar, y que pensaron que los datos que apoyaban tal punto de vista merecían ser conservados. Así también, cuando leo en una historia contemporánea de la Edad Media que la gente, en la Edad Media, era profundamente religiosa, me pregunto cómo lo sabemos y si es cierto. Los que conocemos como hechos de la historia medieval han sido casi todos seleccionados para nosotros por generaciones de cronistas que por su profesión se ocupaban de la teoría y la práctica de la religión y que por lo tanto la conideraban como algo de suprema importancia, y recogían cuanto a ella atañía y no gran cosa más. La imagen del campesino ruso pro-

(9) J. B. Bury, *Selected Essays* (1930), pág. 52.

fundamente religioso fue destruida por la revolución de 1917. La imagen del hombre medieval profundamente religioso, sea verdadera o falsa, es indestructible, ya que casi todos los datos que acerca de él se conocen fueron seleccionados de antemano por personas que creyeron en ella, y que querían que los demás la compartieran, en tanto que muchos otros datos, en los que acaso hubiéramos hallado pruebas de lo contrario, se han perdido sin remisión. El peso muerto de generaciones desaparecidas de historiadores, amanuenses y cronistas, ha determinado sin posibilidad de apelación nuestra idea del pasado. «La historia que leemos», escribe el Profesor Barraclough, medievalista a su vez, «aunque basada en los hechos, no es, en puridad, en absoluto fáctica, sino más bien una serie de juicios admitidos» (10).

Pero pasemos ahora a la carga, distinta aunque igualmente pesada, del historiador que se ocupa de la época moderna y contemporánea. El historiador de la antigüedad o el medievalista podrán estar agradecidos del amplio proceso de trilla que, andando el tiempo, ha puesto a su disposición un cuerpo manejable de datos históricos. Como dijera Lytton Strachey con su impertinente estilo, «el primer requisito del historiador es la ignorancia, una ignorancia que simplifica y aclara, selecciona y omite» (11). Cuando me siento tentado, como me ocurre a veces, a envidiar la inmensa seguridad de colegas dedicados a la historia antigua o medieval, me consuela la idea de que tal seguridad se debe, en gran parte, a lo mucho que ignoran de sus temas. El historiador de

(10) G. Barraclough, *History in a changing world* (1955), página 14.
(1)) Lytton Strachey, Prólogo a *Eminent Victorians*.

épocas más recientes no goza de ninguna de las ventajas de esta inexpugnable ignorancia. Debe cultivar por sí mismo esa tan necesaria ignorancia, tanto más cuanto más se aproxima a su propia época. Le incumbe la doble tarea de descubrir los pocos datos relevantes y convertirlos en hechos históricos, y de descartar los muchos datos carentes de importancia por ahistóricos. Pero esto es exactamente lo contrario de la herejía decimonónica, según la cual la historia consiste en la compilación de la mayor cantidad posible de datos irrefutables y objetivos. Quien caiga en tal herejía, o tendrá que abandonar la historía por considerarla tarea inabarcable y dedicarse a coleccionar sellos o a cualquier otra forma de coleccionismo, o acabará en el manicomio. Esta herejía es la que tan desvastadores efectos ha tenido en los últimos cien años para el historiador moderno, produciendo en Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos una amplia y creciente masa de historias fácticas, áridas como lo que más, de monografías minuciosamente especializadas, obra de aprendices de historiadores sabedores cada vez más acerca de cada vez menos, perdidos sin dejar rastro en un océano de datos. Me temo que fuera esta herejía —más que el conflicto, alegado al respecto, entre la lealtad al liberalismo o al catolicismo— lo que malogró a Acton como historiador. En un ensayo de su primera época, dijo de su maestro Döllinger: «Por nada escribiría partiendo de un material imperfecto, y para él todo material era imperfecto» (12). Acton

(12) Citado por G. P. Gooch, *History and Historians in the Nineteenth Century*, pág. 385; ulteriormente dijo Acton de Döllinger que "le fue dado configurar su filosofía de la historia sobre la mayor inducción jamás al alcance del hombre" (*History of Freedom and Other Essays*, 1907, pág. 435).

estaba sin duda pronunciando aquí un veredicto anticipado sobre sí mismo, sobre aquel curioso fenómeno de un historiador en el que muchos ven el más distinguido ocupante que la cátedra Regius de Historia Moderna en esta Universidad ha tenido nunca, y que, sin embargo, no escribió ninguna historia. Y Acton escribió su propio epitafio en la nota introductoria al primer volumen de la *Cambridge Modern History* publicado a poco de su muerte, cuando lamentaba que los requerimientos que agobiaban al historiador «amenazan con convertirle, de hombre de letras, en compilador de una enciclopedia» (13). En alguna parte había un error. Y el error era la fe en esa incansable e interminable acumulación de hechos rigurosos vistos como fundamento de la historia, la convicción de que los datos hablan por sí solos y de que nunca se tienen demasiados datos, convicción tan inapelable entonces que fueron pocos los historiadores del momento que creyeron necesario —y hay quienes todavía siguen creyéndolo innecesario— plantearse la pregunta ¿Qué es la Historia?

El fetichismo decimonónico de los hechos venía completado y justificado por un fetichismo de los documentos. Los documentos eran, en el templo de los hechos, el Arca de la Alianza. El historiador devoto llegaba ante ellos con la frente humillada, y hablaba de ellos en tono reverente. Si los documentos lo dicen, será verdad. Mas, ¿qué nos dicen, a fin de cuentas, tales documentos: los decretos, los tratados, las cuentas de los arriendos, los libros azules, la correspondencia oficial, las cartas y los diarios privados? No hay documento que pueda decirnos

(13) *Cambridge Modern History*, i (1902), 4.

acerca de un particular más de lo que opinaba de él su autor, lo que opinaba que había acontecido, lo que en su opinión tenía que ocurrir u ocurriría, o acaso tan sólo lo que quería que los demás creyesen que él pensaba, o incluso solamente lo que él mismo creyó pensar. Todo esto no significa nada, hasta que el historiador se ha puesto a trabajar sobre ello y lo ha descifrado. Los datos, hayan sido encontrados en documentos o no, tienen que ser elaborados por el historiador antes de que él pueda hacer algún uso de ellos: y el uso que hace de ellos es precisamente un proceso de elaboración.

Voy a ilustrar lo que trato de decir con un ejemplo que casualmente conozco bien. Cuando Gustav Stresemann, el ministro de Asuntos Exteriores de la República de Weimar, murió en 1929, dejó una masa ingente —300 cajas llenas— de documentos oficiales, semioficiales y privados, relativos casi todos a los seis años durante los cuales tuvo a su cargo la cartera de Asuntos Exteriores. Como es lógico, sus amigos y familiares pensaron que la memoria de hombre tan insigne debía honrarse con un monumento. Su leal secretario Bernhard puso manos a la obra; y en un plazo de tres años salieron tres gruesos volúmenes de unas 600 páginas cada uno, que contenían una selección de los documentos de las 300 cajas, y que llevaban el impresionante título de *Stresemanns Vermächtnis* («El legado de Stresemann»). En circunstancias normales, los documentos propiamente dichos habrían ido descomponiéndose en algún sótano o desván, y se habrían perdido para siempre. O acaso, al cabo de un centenar de años o así, habría dado con ellos cierto investigador curioso y emprendido su comparación con el texto de Bernhard. Lo realmente

ocurrido fue mucho más truculento. En 1945 los documentos cayeron en las manos de los gobiernos británico y norteamericano, quienes los fotografiaron todos y pusieron las fotocopias a disposición de los investigadores en el *Public Record Office* de Londres y en los *National Archives* de Washington, de forma que, con la suficiente curiosidad y paciencia, podemos ver con exactitud lo hecho por Bernhard. Lo que había hecho no era ni insólito ni indignante. Cuando Stresemann murió, su política occidental parecía haber sido coronada por una serie de brillantes éxitos: Locarno, la admisión de Alemania en la Sociedad de Naciones, los planes Dawes y Young y los empréstitos norteamericanos, la retirada de los ejércitos aliados de ocupación del territorio del Rhin. Parecía ésta la parte importante a la vez que fructífera de la política exterior de Stresemann: y no es de extrañar que la selección documental de Bernhard destacase con mucho este aspecto. Por otra parte, la política oriental de Stresemann, sus relaciones con la Unión Soviética, parecían no haber llevado a ninguna parte, y como no eran muy interesantes ni engrandecían en nada la fama del estadista aquellos montones de documentos acerca de negociaciones que no dieron más que triviales resultados, el proceso de selección podía ser más riguroso. En realidad Stresemann dedicó una atención mucho más constante y solícita a las relaciones con la Unión Soviética, que desempeñaron un papel mucho mayor en el conjunto de su política extranjera, de lo que puede deducir el lector de la antología de Bernhard. Pero me temo que muchas colecciones publicadas de documentos, sobre las que se funda sin vacilaciones el historiador normal, son peores que los volúmenes de Bernhard.

Pero mi historia no termina aquí. Poco después de publicados los tomos de Bernhard, subió Hitler al poder. Se relegó al olvido en Alemania el nombre de Stresemann y los libros desaparecieron de la circulación: muchos ejemplares, quizás la mayoría, fueron destruidos. En la actualidad, el *Stresemanns Vermächtnis* es un libro más bien difícil de encontrar. Pero en Occidente, la fama de Stresemann se mantuvo firme. En 1935 un editor inglés publicó una traducción abreviada de la obra de Bernhard, una selección de la selección de Bernhard: se omitió aproximadamente la tercera parte del original. Sutton, conocido traductor del alemán, hizo su trabajo bien y de modo competente. La versión inglesa, explicaba en el prólogo, estaba «ligeramente condensada, pero solamente por la omisión de una parte de lo que —en su sentir— era lo más efímero... de escaso interés para los lectores o estudiosos ingleses» (14). Esto también es bastante natural. Pero el resultado es que la política oriental de Stresemann, ya insuficientemente destacada en la edición de Bernhard, se pierde aún más de visa, y en los volúmenes de Sutton la Unión Soviética aparece como un mero intruso ocasional, y más bien inoportuno, en la política predominantemente occidental de Stresemann. Sin embargo conviene dejar sentado que es Sutton, y no Bernhard —y menos aún los documentos mismos— quien representa para el mundo occidental, salvo unos cuantos especialistas, la auténtica voz de Stresemann. De haber desaparecido los documentos en 1945, durante los bombardeos, y de haberse perdido el rastro de los restantes volúmenes de Bernhard, nunca se

(14) *Gustav Stresemann, His Diaries, Letters and Papers,* i (1935). Nota de Sutton, a cuyo cargo corrió la selección.

hubieran puesto en tela de juicio la autenticidad y la autoridad de Sutton. Muchas colecciones impresas de documenos aceptadas de buena gana por los historiadores a falta de los originales, descansan sobre una base tan precaria como ésta.

Pero quiero llevar aún más lejos la historia. Olvidemos lo dicho acerca de Bernhard y Sutton, y agradezcamos el poder, si lo deseamos, consultar los documentos auténticos de uno de los principales actores de algunos de los acontecimientos importantes de la historia europea reciente. ¿Qué nos dicen los documentos? Contienen entre otras cosas notas de unos cuantos centenares de conversaciones entre Stresemann y el embajador soviético en Berlín, y de una veintena con Chicherin. Tales notas tienen su rasgo en común. Presentan a un Stresemann que se llevaba la parte del león en las conversaciones, y revelan sus argumentos invariablemente ordenados y atractivos, en tanto que los de su interlocutor son las más de las veces vacíos, confusos y nada convincentes. Es ésta una característica común a todos los apuntes de conversaciones diplomáticas. Los documentos no nos dicen lo que ocurrió, sino tan sólo lo que Stresemann creyó que había ocurido, o lo que deseaba que los demás pensaran, o acaso lo que él mismo quería creer que había ocurido. El proceso seleccionador no lo empezaron Bernhard ni Sutton, sino el mismo Stresemann. Y si tuviéramos, por ejemplo, los apuntes de Chicherin acerca de dichas conversaciones, nos quedaríamos sin embargo enterados tan sólo de lo que de ellas pensaba Chicherin, y lo que realmente ocurrió tendría igualmente que ser reconstruido en la mente del historiador. Claro que datos y documentos son esenciales para el historiador. Pero hay

que guardarse de convertirlos en fetiches. Por sí solos no constituyen historia; no brindan por sí solos ninguna respuesta definitiva a la fatigosa pregunta de qué es la Historia.

Llegados a este punto, quisiera decir unas palabras sobre la razón por la que los historiadores del siglo pasado solían desentenderse de la filosofía de la historia. La expresión la inventó Voltaire, y desde entonces se la viene utilizando en distintas acepciones; pero yo la usaré, si es que alguna vez la uso, como contestación a nuestra pregunta: ¿Qué es la Historia? Para los intelectuales de Europa occidental el siglo XIX fue un período cómodo que respiraba confianza y optimismo. Los hechos resultaban satisfactorios en conjunto; y la inclinación a plantear y contestar preguntas molestas acerca de ellos fue por lo tanto débil. Ranke creía piadosamente que la divina providencia se encargaría del significado de la historia, si él se encargaba de los hechos; y Burckhardt, con un matiz cínico más moderno, observaba que «no estamos iniciados en los designios de la eterna sabiduría». El profesor Butterfield apuntaba con visible satisfacción, nada menos que en 1931, que «los historiadores han reflexionado poco acerca de la naturaleza de las cosas y aun acerca de la naturaleza de su propia materia de estudio» (15). Pero mi predecesor en estas conferencias, el Dr. A. L. Rowse, más preciso en su crítica, escribió de «*La Crisis Mundial*» de Sir Winston Churchill (su libro acerca de la primera Guerra Mundial) que, aunque estaba a la altura de la *Historia de la Revolución Rusa* de Trotsky en lo que hacía a personalidad, viveza y vitalidad, quedaba por de-

(15) H. Butterfield, *The Whig Interpretation of History* (1931), página 67.

bajo de ella a un respecto: «no había detrás filosofía de la historia alguna» (16). Los historiadores británicos se negaron a dejarse arrastrar, no porque creyesen que la historia carece de sentido, sino porque creían a éste implícito y evidente. La concepción liberal de la historia del siglo XIX tenía una estrecha afinidad con la doctrina económica del *laissez-faire*, producto también de una visión del mundo serena y confiada. Que cada cual prosiga con su especialidad, y ya proveerá la mano oculta a la armonía universal. Los hechos de la historia eran por sí mismos una prueba del hecho supremo de que existía un progreso benéfico, y al parecer infinito, hacia cosas más elevadas. Era aquélla la edad de la inocencia, y los historiadores paseaban por el Jardín del Edén sin un retazo de filosofía con que cubrirse, desnudos y sin avergonzarse ante el dios de la historia. Desde entonces, hemos conocido el Pecado y hemos experimentado en nosotros la Caída; y los historiadores que en la actualidad pretenden dispensarse de una filosofía de la historia tan sólo tratan, vanamente y sin naturalidad, como miembros de una colonia nudista, de recrear el Jardín del Edén en sus jardincillos de suburbio. La molesta pregunta no puede ya ser eludida hoy.

Durante los últimos cincuenta años se ha llevado a cabo no poco trabajo serio a propósito de la pregunta: ¿Qué es la Historia? De Alemania, el país que tanto iba a contribuir a perturbar el muelle reinado del liberalismo decimonónico, salió en los dos últimos

(16) A. L. ROWSE, *The End of an Epoch* (1947), págs. 282-283.

decenios del siglo XIX el primer desafío a la doctrina de la primacía y la autonomía de los hechos en la historia. Los filósofos que salieron a la palestra apenas son ya algo más que nombres: Dilthey es el único que ha sido recientemente objeto de un tardío reconocimiento en Gran Bretaña. Antes de cambiar el siglo, la prosperidad y la confianza eran todavía demasiadas en este país para dedicar atención alguna a los herejes que arremetían contra el culto de los hechos. Pero no bien hubo empezado el nuevo siglo, pasó a Italia la antorcha, donde empezaba Croce a abogar por una filosofía de la historia que desde luego debía mucho a los maestros alemanes. Declaró Croce que toda la historia es «historia contemporánea» (17), queriendo con ello decir que la historia consiste esencialmente en ver el pasado por los ojos del presente y a la luz de los problemas de ahora, y que la tarea primordial del historiador no es recoger datos sino valorar: porque si no valora, ¿cómo puede saber lo que merece ser recogido? En 1910 el historiador norteamericano Carl Becker afirmaba, con lenguaje deliberadamente provocador, que «los hechos de la historia no existen para ningún historiador hasta que él los crea» (18). Tales desafíos pasaron de momento casi desapercibidos. Hasta pasado 1920 no empezó a estar de moda Croce —y lo estuvo bastante— en Francia y Gran Bretaña. Y no tal vez porque Croce fuera pensador más sutil o me-

(17) El contexto de este famoso aforismo es el siguiente: "Los requisitos prácticos subyacentes a todo juicio histórico dan a la historia toda el carácter de 'historia contemporánea', porque, por remotos temporalmente que nos parezcan los acontecimientos así catalogados, la historia se refiere en realidad a las necesidades presentes y a las situaciones presentes en que vibran dichos acontecimientos" (B. CROCE, *La Historia como Hazaña de la Libertad*, tra. esp., F. C. E., México).

(18) *Atlantic Monthly*, octubre 1910, pág. 528.

jor estilista que sus predecesores alemanes, sino porque después de la primera Guerra Mundial los hechos parecieron sonreírnos de modo menos propicio que en los años anteriores a 1914, y éramos por tanto más asequibles a una filosofía que se proponía disminuir su prestigio. Croce ejerció un gran influjo sobre el filósofo e historiador de Oxford, Collingwood, el único pensador británico de este siglo que haya realizado una aportación seria a la filosofía de la historia. No vivió lo bastante para escribir el tratado sistemático que tenía planeado; pero sus papeles, publicados y no publicados, sobre el particular, fueron recogidos después de su muerte en un volumen editado en 1945, titulado *La Idea de la Historia.*

Puede resumirse como sigue el parecer de Collingwood. La filosofía de la historia no se ocupa «del pasado en sí» ni «de la opinión que de él en sí se forma el historiador», sino «de ambas cosas relacionadas entre sí». (Esta aseveración refleja los dos significados en curso de la palabra «historia»: la investigación llevada a cabo por el historiador y la serie de acontecimientos del pasado que investiga. «El pasado que estudia el historiador no es un pasado muerto, sino un pasado que en cierto modo vive aún en el presente». Mas un acto pasado está muerto, es decir, carece de significado para el historiador, a no ser que éste pueda entender el pensamiento que se sitúa tras él. Por eso, «toda la historia es la historia del pensamiento», y «la historia es la reproducción en la mente del historiador del pensamiento cuya historia estudia». La reconstitución del pasado en la mente del historiador se apoya en la evidencia empírica. Pero no es de suyo un proceso empírico ni puede consistir en una mera enumeración de datos. Antes bien el pro-

ceso de reconstitución rige la selección y la interpretación de los hechos: esto es precisamente lo que los hace hechos históricos. «La Historia», dice el profesor Oakeshott, que en esto está muy cerca de Collingwood, «es la experiencia del historiador. Nadie la "hace" como no sea el historiador: el único modo de hacer historia es escribirla» (19).

Esta crítica penetrante, aunque puede inspirar serias reservas, saca a la luz ciertas verdades olvidadas.

Ante todo, los hechos de la historia nunca nos llegan en estado «puro», ya que ni existen ni pueden existir en una forma pura: siempre hay una refracción al pasar por la mente de quien los recoge. De ahí que, cuando llega a nuestras manos un libro de historia, nuestro primer interés debe ir al historiador que lo escribió, y no a los datos que contiene. Permítaseme tomar como ejemplo al gran historiador en cuyo honor y con cuyo nombre se fundaron estas conferencias. Trevelyan, según cuenta él mismo en su autobiografía, fue «educado por su familia en una tradición liberal un tanto exuberante» (20); y espero que no me desautorizaría si le describiese como el último, en el tiempo que no por la valía, de los grandes historiadores liberales ingleses dentro de la tradición *whig*. No en vano se remonta en su genealogía familiar hasta Macaulay, indudablemente el mayor de los historiadores liberales, pasando por el gran historiador, asimismo *whig*, George Otto Trevelyan. La mejor obra, y la más madura, del Dr. Trevelyan, *Inglaterra bajo la Reina Ana*, fue escrita con estos antecedentes, y sólo teniendo en cuenta estos antecedentes comprenderá el lector todo su alcance y sig-

(19) M. OAKESHOTT, *Experience and its Modes* (1933), pág. 99.
(20) G. M. TREVELYAN, *An Autobiography* (1949), pág. 11.

nificado. Desde luego el auor no brinda al lector excusa alguna para ignorarlos. Porque si, a la usanza de los aficionados de verdad a las novelas policíacas, se lee primero el final, se hallará en las últimas páginas del tercer tomo el, a mi juicio, mejor compendio de la que hoy se llama interpretación liberal de la historia; y se verá que lo que Trevelyan trata de hacer es investigar el origen y el desarrollo de la tradición liberal inglesa, y arraigarla limpia y claramente en los años que siguieron a la muerte de su fundador, Guillermo III. Aunque tal vez no sea ésta la única interpretación concebible de los acontecimientos del reinado de la reina Ana, es una interpretación válida, y, en manos de Trevelyan, fructífera. Pero para apreciarla en todo su valor, hay que comprender lo que está haciendo el historiador. Porque si, como dice Collingwood, el historiador tiene que reproducir mentalmente lo que han ido discuriendo sus *dramatis personae*, el lector, a su vez, habrá de reproducir el proceso seguido por la mente del historiador. Estudien al historiador antes de ponerse a estudiar los hechos. Al fin y al cabo, no es muy difícil. Es lo que ya hace el estudiante inteligente que, cuando se le recomienda que lea una obra del eminente catedrático Jones, busca a un alumno de Jones y le pregunta qué tal es y de qué pie cojea. Cuando se lee un libro de historia, hay que estar atento a las cojeras. Si no logran descubrir ninguna, o están ciegos, o el historiador no anda. Y es que los hechos no se parecen realmente en nada a los pescados en el mostrador del pescadero. Más bien se asemejan a los peces que nadan en un océano anchuroso y aun a veces inaccesible; y lo que el historiador pesque dependerá en parte de la suerte, pero sobre todo de la zona del mar

en que decida pescar y del aparejo que haya elegido, determinados desde luego ambos factores por la clase de peces que pretenda atrapar. En general puede decirse que el historiador encontrará la clase de hechos que busca. Historiar significa interpretar. Claro que, si, volviendo a Sir George Clark del revés, yo definiese la historia como «un sólido núcleo interpretativo rodeado de la pulpa de los hechos controvertibles», mi frase resultaría, a no dudarlo, parcial y equívoca; pero con todo me atrevo a pensar que no lo sería más que la frase original.

La segunda observación es aquella más familiar para nosotros de la necesidad, por parte del historiador, de una comprensión imaginativa de las mentes de las personas que le ocupan, del pensamiento subyacente a sus actos: digo «comprensión imaginativa», y no «simpatía», por temor a que se crea que ello implica acuerdo. El siglo XIX fue flojo en historia medieval porque le repelían demasiado las creencias supersticiosas de la Edad Media y las barbaridades por ellas inspiradas como para comprender imaginativamente a los hombres medievales. O tómese la censoria observación de Burckhardt acerca de la guerra de los Treinta Años: «Resulta escandaloso para un credo, sea católico o protestante, colocar su salvación por encima de la integridad nacional» (21). Era dificilísimo para un historiador del siglo pasado, enseñado a creer que era justo y digno de alabanza matar en defensa del país propio, pero inmoral y equivocado matar en defensa de la propia religión, compartir el estado de ánimo de quienes lucharon en la guerra de los Treinta Años. Esta dificultad es particularmente

(21) J. BURCKHARDT, *Judgements on History and Historians*, trad. ing. (1959), pág. 179.

aguda en el campo en que estoy trabajando ahora. Mucho de lo que se lleva escrito en los últimos diez años en los países de habla inglesa acerca de la Unión Soviética, y mucho de lo escrito en ésta sobre dichos países, viene viciado por esa incapacidad de llegar a una comprensión imaginativa, por elemental que sea, de lo que acontece en la mente de la otra parte, de forma que las palabras y las acciones de los otros siempre han de resultar embebidas de mala fe, carentes de sentido o hipócritas. No se puede hacer historia, si el historiador no llega a establecer algún contacto con la mente de aquellos sobre los que escribe.

El tercer punto es que sólo podemos captar el pasado y lograr comprenderlo a través del cristal del presente. El historiador pertenece a su época y está vinculado a ella por las condiciones de la existencia humana. Las mismas palabras de que se vale —términos como democracia, imperio, guerra, revolución— tienen sus connotaciones en curso de las que no puede divorciarlas. Los historiadores dedicados a la Antigüedad usan vocablos como *polis* y *plebs* en el idioma original, sólo para demostrar que han sorteado el obstáculo. Pero no les vale. También ellos viven en el presente y no pueden escamotearse a sí mismos en el pasado echando mano de palabras de poco uso o relegadas al olvido, como tampoco serían mejores historiadores de Grecia o Roma por dar sus conferencias con la clámide o la toga. Los nombres con que sucesivos historiadores franceses han ido describiendo las muchedumbres parisinas, que tan importante papel desempeñaron en la Revolución Francesa —*les sans-culottes, le peuple, la canaille, les bras-nus*— son, para quien conozca las normas del juego,

otros tantos maniifestos de una filiación política o de una interpretación determinada. Y es que el historiador no tiene más remedio que elegir: el uso del lenguaje le veda la neutralidad. Y no es sólo una cuestión de palabras. En los últimos cien años, los cambios en el equilibrio de las potencias en Europa han mudado por completo la actitud de los historiadores británicos hacia Federico el Grande. Los cambios que, dentro de las iglesias cristianas, ha experimentado el equilibrio entre católicos y protestantes, han alterado profundamente su acitud hacia figuras como Ignacio de Loyola, Lutero y Cromwell. Basta un conocimiento superficial de la obra de los historiadores franceses de la Revolución Francesa en los últimos cuarenta años, para percatarse de lo profundamente que ha sido afectada por la revolución rusa de 1917. El historiador no pertenece al ayer sino al hoy. Nos dice el profesor Trevor-Roper que el historiador «debe amar el pasado» (22). Esta es una exortación discutible. El amor al pasado puede fácilmente convertirse en manifestación de una añoranza romántica de hombres y sociedades que ya pasaron, síntoma de la pérdida de la fe en el presente y el futuro, y del interés por ellos (23). Puestos a utilizar tópicos, preferiría aquel otro que recomienda liberarse del «peso muerto del pasado». La función del historiador no es ni amar el pasado ni emanciparse de él, sino dominarlo y comprenderlo, como clave para la comprensión del presente.

(22) Introducción a J. Burckhardt, *Judgements on History and Historians*, tra. ing. (1959), pág. 17.

(2) Compárese con la visión nietzscheana de la historia: "Cosa de la vejez es el volver la mirada y repasar cuentas, su afán de buscar consuelo en las remembranzas del pasado, en la cultura histórica". *(Consideraciones intempestivas, II.)*

Si bien son éstas algunas de las ideas de lo que yo llamaría visión collingwoodiana de la historia, hora es ya sin embargo de pasar a considerar algunos de sus peligros. El énfasis puesto en el papel del historiador como hacerdor de la historia tiende, llevado a sus lógicas consecuencias, a descartar toda historia objetiva: la historia es lo que hace el historiador. Y de hecho parece que Collingwood haya llegado a esta conclusión en un momento dado, según una nota póstuma que cita su editor:

> San Agustín vio la historia desde el punto de vista del cristiano primitivo; Tillamont, desde el de un francés del siglo XVII; Gibbon, desde el de un inglés del XVIII; Mommsen desde el de alemán del siglo XIX; a nada conduce preguntarse cuál era el punto de vista adecuado. Cada uno de ellos era el único posible para quien lo adoptó (24).

Esto equivale al escepticismo más total, lo mismo que la observación de Froude, para quien la historia es «un rompecabezas infantil de letras, con el que podemos formar la palabra que se nos antoje» (25). Collingwood, en su reacción contra la «historia de tijeras y cola», contra una mera compilación de hechos, se acerca peligrosamente a tratar la historia como algo brotado del cerebro humano, con lo que nos reintegra a la conclusión aludida por Sir George Clark en el párrafo anteriormente citado, la de que «no existe verdad histórica "objetiva"». En vez de la

(24) R. COLLINGWOOD, *The Idea of History* (1946), pág. xii.
(25) A. FROUDE, *Short Studies on Great Subjects*, i (1894), página 21.

teoría de que la historia carece de significado, se nos ofrece aquí la teoría de su infinidad de significados, ninguno de los cuales es mejor ni más cierto que los demás, lo que en el fondo equivale a lo mismo. Desde luego la segunda teoría es tan insostenible como la primera. No puede deducirse, del hecho de que una montaña parezca cobrar formas distintas desde diferentes ángulos, que carece de forma objetiva o que tiene objetivamente infinitas formas. No puede deducirse, porque la interpretación desempeñe un papel necesario en la fijación de los hechos de la historia, ni porque no sea enteramente objetiva ninguna interpretación, que todas las interpretaciones sean igualmente válidas y que en principio los hechos de la historia no sean susceptibles de interpretación objetiva. Más adelante nos detendremos en el significado exacto de la objetividad en la historia.

Pero tras la hipótesis de Ollingwood, se oculta otro peligro aún mayor. Si el historiador ve necesariamente el período histórico que investiga con ojos de su época, y si estudia los problemas del pasado como clave para la comprensión de los presentes, ¿no caerá en una concepción puramente pragmática de los hechos, manteniendo que el criterio de la interpretación recta ha de ser su adecuación a algún propósito de ahora? Según esta hipótesis, los hechos de la historia no son nada, y la interpretación lo es todo. Nietzsche ya dejó enunciado el principio: «La falsedad de una opinión no encierra para nosotros objeción alguna contra ella... El problema radica en saber hasta dónde contribuye a prolongar la vida, a preservarla, a amparar o aun a crear la especie» (26). Los pragmáticos norteamericanos, aunque menos explíci-

(26) *Más allá del Bien y del Mal*, cap. 1.

tamente y con menos entusiasmo, siguieron el mismo derrotero. El conocimiento es conocimiento para algún fin. La validez del conocimiento depende de la validez del fin. Pero aun en los casos en que no se ha profesado está teoría, la práctica ha resultado no menos inquietante. He visto en mi propio campo de investigación demasiados ejemplos de interpretación extravagante que ignoraban los hechos más elementales, como para no quedar impresionado ante la realidad del peligro. No es sorprendente que el análisis minucioso de los productos más extremados de las escuelas historiográficas soviética y antisoviética fomente a veces cierta nostalgia de aquel imaginario refugio decimonónico de la historia meramente fáctica.

A mediados del siglo xx, ¿cómo hemos de definir, pues, las obligaciones del historiador hacia los hechos? Creo que he pasado en los últimos años bastantes horas persiguiendo y escrutando documentos, y rellenando mi relato histórico con hechos debidamente anotados a pie de página, como para librarme de la imputación de tratar con demasiada ligereza documentos y hechos. El deber de respeto a los hechos que recae sobre el historiador no termina en la obligación de verificar su exactitud. Tiene que intentar que no falte en su cuadro ninguno de los datos conocidos o susceptibles de serlo que sean relevantes en un sentido u otro para el tema que le ocupa o para la interpretación propuesta. Si trata de dar del inglés victoriano la imagen de un ser moral y racional, no debe olvidar lo acontecido en Stalybridge Wakes en el 1850. Pero esto, a su vez, no significa que pueda eliminar la interpretación que es la savia de la historia. Los legos en la materia —es decir, los amigos de fuera

de la Universidad, o los colegas de otras disciplinas académicas— me preguntan a veces cómo aborda el historiador su trabajo cuando escribe historia. Parece que la idea más corriente es que el historiador divide su tarea en dos fases o períodos claramente diferenciados. Primero, dedica un largo tiempo preliminar a leer sus fuentes y a colmar de datos sus cuadernos de notas; terminada esta fase del trabajo, aparta de sí las fuentes, tira de los cuadernos de apuntes, y escribe el libro del principio al fin. Para mí, esta imagen resulta poco convincente y nada plausible. En lo que a mí respecta, no bien llevo algún tiempo investigando las que me parecen fuentes capitales, el empuje se hace demasiado violento y me pongo a escribir, no forzosamente por el principio, sino por alguna parte, por cualquiera. Luego leer y escribir van juntos. Añado, suprimo, doy nueva forma, tacho, conforme voy leyendo. La lectura viene guiada, dirigida, fecundada por la escritura: cuanto más escribo, más sé lo que voy buscando, mejor comprendo el significado y la relevancia de lo que hallo. Es probable que algunos historiadores lleven a cabo mentalmente toda esta escritura preliminar, sin echar mano de pluma, de papel, ni de máquina de escribir, lo mismo que hay quienes juegan mentalmente al ajedrez, sin sacar el tablero ni las piezas: es un talento que envidio pero que no puedo emular. Pero estoy convencido de que, para todo historiador que merece tal nombre, los dos procesos que los economistas llaman *«input»* y *«output»* se desarrollan simultáneamente y, en la práctica, son partes de un solo y único proceso. Si se trata de separarlos, o de dar a uno prioridad sobre el otro, se cae en una de ambas herejías. O bien se escribe historia

de tijeras y cola, sin importancia ni significado; o bien se escribe propaganda o novela histórica, tirando de los datos del pasado para bordar un género de literatura que nada tiene que ver con la historia.

Nuestro examen de la relación del historiador con los hechos históricos nos coloca, por tanto, en una situación visiblemente precaria, haciéndonos navegar sútilmente entre el Escila de una insostenible teoría de la historia como compilación objetiva de hechos, de una injustificada primacía del hecho sobre la interpretación, y el Caribdis de otra teoría igualmente insostenible de la historia como producto subjetivo de la mente del historiador, quien fija los hechos históricos y los domina merced al proceso interpretativo; entre una noción de la historia con centro de gravedad en el pasado, y otra con centro de gravedad en el presente. Pero nuestra situación es menos precaria de lo que parece. Volveremos, en estas conferencias, a encontrar la misma dicotomía del hecho y la interpretación bajo otros ropajes: lo particular lo general, lo empírico y lo teórico, lo objetivo y lo subjetivo. La espinosa tarea que incumbe al historiador es la de reflexionar acerca de la naturaleza del hombre. El hombre, salvo acaso en su más prístina infancia y en su más avanzada vejez, no está del todo absorbido por el mundo que le rodea ni incondicionalmente sometido a él. Por otra parte, nunca es del todo independiente de él, ni lo domina incondicionalmente. La relación del hombre con el mundo circundante es la relación del historiador con su tema. El historiador no es el humilde siervo ni el tiránico dueño de sus datos. La relación entre el historiador y sus datos es de igualdad, de intercambio. Como todo historiador activo sabe, si se detiene a reflexio-

nar acerca de lo que está haciendo cuando piensa y escribe, el historiador se encuentra en trance continuo de amoldar sus hechos a su interpretación y ésta a aquéllos. Es imposible dar la primacía a uno u otro término.

El historiador empieza por una selección provisional de los hechos y por una interpretación provisional a la luz de la cual se ha llevado a cabo dicha selección, sea ésta obra suya o de otros. Conforme va trabajando, tanto la interpretación como la selección y ordenación de los datos van sufriendo cambios sutiles y acaso parcialmente inconscientes, consecuencia de la acción recíproca entre ambas. Y esta misma acción recíproca entraña reciprocidad entre el pasado y el presente, porque el historiador es parte del presente, en tanto que sus hechos pertenecen al pasado. El historiador y los hechos de la historia se son mutuamente necesarios. Sin sus hechos, el historiador carece de raíces y es huero; y los hechos, sin el historiador, muertos y falsos de sentido. Mi primera contestación a la pregunta de qué es la Historia, será pues la siguiente: un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado.

II

La sociedad y el individuo

El problema de qué es lo primero, la sociedad o el individuo, es como el del huevo y la gallina. Ya se le trate como interrogación lógica o histórica, no puede formularse respuesta alguna que, de una u otra forma, no haya de ser impugnada con una afirmación opuesta, igualmente parcial. La sociedad y el individuo son inseparables: son mutuamente necesarios y complementarios, que no opuestos. «Ningún hombre es una isla, completa en sí misma», según frase famosa de Donne; «todo hombre es una parcela del continente, una parte del conjunto» (1). Este es un aspecto de la verdad. Por otra parte, tómese la frase de J. S. Mill, el individualista clásico: «Los hombres, cuando se les junta, no se convierten en una sustancia distinta» (2). Claro que no. Mas la falacia está en suponer que existieron, o tuvieron una sustancia cualquiera, antes de ser «juntados». En cuanto nacemos, empieza el mundo a obrar en nosotros, a transformarnos en unidades sociales, de meras unidades biológicas que éramos. Cada uno de los seres humanos, en cada una de las fases de la historia o de la prehistoria, nace en el seno de una sociedad, que le moldea desde su más temprana edad. El idio-

(1) *Devotions upon Emergent Occasions*, N.º xvii.
(2) J. S. Mill, *A System of Logic*, vii, 1.

des, de ariba abajo. Pero sería grave error formular una antítesis entre este proceso de individualización y la fuerza y cohesión crecientes de la sociedad. El desarrollo de la sociedad y el del individuo corren parejas y se condicionan mutuamente. De hecho, lo que llamamos sociedad compleja y avanzada es aquélla en que la interdependencia de los individuos entre sí ha asumido formas complejas y avanzadas. Sería peligroso suponer que el poder de una comunidad nacional moderna para moldear el carácter y el pensamiento de sus miembros individuales y originar cierto grado de uniformidad y de conformidad entre ellos, sea en absoluto menor que el de una comunidad tribal primitiva. La vieja concepción del carácter nacional basada en diferencias biológicas ha sido refutada hace tiempo; mas las diferencias de carácter nacional, emanadas de circunstancias nacionales distintas en la sociedad y la educación, son difíciles de negar. La escurridiza entidad «naturaleza humana» ha mudado tanto, de país a país y de un siglo a otro, que es difícil no considerarla como fenómeno histórico al que configuran las condiciones y convenciones sociales imperantes. Median muchas diferencias entre, pongamos por caso, norteamericanos, rusos e indios. Pero algunas, y quizá las más importantes, de estas diferencias, adoptan la forma de distintas actitudes frente a las relaciones sociales entre individuos, o, en otras palabras, frente al modo en que la sociedad debe estar constituida, con lo que el estudio de las diferencias entre norteamericanos, rusos e indios individuales, puede que se lleve mejor a cabo investigando las diferencias entre las sociedades norteamericana, rusa e india. El hombre civilzado, lo mismo que el hombre primitivo, es moldeado por la socie-

ma que habla no es herencia individual, sino adquisición social del grupo en que crece. Tanto el lenguaje como el ambiente contribuyen a determinar el carácter de su pensamiento; sus primeras ideas le vienen de los demás. Como muy bien se ha dicho, el individuo apartado de la sociedad carecería de lenguaje y de pensamiento. La fascinación duradera del mito de Robinsón Crusoe se debe a su intento de concebir un individuo independiente de la sociedad. Pero el intento falla. Robinsón no es un individuo abstracto, sino un inglés de York; lleva la Biblia consigo y ora a su Dios tribal. El mito le aporta en seguida su criado Viernes; y comienza la edificación de una sociedad nueva. El otro mito relevante es el de Kirillov, el personaje de *Los Demonios* de Dostoyevsky, que se suicida para demostrar su perfecta libertad. El suicidio es el único acto del todo libre que queda al individuo; cualquier otro acto implica de un modo u otro su condición de miembro de la sociedad (3).

Los antropólogos suelen decir que el hombre primitivo es menos individual y está más completamente moldeado por su sociedad que el hombre civilizado. Hay en ello una parte de verdad. Las sociedades más simples son más uniformes en el sentido de que requieren y brindan mucha menos diversidad de técnicas y tareas individuales que las sociedades más avanzadas y complejas. La creciente individualización, en este sentido, es producto necesario de la sociedad avanzada moderna, y cala todas sus activida-

(3) Durkheim, en su conocido estudio acerca del suicidio, acuñó la palabra "*anomía*" para denotar la condición del individuo aislado de su sociedad, situación especialmente conducente a la perturbación emocional y al suicidio; pero también demostró que el suicidio no es en modo alguno independiente de las condiciones sociales.

dad, y de modo tan real y efectivo como moldea él la sociedad en que vive. No resulta más posible tener el huevo sin la gallina que tener ésta sin el huevo.

Habría sido innecesario detenerse en estas evidentísimas verdades, de no habérnoslas velado el notable y excepcional período histórico del que apenas empieza a emerger el mundo occidental. El culto del individualismo es, entre los mitos históricos modernos, uno de los más difundidos. Según la conocida versión que da Burckhardt en *La Cultura del Renacimiento en Italia*, cuya segunda parte lleva el subtítulo de «Desarrollo del Individuo», el culto del individuo empezó con el Renacimiento, cuando el hombre, que hasta entonces «sólo había sido consciente de sí mismo en calidad de miembro de una raza, de un pueblo, de un partido, una familia o una corporación», por fin «se convirtió en individuo espiritual y se reconoció a sí mismo como tal». Ulteriormente, el culto se ligó a la aparición del capitalismo y del protestantismo, a los comienzos de la revolución industrial y a las doctrinas del *laissez-faire*. Los derechos del hombre y del ciudadano proclamados por la Revolución Francesa eran los derechos del individuo. El individualismo era la base de la gran filosofía decimonónica del utilitarismo. El ensayo de Morley, *On Compromise*, documento característico del liberalismo victoriano, calificaba el individualismo y el utilitarismo de «religión de la felicidad y el bienestar humanos». Un «rabioso individualismo», tal era la nota clave del progreso humano. Este puede ser un análisis perfectamente adecuado y válido de la ideología de una época histórica determinada. Pero lo que quiero dejar claro es que la creciente individualización que acompañó a la aparición del mundo moderno no fue

sino un proceso normal en una civilización en marcha. Una revolución social elevó a una posición de poder a nuevos grupos sociales. Tuvo lugar, como siempre, por mediación de individuos, y brindando nuevas oportunidades de desarrollo individual; y como en las primeras fases del capitalismo las unidades de producción y de distribución se hallaban en gran parte en manos de individuos aislados, la ideología del nuevo orden social destacó poderosamente el papel de la iniciativa individual dentro del orden social. Pero el proceso fue todo él un proceso social, representativo de un momento específico del desarrollo histórico, y no puede explicarse como una rebelión de los individuos contra la sociedad, ni en función de una emancipación de los individuos de sus trabas sociales.

Muchos síntomas sugieren que, aun en el mundo occidental que fue foco de tal desarrollo y tal ideología, dicho período histórico ha tocado a su fin: no necesito insistir aquí sobre lo que se denomina democracia de masas, ni en la sustitución gradual de formas de producción y de organziación económicas predominantemente privadas por otras predominantemente colectivas. Pero la ideología originada por aquel largo y fructífero período es todavía una fuerza dominante en Europa occidental y en los países de habla inglesa. Cuando hablamos en términos abstractos de la tensión entre la libertad y la igualdad, o entre la libertad individual y la justicia social, olvidamos fácilmente que las luchas no tienen lugar entre ideas abstractas. No son combates entre individuos en cuanto tales y la sociedad en cuanto tal, sino entre grupos de individuos en la sociedad, cada uno de los cuales contiende por imponer

políticas sociales que le son favorables, y por frustrar las que le son contrarias. El individualismo, en su acepción, no ya de gran movimiento social, sino de falsa oposición entre el individuo y la sociedad, se ha convertido hoy en lema de un grupo interesado y, debido a su carácter polémico, en barrera que dificulta nuestra comprensión de lo que acontece en el mundo. No tengo nada que decir en contra del culto del individuo como protesta contra la tendencia que trata al individuo como un medio y que hace de la sociedad o del Estado un fin. Pero no llegaremos a una comprensión del pasado ni del presente si intentamos operar con el concepto de un individuo abstracto al margen de la sociedad.

Y esto me lleva finalmente a la médula de mi larga digresión. La concepción de sentido común de la historia la considera como algo escrito por los individuos acerca de los individuos. Este enfoque fue desde luego el adoptado y fomentado por los historiadores liberales del siglo XIX, y no es fundamentalmente erróneo. Pero hoy nos parece excesivamente simplificado e insuficiente, y hemos de profundizar más en nuestro examen. El saber del historiador no es propiedad suya exclusiva: hombres de varias generaciones han contribuido probablemente a su acumulación. Los hombres cuyos actos estudia el historiador no fueron individuos aislados que obraban en el vacío: actuaron en el contexto, y bajo el impulso, de una sociedad pretérita. En mi anterior conferencia describí la historia como un proceso de interacción, como un diálogo entre el historiador presente y los hechos pasados. Quiero ahora detenerme en el peso relativo de los elementos individuales y sociales en ambos lados de la ecuación. ¿Hasta qué

punto son los historiadores individuos y hasta qué punto producto de su sociedad y de su época? ¿Hasta qué punto son los hechos de la historia hechos acerca de individuos aislados y hasta qué punto hechos sociales?

El historiador, pues, es un ser humano individual. Lo mismo que los demás individuos, es también un fenómeno social, producto a la vez que portavoz consciente o inconsciente de la sociedad a que pertenece; en concepto de tal, se enfrenta con los hechos del pasado histórico. Hablamos a veces del curso histórico diciendo que es «un desfile en marcha». La metáfora no es mala, siempre y cuando el historiador no caiga en la tentación de imaginarse águila espectadora desde una cumbre solitaria, o personaje importante en la tribuna presidencial. ¡Nada de eso! El historiador no es sino un oscuro personaje más, que marcha en otro punto del desfile. Y conforme pasa el desfile, fluctuando ya a la derecha ya a la izquierda, y hasta doblándose a veces sobre sí mismo, las posiciones relativas de las diversas partes de la comitiva cambian de continuo, de forma tal que no sería un despropósito decir que estamos hoy más cerca de la Edad Media de lo que estaban nuestros bisabuelos un siglo atrás, o que los tiempos de César están más próximos a nosotros que los de Dante. Nuevas perspectivas, nuevos enfoques van surgiendo constantemente a medida que el desfile —y con él el historiador— sigue su curso. El historiador es parte de la historia. Su posición en el desfile determina su punto de vista sobre el pasado.

Esta perogrullada no deja de ser cierta cuando

el período investigado por el historiador dista mucho de su propia época. Cuando yo estudiaba historia antigua, los clásicos en la materia eran —y todavía son probablemente— la *Historia de Grecia* de Grote y la *Historia de Roma de Mommsen.* Grote, un banquero radical ilustrado que escribía en el quinto decenio del siglo pasado, encarnó las aspiraciones de la clase media británica, pujante y políticamente progresiva, en una imagen idealizada de la democracia ateniense, en la que Pericles parece un reformador de la escuela de Bentham y donde Atenas adquirió un imperio en un acceso de distracción. Acaso no sea del todo descaminado sugerir que el abandono, por parte de Grote, del problema ateniense de la esclavitud, reflejara el hecho de que el grupo social a que pertenecía no sabía hacer frente al problema de la nueva clase obrera fabril inglesa. Mommsen era un liberal germano desengañado por las confusiones y las humillaciones de la revolución alemana de 1848-1849. Mommsen, que escribía en la década siguiente, la que vio nacer el término y el concepto de la *Realpolitik,* estaba imbuido del sentido de la necesidad de un hombre fuerte que barriera los escombros del fracaso del pueblo alemán en su intento de realizar sus aspiraciones políticas; y nunca apreciaremos su historia en lo que vale si no nos percatamos de que su conocida idealización de César es producto de aquel anhelo de un hombre fuerte que salvase de la ruina a Alemania, y que el abogado y político Cicerón, aquel charlatán ineficaz y turbio contemporizador, es un personaje que parece directamente salido de los debates de la Paulikirche en Frankfurt, en 1848. Y en verdad, no me parecería paradoja absurda el que alguien dijese que la *Histo-*

ria de Grecia de Grote nos informa en la actualidad tanto acerca del pensamiento de los radicales filosóficos ingleses del quinto decenio del pasado siglo como acerca de la democracia ateniense en el siglo v antes de nuestra era; o que quien desee comprender lo que 1848 representó para los liberales alemanes debe tomar la *Historia de Roma* de Mommsen como uno de sus libros de texto. Lo cual no disminuye su valor como grandes obras históricas.

No aguanto la moda lanzada por Bury en su lección inaugural, de pretender que la grandeza de Mommsen no se funda en su *Historia de Roma,* sino en el corpus de inscripciones y en su trabajo sobre el derecho constitucional romano: esto es reducir la historia al nivel de la compilación. La gran historia se escribe precisamente cuando la visión del pasado por parte del historiador se ilumina con sus conocimientos de los problemas del presente. Se ha expresado a menudo sorpresa porque Mommsen interumpió su historia en el momento de la caída de la república. No le faltó para seguir, ni tiempo, ni ocasión, ni conocimientos. Pero cuando Mommsen escribió su historia, aún no había surgido en Alemania el hombre fuerte. Durante su carrera activa, la cuestión de qué ocurriría una vez asumido el poder por el hombre fuerte no era todavía problema real. Nada inducía a Mommsen a proyectar este problema sobre el escenario romano; y la historia del Imperio quedó sin escribir.

Sería fácil multiplicar los ejemplos de este fenómeno entre los historiadores modernos. En mi última conferencia rendí homenaje a la *Inglaterra bajo la Reina Ana* del Dr. Trevelyan, como monumento de la tradición liberal en que había sido educado.

Consideremos ahora la imponente e importante obra de quien, para la mayoría de nosotros, es el más grande historiador británico surgido en el campo académico desde la primera Guerra Mundial: Sir Lewis Namier. Namier era un verdadero conservador, no el típico conservador inglés, que analizado más de cerca resulta liberal en un 75 %, sino un conservador como no hemos visto entre los historiadores británicos en los últimos diez años. Entre mediados del siglo pasado y 1914 era poco menos que imposible para un historiador británico concebir el cambio histórico como no fuera para mejor. Después de 1920, entramos en un período en que el cambio empezaba a asociarse con el temor por el futuro, y podía verse como transformación para peor, período éste de renacer del pensamiento conservador. Al igual que el liberalismo de Acton, el conservadurismo de Namier extrajo fuerzas y profundidad de su raigambre continental (4). A diferencia de Fisher o Toynbee, Namier carecía de raíces en el liberalismo decimonómico, y no las echaba de menos. Después de que la primera Guerra Mundial y la paz frustrada revelaran la bancarrota del liberalismo, la reacción no podía revestir más que una de dos formas: socialismo o conservadurismo. Namier surgió como el historiador conservador. Trabajó sobre dos campos escogidos, y fue significativa la elección de ambos. En historia inglesa, retrocedió hasta el último período en que la clase dominadora pudo empe-

(4) Acaso merezca la pena apuntar que el único otro escritor conservador británico importante del período que separa las dos guerras mundiales, T. S. Eliot, gozó también de la ventaja de unos antecedentes no británicos; nadie que hubiera sido educado en Gran Bretaña antes de 1914 podía librarse del todo del inhibidor influjo de la tradición liberal.

ñarse en alcanzar racionalmente posición y poder en el seno de una sociedad ordenada y por lo general estática. Alguien ha acusado a Namier de eliminar de la historia la mente (5). Acaso no sea una frase del todo afortunada, pero de ella se deduce lo que trataba de decir el crítico. La política, cuando accedió al trono Jorge III, estaba aún inmune del fanatismo de las ideas, así como de esa apasionada fe en el progreso que había de irrumpir en el mundo con la Revolución Francesa, y que desembocaría en el siglo del liberalismo triunfante. Ni ideas, ni revolución, ni liberalismo: Namier optó por presentarnos el cuadro refulgente de una edad libre todavía —aunque no por mucho tiempo— de todos esos peligros.

Pero la elección por parte de Namier de un segundo tema, fue igualmente significativa. Namier pasó, sin detenerse en ellas, junto a las grandes revoluciones modernas, la inglesa y la francesa y la rusa; no escribió nada digno de atención sobre ninguna de ellas, y en cambio decidió brindarnos un penetrante estudio de la revolución europea de 1848: una revolución que fracasó, un paso atrás en toda Europa para las esperanzas nacientes del liberalismo, una demostración de la impotencia de las ideas frente a la fuerza armada, de los demócratas cuando se enfrentan con los soldados. La intromisión de las ideas en el serio negocio de la política, es fútil y peligrosa: Namier echó sal sobre la herida, sobre la moraleja de aquel humillante fracaso, calificándolo

(5) La crítica original, en un artículo anónimo de *The Times Literary Supplement* del 28 de agosto de 1953, acerca de "La concepción de la Historia de Namier", decía así: "Se acusó a Darwin de eliminar del universo la mente; y Sir Lewis ha sido el Darwin de la historia política, en más de un concepto".

de «revolución de los intelectuales». Y nuestra conclusión no es mera inferencia; porque, aunque Namier no escribiera nada sistemático sobre la filosofía de la historia, en un ensayo publicado hace unos años se expresaba con su claridad y tajante precisión usuales. «Así que», decía, «cuanto menos amordace el hombre el libre juego de su mente con una doctrina y un dogma políticos, tanto mejor para su pensamiento». Y tras de mencionar, aunque no rechazar, el cargo de que había eliminado la mente de la historia, proseguía:

> Algunos filósofos políticos se quejan de una «calma chica» y de la actual ausencia de discusión sobre política general en este país; se buscan soluciones prácticas para problemas concretos, en tanto que programas e ideales son relegados al olvido por ambos partidos. Pero a mí esta actitud me parece traslucir una mayor madurez nacional, y no puedo sino desear que siga largo tiempo inatacada por los fermentos de la filosofía política (6).

No quiero por ahora entrar a discutir este enfoque: lo reservo para una conferencia ulterior. Mi propósito aquí se limita a ilustrar dos verdades importantes: la primera, que no puede comprenderse o apreciarse la obra de un historiador sin captar antes la posición desde la que él la aborda; la segunda, que dicha posición tiene a su vez raíces en una base social e histórica. No cabe olvidar que, como Marx dijo en una ocasión, el educador necesita ser educado él previamente; dicho en la jerga contemporánea, el cerebro de quien practica lava-

(6) L. Namier, *Personalities and Powers* (1955), págs. 5, 7.

dos de cerebro ha sido ya lavado. El historiador, antes de ponerse a escribir historia, es producto de la historia.

Los historiadores de que acabo de hablar —Grote y Mommsen, Trevelyan y Namier— habían sido fundidos, por así decir, en un mismo molde social y político; no hay cambio marcado alguno entre sus primeras y sus últimas obras. Pero algunos historiadores que vivieron en épocas de rápidas mutaciones han reflejado en sus trabajos, no una sociedad y un orden social, sino una sucesión de órdenes diferentes. El mejor ejemplo que yo conozco es el del gran historiador alemán Meinecke, cuya vida y obra fueron más largos de lo corriente y abarcaron una serie de cambios revolucionarios y catastróficos en los destinos de su país. Ahí tenemos, en efecto, tres Meineckes, portavoz cada cual de una época histórica diferente, y expresándose cada cual por una de sus tres obras principales. El Meinecke de *Weltbürgerthum und Nationalstaat*, publicada en 1907, ve con confianza la realización de los ideales nacionales germanos en el Reich de Bismarck, y —como tantos pensadores del siglo XIX desde Mazzini en adelante— identifica el nacionalismo con la forma más elevada del universalismo: lo que es producto de la barroca secuela guillermista a la era de Bismarck. El Meinecke de *Die Idee der Staaträson* (7), publicada en 1925, habla con la mente insegura y atónita de la república de Weimar: el mundo de la política se ha convertido en palestra del conflicto, no resuelto, entre la razón de Estado y una moralidad exterior a la política, pero que no puede en última instancia pasar

(7) *La idea de la Razón de Estado*, trad. esp., Madrid, Instituto de Estudios Políticos.

por encima de la vida y seguridad del Estado. Finalmente, el Meinecke de *Die Entstehung des Historismus*, publicada en 1936 cuando había sido barrido de su honrosa posición académica por el torrente nazi, profiere un grito de desesperación, rechazando un historicismo que parece admitir que todo cuanto existe está bien, y tambaleándose inseguro entre la relatividad histórica y un absoluto supra-racional. A la postre, cuando Meinecke había presenciado, ya viejo, el hundimiento de su país bajo una derrota militar más total que la de 1918, recayó, inerme, en la creencia en una historia a merced de un destino ciego, inexorable, formulada en su *Die Deutsche Katastrophe* de 1946 (8). El psicólogo o el biógrafo se interesarían aquí por la trayectoria seguida por Meinecke como individuo: lo que ocupa al historiador es la forma en que Meinecke refleja en el pasado histórico tres —y hasta cuatro— períodos sucesivos, agudamente contrastados, del presente.

O permítasenos tomar un ejemplo eminente más próximo a nuestro país. En los iconoclastas años treinta y tantos, cuando el partido Liberal acababa de ser despojado de su fuerza real en la política británica, el profesor Butterfield escribió un libro titulado *La Interpretación Whig de la Historia*, que fue acogido con un éxito tan resonante como merecido. Era una obra notable en muchos aspectos y entre ellos porque, pese a criticar a lo largo de unas 130 páginas la interpretación liberal, whig, no menciona —por lo que yo he podido observar sin ayuda de un

(8) Estoy aquí en deuda con el excelente análisis que hiciera el Dr. W. Stark del desarrollo de Meinecke en su introducción a una traducción inglesa de *Die Idee der Staatsräson*, publicada bajo el título de *Machiavellism*, en 1957; acaso exagera el Dr. Stark el elemento supra-racional en el tercer período de Meinecke.

índice— un solo *whig* salvo Fox, que no era historiador, ni un solo historiador salvo Acton, que no era *whig* (9). Pero todo lo que al libro le falta en precisión y detalle se compensa con una invectiva brillante. No le cabía al lector ya duda de que la interpretación liberal era mala cosa; y uno de los cargos contra ella formulados era el de que «estudia el pasado refiriéndolo al presente». Aquí, el profesor Butterfield se mostraba categórico y severo:

> El estudio del pasado con un ojo puesto, por decirlo así, en el presente, es la fuente de todos los pecados y sofismas en historia... Es la esencia de lo que designamos por la palabra «ahistórico» (10).

Pasaron doce años. La moda iconoclasta pasó. El país del profesor Butterfield se hallaba sumido en una guerra que solía decirse se libraba en defensa de las libertades constitucionales encarnadas por la tradición liberal, y bajo la dirección de un gran líder que incesantemente invocaba el pasado, «con un ojo puesto, por así decirlo, en el presente». En un pequeño libro titulado *El Inglés y su Historia*, publicado en 1944, el profesor Butterfield, no tan sólo decidió que la «inglesa» era la interpretación liberal, *whig*, de la historia, sino que aludió con entusiasmo a «la alianza del inglés con su historia» y al «hermanamiento del pasado y el presente» (11). Llamar la atención

(9) H. BUTTERFIELD, *The Whig Interpretation of History* (1931); en la página 67 confiesa el autor "una desconfianza saludable" por el "razonamiento abstracto".
(10) H. BUTTERFIELD, *The Whig Interpretation of History* (1931), páginas 11, 31-32.
(11) H. BUTTERFIELD, *The Englishman and his History* (1944), páginas 2, 4-5.

sobre estas mutaciones en el enfoque no es crítica hostil. No me propongo refutar el proto-Butterfield con el deutero-Butterfield, ni carear al profesor Butterfield ebrio con el profesor Butterfield sobrio. Me doy perfecta cuenta de que, si alguien se molestase en leer detenidamente algunas de las cosas por mí escritas antes, durante, y después de la guerra, podría sin dificultad hacerme reo de contradicciones e incongruencias tan palmarias por lo menos como las que he señalado en otros. Hasta creo que no envidiaría al historiador capaz de afirmar honradamente haber pasado cincuenta años sin modificar radicalmente su visión de algunos puntos. Me propongo sólo mostrar lo fielmente que la obra del historiador refleja la sociedad en que trabaja. No sólo fluyen los acontecimientos; fluye el propio historiador. Cuando se toma una obra histórica en las manos, no basta mirar el nombre del autor en la cubierta: hay que ver también la fecha de publicación en que fue escrita, porque ello puede resultar aún más revelador. Si razón tenía el filósofo cuando decía que no se puede cruzar dos veces el mismo río, acaso sea también verdad, y por igual motivo, que dos libros no pueden ser escritos por el mismo historiador.

Y si por un momento pasamos del historiador individual a lo que pudieran llamarse grandes corrientes de la producción histórica, aún se hace más patente en cuán gran medida es el historiador producto de su sociedad. En el siglo XIX los historiadores británicos, con contadas excepciones, veían en el curso de la historia una demostración del principio del progreso: manifestaban la ideología de una sociedad en vías de progreso notablemente rápido. La historia rebosaba significado para los historiados británicos

mientras pareció seguir nuestra senda: ahora que se ha torcido, la fe en el significado de la historia se ha convertido en herejía. Después de la primera Guerra Mundial, Toynbee llevó a cabo un denodado intento de sustituir una visión lineal de la historia por una teoría cíclica: la típica ideología de una sociedad en decadencia (12). Desde el fracaso de Toynbee, los historiadores británicos se han limitado en su mayoría a abandonar el juego, y a declarar que la historia no sigue ninguna pauta en absoluto. Una trivial afirmación de Fisher al respecto (13) tuvo casi tanta resonancia como el aforismo de Ranke el siglo pasado. Si alguien me dice que los historiadores británicos de los últimos treinta años experimentaron estos cambios de parecer como resultado de una profunda reflexión individual y tras haber quemado no poco aceite en la soledad nocturna de sus buhardillas, no lo pondré en duda. Pero seguiré viendo en tanto pensamiento individual y tanto derroche de aceite un fenómeno social, producto y expresión de una transformación fundamental en el carácter y la manera de pensar de nuestra sociedad desde 1914. No hay indicador más importante del carácter de una sociedad que el tipo de historia que escribe o deja de escribir. Geyl, el historiador holandés, muestra en su fascinadora monografía traducida al inglés bajo el título de *Napoleón, en pro y en contra* cómo los juicios sucesivos de los historiadores de Napoleón en el siglo XIX francés reflejaban los cambios y conflictos

(12) Marco Aurelio, en el ocaso del Imperio Romano, se consolaba reflexionando acerca de "cómo todo lo que ahora pasa ocurrió ya en el pasado y volverá a acontecer en el futuro" (*A sí mismo*, x, 72); según es sabido, Toynbee tomó la idea de la *Decadencia de Occidente* de Spengler.

(13) Introducción, fechada a 4 de diciembre de 1934, a *A History of Europe*.

en los moldes de la vida política y el pensamiento franceses a lo largo del siglo. El pensamiento de los historiadores, como el de los demás humanos, viene moldeado por sus circunstancias de tiempo y lugar. Acton, que reconocía sin reservas esta verdad, trató de encontrar en la historia una forma de escapar a ello.

> La historia debe ser quien nos libre, no sólo de la indebida influencia de otros tiempos, sino de la indebida influencia del nuestro, de la tiranía del mundo que nos rodea y de la presión del aire que respiramos (14).

Esto sonará quizá como una definición por demás optimista del papel de la historia. Pero me atrevo a pensar que el historiador, cuanto más consciente es de su propia situación, más capaz es de trascenderla y mejor armado está para aquilatar la naturaleza esencial de las diferencias entre su sociedad y concepciones y las de otros períodos y países, que el historiador empeñado en proclamar que él es un individuo y no un fenómeno social. La capacidad del hombre de elevarse por sobre su situación social e histórica parece condicionada por su capacidad de aquilatar hasta qué punto está vinculado a ella.

Dije en mi primera conferencia: antes de estudiar la historia, estúdiese el historiador. Ahora quisiera añadir: antes de estudiar al historiador, estúdiese su ambiente histórico y social. El historiador, siendo él un individuo, es asimismo producto de la historia y de la sociedad; y desde este doble punto de vista tie-

(14) ACTON, *Lectures on Modern History* (1906), pág. 33.

ne el estudioso de la hisotria que aprender a analizarle.

Dejemos ahora al historiador y pasemos a considerar el otro término de mi ecuación —los hechos de la historia— a la luz del mismo problema. ¿Qué es objeto de la investigación del historiador, el comportamiento de los individuos o la acción de las fuerzas sociales? Aquí piso un camino trillado. Cuando hace unos años publicó Sir Isaiah Berlin un luminoso y célebre ensayo titulado *Historical Inevitability* —a cuya tesis principal volveré a aludir en estas conferencias— le puso por epígrafe una expresión de T. S. Eliot: «Las vastas fuerzas impersonales»; y a todo lo largo del ensayo satiriza a quienes creen que «vastas fuerzas impersonales» son el factor decisivo de la historia, y no los individuos. Lo que llamaré teoría de la historia de la nariz de Cleopatra, la concepción según la cual lo importante en la historia es el carácter y el comportamiento de los individuos, tiene un rancio abolengo. La tendencia a proclamar al genio individual como fuerza creadora de la historia es característica de las fases primitivas de la conciencia histórica. Los griegos antiguos gustaban de bautizar los logros del pasado con los nombres de héroes epónimos supuestamente responsables de ellos, a atribuir su épica a un bardo llamado Homero, y sus leyes o instituciones a un Licurgo o un Solón. Igual tendencia vemos en el Renacimiento, cuando Plutarco, biógrafo moralista, fue figura mucho más célebre e influyente en el resurgir clásico que los historiadores de la Antigüedad. En Gran Bretaña, particularmente, todos hemos aprendido esta teoría,

casi cabría decir desde la cuna; y acaso hoy debiéramos reconocer que tiene algo de pueril, o cuando menos de puerilizante. Era hasta cierto punto plausible en tiempos en que la sociedad era más sencilla, y el negocio público estaba entre las manos de un puñado de individuos conocidos. Pero es evidente que no encaja con la sociedad de nuestra época, mucho más compleja; y el nacimiento, en el siglo XIX, de la nueva ciencia sociológica fue una respuesta a esta creciente complejidad. Pero la vieja tradición se resiste a morir. A comienzos de este siglo, podía aún sentenciarse que «la historia es la biografía de los grandes hombres». No hace más que diez años, un distinguido historiador norteamericano acusaba a sus colegas, quizá no del todo seriamente, de «genocidio de los personajes históricos» al tratarlos como «hechuras de las fuerzas sociales y económicas» (15). Los adeptos de esta teoría tienden hoy a ser circunspectos, pero tras ciertas pesquisas he hallado una excelente formulación contemporánea en la introducción de uno de los libros de Miss Wedgwood, que escribe:

> El comportamiento de los hombres como individuos me interesa más que su comportamiento como grupos o clases. La historia puede escribirse con este sesgo lo mismo que con otro cualquiera; no tiene por qué inducir más ni menos a error... Este libro... es un intento de comprender cómo sentían aquellos hombres, y por qué, según su propio criterio, obraron como lo hicieron (16).

(15) *American Historical Review*, LVI, n.º 1 (enero 1951), página 270.

(16) C. V. WEDGWOOD, *The King's Peace* (1955), pág. 17.

He aquí una declaración precisa. Y como Miss Wedgwood es una escritora de éxito, muchos serán, estoy seguro, quienes piensen como ella. El Dr. Rowse nos dice, por ejemplo, que el sistema isabelino se vino abajo porque Jacobo I era incapaz de comprenderlo, y que la revolución inglesa del siglo XVII fue un «acontecimiento accidental» debido a la estupidez de los dos primeros monarcas Estuardos (17). Hasta Sir James Neale, historiador más austero que el doctor Rowse, parece a veces más ansioso de expresar su admiración por la reina Isabel que de explicar lo que representaba la monarquía Tudor; y Sir Isaiah Berlin, en su recién mencionado ensayo, está tremendamente preocupado ante la posibilidad de que los historiadores puedan dejar de denunciar a Gengis Kan y a Hitler como hombres malvados (18). La teoría del rey bueno y el rey malo, la que hemos llamado de la nariz de Cleopatra, cobra especial virulencia cuando nos acercamos a tiempos más recientes. Es más fácil calificar el comunismo de «parto del cerebro de Karl Marx» (tomo esta flor de una reciente circular de agentes de cambio y bolsa) que analizar sus orígenes y su carácter; más holgado atribuir la revolución bolchevique a la tontería de Nicolás II o al oro alemán que estudiar sus profundas causas sociales, y ver en las dos Guerras Mundiales

(17) A. L. ROWSE, *The England of Elisabeth* (1950), págs. 260 262, 382. Tenemos que apuntar, no obstante, que en un ensayo anterior, Mr. Rowse había condenado a "los historiadores que piensan que los Borbones no supieron restaurar la monarquía en Francia después de 1870 tan sólo por el apego de Enrique V a una mera bandera blanca" (*The End of an Epoch*, 1949, pág. 275); acaso se reserva las explicaciones de índole personal para cuando trata de historia inglesa.

(18) I. BERLIN, *Historial Inevitability* (1954), pág. 42.

el resultado de la perversidad individual de Guillermo II y de Hitler que la consecuencia de algún hundimiento profundo del sistema de relaciones internacionales.

La afirmación de Miss Wedgwood combina pues dos proposiciones. La primera es que el comportamiento de los hombres como individuos difiere de su comportamiento como miembros de grupos o clases, y que el historiador puede optar por profundizar en uno u otro, a su antojo. La segunda es que estudiar el comportamiento de los hombres en cuanto individuos es tanto como investigar los motivos conscientes de sus acciones.

Después de lo que llevo dicho, no necesito ahondar más en el primer punto. No es que la noción del hombre como individuo induzca ni más ni menos a error que su noción como miembro de un grupo: lo que induce a error es el intento de separar ambas nociones. El individuo es por definición un miembro de una sociedad, o probablemente de más de una sociedad, llámesela grupo, clase, tribu, nación o lo que se quiera. Los primeros biólogos se limitaban a clasificar las especies de pájaros, peces y animales terrestres, repartiéndolos en jaulas, acuariums y vitrinas, y no intentaron estudiar la criatura viva en relación con su ambiente. Acaso las ciencias sociales no hayan salido todavía hoy del todo de aquella fase primitiva. Hay quienes distinguen entre la psicología como ciencia del individuo y la sociología como ciencia de la sociedad; y se ha acuñado el epíteto de «psicologismo» para motejar con él la noción según la cual todos los problemas sociales son reductibles en última instancia al análisis del comportamiento humano individual. Pero los psicólogos que dejaron sin estudiar el

mundo circundante del individuo no fueron muy lejos (19). Resulta tentador distinguir entre la biografía que trata del hombre como individuo y la historia que se ocupa del hombre como parte de un todo, e insinuar que la buena biografía es mala historia. «Nada induce más a error y partidismo en la concepción que se forma el hombre de la historia —escribió Acton en cierta ocasión— que el interés suscitado por los personajes individuales» (20). Pero también esta distinción es irreal. No pretendo tampoco ampararme tras el adagio victoriano colocado por G. M. Young en el frontispicio de su libro *La Inglaterra Victoriana*: «Los criados hablan de personas, y los señores discuten de cosas (21)». Algunas biografías constituyen valiosas aportaciones a la historia: en mi campo de estudio son ejemplos destacados las biografías de Stalin y de Trotsky escritas por Isaac Deutscher. Otras, en cambio, pertenecen a la literatura, lo mismo que la novela histórica. «Para Lytton Strachey», escribe el profesor Trevor-Roper, «los problemas histó-

(19) Los psicólogos contemporáneos se han visto no menos convictos de este error: "Los psicólogos como grupo no han tratado al individuo como una unidad dentro de un sistema social operante, sino más bien como un ser humano concreto concebido como empeñado en la formación de sistemas sociales. De esta forma han dejado de tener en cuenta el sentido peculiar en que sus propias categorías son abstractas" (Profesor Talcott Parsons, en la introducción a Max Weber, *The Theory of Social and Economic Organization* (1947), página 27; véanse también, más adelante, las observaciones acerca de Freud, pág. 133.

(20) *Home and Foreign Review*, enero 1863, pág. 219.

(21) Esta idea la formuló Herbert Spencer, con su estilo más solemne, en su *El Estudio de la Sociología*, capítulo 2: "Si se quiere evaluar de un modo aproximado, el calibre mental de alguien, lo mejor es observar la razón entre las generalidades y los comentarios personales en su conversación, en qué medida simples verdades acerca de los individuos son sustituidas por verdades inducidas e numerosas experiencias de personas y cosas. Y cuando así de este modo medidos se llevan muchos, no quedan sino unos pocos, desperdigados, capaces de una noción algo más que biográfica de las cosas humanas".

ricos eran siempre y únicamente problemas de comportamiento y de excentricidad individuales... Los problemas históricos, los problemas de la política y de la sociedad, nunca trató de resolverlos ni siquiera de plantearlos» (22). Nadie está obligado a leer o escribir historia; y pueden escribirse libros excelentes acerca del pasado, que nada tienen que ver con la historia. Pero creo que tenemos derecho, por acuerdo convencional, a reservar —como me propongo hacerlo en estas conferencias— la palabra «historia» para designar el proceso de la investigación en el pasado del hombre en sociedad.

La segunda proposición de Miss Wedgwood, a saber, que la historia tiene por objeto investigar por qué los individuos «obraron como lo hicieron, según su propio criterio», resulta sumamente rara a primera vista; y sospecho que la autora, al igual que otras personas razonables, no predica con el ejemplo. Y si lo hace, su historia ha de ser muy singular. Todos saben hoy que los seres humanos no siempre, ni acaso generalmente, obran por motivos de los que tienen plena conciencia o que están dispuestos a confesar; y excluir la penetración de las motivaciones inconscientes o inconfesas es desde luego una forma de ponerse a trabajar con un ojo voluntariamente cerrado. Esto es, empero, lo que según algunos debe hacer el historiador. Se trata de lo siguiente. Mientras decimos que el Rey Juan era muy malo, por su avaricia o su estolidez o su ambición de hacer el tirano, hablamos en términos de cualidades humanas comprensibles aun al nivel de la historia para párvulos. Pero cuando empieza a decirse que el Rey Juan era el instrumento insconciente de intereses creados

(22) H. Trevor-Roper, *Historical Essays* (1957), pág. 281.

opuestos a la ascensión al poder de los barones feudales, no sólo se introduce una visión más compleja y elaborada de la maldad del Rey Juan, sino que parece estarse sugiriendo que los acontecimientos históricos no vienen determinados por acciones conscientes de individuos, sino por ciertas fuerzas exteriores y todopoderosas que dirigen la voluntad inconsciente de éstos. Esto es un disparate, por supuesto. En lo que a mí respecta, no creo en la Divina Providencia, ni en el Espíritu del Mundo, ni en el Destino Manifiesto, ni en la Historia con mayúscula, ni en otra cualquiera de las abstracciones a que se ha atribuido algunas veces el gobierno del rumbo de los acontecimientos; y sostengo sin reservas el comentario de Marx:

> La *Historia* nada hace, ni posee una riqueza inmensa, ni libra batallas. Es el *hombre*, el hombre real y vivo, quien lo hace todo, quien posee y lucha (23).

Las dos observaciones que he de hacer sobre el particular nada tienen que ver con una concepción abstracta de la historia, y se basan en la observación puramente empírica.

Es la primera que la historia es en gran medida cuestión de número. Carlyle fue responsable del desafortunado aserto de que «la historia es la biografía de los grandes hombres». Pero oigámosle en la más grande y elocuente de sus obras históricas:

> El hambre, la desnudez, y una opresión convencida de estar en su derecho gravitando pesada-

(23) MARX-ENGELS, *Gesamtausgabe*, I, iii, 625.

mente sobre 25 millones de almas: esto, y no las vanidades heridas ni las filosofías refutadas de abogados filósofos, de ricos tenderos o de la nobleza rural, fue el primordial instigador de la Revolución Francesa; y lo propio ocurrirá en todas las revoluciones semejantes, en todos los países (24).

O, como dijo Lenin, «la política empieza donde están las masas, no donde hay miles, sino donde hay millones; ahí es donde empieza la política seria» (25). Los millones de Carlyle, tanto como los de Lenin, eran millones de individuos: no había nada impersonal en ellos. Las discusiones sobre el particular confunden a menudo anonimato con impersonalidad. Ni la gente deja de ser gente ni los individuos de ser individuos porque desconozcamos sus nombres. Las «vastas fuerzas impersonales» de T. S. Eliot eran los individuos a quienes Clarendon, un conservador más atrevido y franco, llama «la gentuza sin nombre» (26). Los millones anónimos eran individuos que actuaban conjuntamente, más o menos conscientemente, y constituían una fuerza social. En condiciones normales el historiador no necesitará saber de un solo y único campesino descontento, de una sola aldea insatisfecha. Pero millones de campesinos descontentos en miles de aldeas son factor que no puede desconocer ningún historiador. Las razones por las que una persona cualquiera se abstiene de casarse no interesan al historiador, como no sea que las mismas razones de-

(24) *History of the French Revolution*, III, iii, cap. I.

(25) LENIN, *Selected Works*, vii, 295.

(26) CLARENDON, *A Brief View & Survey of the Dangerous & Pernicious Errors to Church & State in Mr. Hobbes' Book entitled Leviathan* (1676), pág. 320.

terminen la abstención de miles de otros individuos de la misma generación, originando con ello una mengua considerable del índice de casamientos: en tal caso podría ser que resultasen significativas desde el punto de vista de la historia. Ni hemos de turbarnos ante la manida afirmación de que los movimientos los inician minorías. Todos los movimientos efectivos tienen unos cuantos adalides y multitud de seguidores; pero esto no quiere decir que la multitud no sea esencial para su triunfo. En historia, el número cuenta.

Tengo aún pruebas mejores en apoyo de mi segunda observación. Autores de muchas y distintas escuelas de pensamiento han coincidido en apuntar que las acciones de seres humanos individuales tienen a menudo resultados que no se proponía ni deseaba el actor, ni tampoco nadie más. El cristiano cree que el individuo, al obrar conscientemente para sus propios fines, no siempre altruistas, es el agente inconsciente de los designios divinos. El «vicios privados, beneficios públicos» de Mandeville era una expresión temprana y deliberadamente paradójica de este descubrimiento. La mano oculta de Adam Smith y la «astucia de la razón» de Hegel, que impulsa a los individuos a obrar por ella y a hacerse instrumentos de sus fines, por más que ellos crean estar satisfaciendo sus propios deseos, son demasiado conocidas como para requerir citas. «En la producción social de sus medios de producción», escribía Marx en el prólogo a su *Crítica de la Economía Política,* «los seres humanos entran en concretas y necesarias relaciones independientes de su voluntad». «El hombre vive conscientemente para sí, pero es instrumento inconsciente de la consecución de los históricos y uni-

versales anhelos de la humanidad», escribió Tolstoy en *Guerra y Paz*, haciéndose eco de Adam Smith (27). Y aquí, para concluir con esta antología que ya se está haciendo larga, citaremos al profesor Butterfield: «Hay, en la naturaleza de los acontecimientos históricos, algo que tuerce el curso histórico en una dirección que ningún hombre se propuso nunca seguir» (28). Desde 1914, después de transcurrido un siglo sin otras guerras que conflictos menores localizados, hemos pasado por dos guerras mundiales. No sería explicación plausibe de este fenómeno sostener que eran más los individuos que querían la guerra, o menos los que querían la paz, durante la primera mitad del siglo XX que en las últimas tres cuartas partes del XIX. Difícil resulta creer que un individuo cualquiera se hubiese propuesto, o deseara, la gran depresión económica de los años treinta y tantos. Y sin embargo fue, a no dudarlo, traída por las acciones de individuos, cada uno de los cuales se proponía conscientemente otro fin radicalmente distinto. Tampoco puede decirse que el diagnóstico de una discrepancia entre las intenciones de un individuo y los resultados de su acción, deba siempre aguardar al historiador retrospectivo. «No tiene intención de ir a la guerra», escribió Lodge de Woodrow Wilson en marzo de 1917, «pero tengo la impresión de que le arrastrarán los acontecimientos» (29). Es ir contra toda evidencia sugerir que la historia pueda escribirse fundándose en «explicaciones en términos de inten-

(27) L. TOLSTOY, *Guerra y Paz*, IX, cap. 1.

(28) H. BUTTERFIELD, *The Englishman and His History* (1944), página 103.

(29) Citado por B. W. TUCHMAN, *The Zimmermann Telegram* (N. Y. 1958), pág. 180, trad. esp., *El telegrama Zimmermann*, ed. Grijalbo.

ciones humanas» (30), o en el relato hecho por sus propios actores de los motivos por los que «en su criterio obraron como lo hicieron». Los hechos históricos son, por supuesto, hechos acerca de individuos, mas no de acciones de individuos llevadas a cabo aisladamente, ni tampoco de los motivos, reales o imaginarios, por los que ellos mismos creen haber obrado. Son hechos acerca de las relaciones existentes entre los individuos en el seno de la sociedad, y acerca de las fuerzas sociales que determinan, partiendo de las acciones individuales, resultados a menudo distintos, y a veces contrarios, a los que se proponían alcanzar aquéllos.

Uno de los errores graves de la concepción de la historia mantenida por Collingwood, de que traté en mi anterior conferencia, fue suponer que la idea subyacente al acto, y que debe investigar el historiador, es el pensamiento del actor individual. Es una presuposición equivocada. Lo que ha de investigar el historiador es lo que subyace al acto; y aquí el pensamiento o el motivo conscientes del actor individual pueden resultar del todo irrelevantes.

Llegados a este punto, quiero decir unas palabras acerca del papel que desempeña el rebelde o el disidente en la historia. Montar la célebre imagen del individuo alzándose en contra de la sociedad es tanto como reintroducir la falsa antítesis entre ésta y aquél. Ninguna sociedad es del todo homogénea. Toda sociedad es escenario de conflictos sociales, y los individuos que se colocan entre los enemigos de la autoridad existente son, tanto como los que la apoyan, pro-

(30) Esta frase pertenece al libro de I. Berlin, *Historial Inevitability* (1954), pág. 7, donde parece aconsejarse que la historia se escriba en estos términos.

ducto y reflejo de dicha sociedad. Ricardo II y Catalina la Grande representaban fuerzas sociales poderosas en la Inglaterra del siglo XIV y en la Rusia del XVIII; pero también las representaron Wat Tyler y Pugachev, el líder de la gran rebelión de los siervos. Tanto los monarcas como los rebeldes son producto de las condiciones específicas de su tiempo y país. Hacer de Wat Tyler y de Pugachev individuos alzados contra la sociedad es incurrir en una simplificación capaz de inducirnos a error. Si no hubieran sido más que eso, el historiador no hubiera tenido noticia de ellos. Deben su papel histórico a la masa de sus seguidores, y son significativos como fenómenos sociales, o no lo son de ningún modo. O pasemos al caso de un destacado rebelde e individualista, en un nivel más elaborado. Pocas personas han reaccionado de modo más violento y más radical que Nietzsche contra la sociedad de su tiempo y lugar. Y sin embargo Nietzsche era producto directo de la sociedad europea, y más específicamente alemana, un fenómeno que no podía haberse dado en China ni en Perú. Una generación después de muerto Nietzsche, resultó más evidente que lo había sido para sus coetáneos la virulencia de las fuerzas sociales europeas, y más específicamente alemanas, de las que aquel individuo había sido fiel trasunto. Y Nietzsche fue una figura más significativa para la posteridad que para su propia generación.

El papel que desempeña el rebelde en la historia tiene cierta analogía con el del gran hombre. La teoría de la historia centrada en el gran hombre —una muestra de la escuela de la nariz de Cleopatra— dejó de estar de moda hace unos pocos años, pese a lo cual asoma alguna vez su poco agraciada cabeza. El

director de una serie de populares manuales de historia, comenzada después de la segunda Guerra Mundial, invitaba a sus autores a «desarrollar un tema histórico importante mediante la biografía de un gran hombre»; y A. J. P. Taylor decía en uno de sus ensayos menores que «la historia contemporánea de Europa puede escribirse en función de tres titanes: Napoleón, Bismarck y Lenin» (31), a pesar de lo cual no ha emprendido, en sus escritos más serios, la puesta en práctica de proyecto tan precipitado. ¿Qué papel es el del gran hombre en la historia? El gran hombre es un individuo y, siendo como es individualidad sobresaliente, es asimismo fenómeno social de sobresaliente importancia. «Es verdad evidente», apuntaba Gibbon, «que los tiempos deben corresponder con los personajes extraordinarios, y que el genio de Cromwell o el de Retz fenecerían ahora en la oscuridad» (32). Marx, en *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte,* diagnosticó el fenómeno contrario: «La guerra de clases en Francia creó circunstancias y relaciones que hicieron posible que una mediocridad palmaria se exhibiese solemnemente con atuendo de héroe». De haber nacido Bismarck en el siglo XVIII —hipótesis absurda puesto que no habría sido Bismarck—, ni habría unido a Alemania, ni acaso hubiera sido gran hombre en absoluto. Pero no creo que sea preciso rebajar a los grandes hombres tildándolos, como Tolstoy, de meras «etiquetas para dar nombre a los acontecimientos». A veces, indudablemente, puede tener consecuencias siniestras el culto del gran hombre. El superhombre de Nietzsche es una figura que repele. No necesito recordar el caso de

(31) A. J. P. TAYLOR, *From Napoleon to Stalin* (1950), pág. 74.
(32) GIBBON, *Decline and Fall of the Roman Empire,* cap. LXX.

Hitler, ni las graves secuelas del «culto a la personalidad» en la Unión Soviética. Pero tampoco me propongo menoscabar la grandeza de los grandes hombres; ni suscribo la tesis según la cual «los grandes hombres son casi invariablemente hombres perversos». La opinión que yo quisiera demoler es la que coloca a los grandes personajes al margen de la historia y los imagina imponiéndose a la historia en virtud de su grandeza, como «tentetiesos que asoman milagrosamente de lo desconocido, para venir a interrumpir la continuidad real de la historia» (33). Aun hoy dudo que pueda mejorarse la clásica descripción de Hegel:

> «El gran hombre de una época es el que sabe formular con palabras el anhelo de su época, el que sabe decir a su época lo que ella anhela, y sabe realizarlo. Lo que él hace es corazón y esencia de su época; él da realidad a su época» (34).

Algo por el estilo quiere decir el Dr. Leavis cuando afirma que los grandes escritores tienen «importancia en razón de la lucidez humana que suscitan» (35). El gran hombre es siempre representativo de fuerzas existentes o de fuerzas que coadyuva a crear, desafiando a la autoridad vigente. Pero tal vez deba reconocerse el más alto grado de capacidad creadora a los grandes hombres que, como Cromwell o Lenin, contribuyeron a moldear las fuerzas que les hicieron grandes, y no aquellos que cabalgaron hacia la grandeza montados en fuerzas ya existentes, como

(33) V. G. Childe, *History* (1947), pág. 43.
(34) *Filosofía del derecho.*
(35) F. R. Leavis, *The Great Tradition* (1948), pág. 2.

Napoleón o Bismarck. Como tampoco debemos olvidar a aquellos grandes hombres que de tal modo se adelantaron a su época que su grandeza sólo fue reconocida por las generaciones posteriores. Lo que me parece esencial es ver en el gran hombre a un individuo destacado, a la vez producto y agente del proceso histórico, representante tanto como creador de fuerzas sociales que cambian la faz del mundo y el pensamiento de los hombres.

Así pues, la historia, en sus dos sentidos —la investigación llevada a cabo por el historiador y los hechos del pasado que él estudia—, es un proceso social, en el que participan los individuos en calidad de seres sociales; y la supuesta antítesis entre la sociedad y el individuo no es sino un despropósito interpuesto en nuestro camino para confundirnos el pensamiento. El proceso recíproco de interacción entre el historiador y sus hechos, lo que he llamado el diálogo entre el pasado y el presente, no es diálogo entre individuos abstractos y aislados, sino entre la sociedad de hoy y la sociedad de ayer. La historia, como dijo Burckhardt, «es el conjunto de lo que una época encuentra digno de atención en otra» (36). El pasado nos resulta inteligible a la luz del presente y sólo podemos comprender plenamente el presente a la luz del pasado. Hacer que el hombre pueda comprender la sociedad del pasado, e incrementar su dominio de la sociedad del presente, tal es la doble función de la historia.

(36) J. Burckhardt, *Judgements on History and Historians* (1959), trad. ing., pág. 158.

III

Historia, Ciencia y Moralidad

Siendo yo muy joven, quedé debidamente impresionado al enterarme de que a pesar de las apariencias, la ballena no es un pez. En la actualidad, estas cuestiones de clasificación me turban menos, y no me preocupa demasiado que se me asegure que la historia no es una ciencia. Esta cuestión terminológica es una excentricidad de la lengua inglesa. En cualquier otro idioma europeo la palabra ciencia abarca la historia sin discusión. Pero en el mundo de habla inglesa, este problema tiene un largo historial, y los interrogantes que plantea constituyen una cómoda introducción a los problemas del método en historia.

A finales del siglo XVIII, cuando la ciencia había contribuido de modo tan espectacular al conocimiento que el hombre tenía del mundo y de sus propios atributos físicos, empezó a plantearse la pregunta de si la ciencia no podría también coadyuvar a un mejor conocimiento de la sociedad. La concepción de las ciencias sociales, y de la historia entre ellas, fue gradualmente desarrollándose durante el siglo XIX; y el método con que la ciencia estudiaba el mundo de la naturaleza se aplicó al estudio de los asuntos humanos. En la primera parte de este período prevaleció la tradición newtoniana. La sociedad, lo mismo que el mundo de la naturaleza, se concebía como un

mecanismo; aún se recuerda el título de una obra de Herbert Spencer, *La Estática Social*, publicada en 1851. Bertrand Russell, educado en el seno de esta tradición, había de rememorar más tarde el período en que esperaba llegaría el día en que hubiese «una matemática del comportamiento humano tan precisa como la matemática de la mecánica» (1). Luego, Darwin provocó otra revolución científica; y los especialistas de las ciencias sociales, partiendo de la biología, empezaron a pensar en la sociedad como un organismo. Pero la verdadera importancia de la revolución de Darwin fue que éste, completando la tarea iniciada por Lyell en geología, introdujo la historia en la ciencia natural. La ciencia ya no se ocupaba de algo estático y fuera del tiempo (2), sino de un proceso de cambio y desarrollo. La evolución en ciencia confirmaba y complementaba el progreso en historia. Nada sin embargo vino a modificar la concepción inductiva del método histórico que describí en mi primera conferencia: recopilación de datos primeros, y luego, interpretación. Se partía del supuesto indiscutido de que tal era también el método de la ciencia. Ésta era la noción de que obviamente partía Bury cuando, en las palabras finales de su lección inaugural de enero de 1903, describía la historia como «una ciencia, ni más ni menos». Los cincuenta años siguientes a la lección de Bury han sido testigos de una reacción violenta contra esta concepción de la historia. A Collingwood, cuando escribía en los años treinta y tantos, le preocupaba especialmente la necesidad de deslindar en forma clara el mundo de la naturaleza, objeto

(1) B. RUSSELL, *Portraits from Memory* (1958), pág. 20.

(2) Todavía en 1874 distinguía Bradley la ciencia de la historia por ocuparse la primera de lo atemporal e "inmutable". (F. H. BRADLEY, *Collected Essays* (1935), i, 36.)

de la investigación científica, y el mundo de la historia, y durante este período el aserto de Bury se citó raras veces, salvo en son de burla. Pero lo que no vieron entonces los historiadores, es que la propia ciencia había sufrido una profunda revolución, con lo que parece que Bury estuvo más cerca de la verdad de lo que habíamos supuesto, aunque por razones que no son las buenas. Lo que hicieron Lyell con la geología y Darwin con la biología se ha hecho ahora con la astronomía, que se ha convertido en la ciencia de cómo el universo ha llegado a ser lo que es; y los físicos modernos dicen constantemente que ellos no estudian hechos sino acontecimientos. El historiador tiene alguna excusa por encontrarse más a gusto en el mundo de la ciencia hoy que hace cien años.

Veamos primero el concepto de ley. Durante los siglos XVIII y XIX los hombres de ciencia partieron de la base de que las leyes de la naturaleza —las leyes del movimiento de Newton, la ley de la gravedad, la ley de Boyle, la ley de la evolución, etc.— habían sido descubiertas y definitivamente establecidas, en la suposición de que la tarea del científico consistía en descubrir y establecer más leyes de esta clase mediante un proceso inductivo a partir de los datos observados. La palabra «ley» descendió envuelta en una aureola de gloria desde Galileo y Newton. Los que estudiaban la sociedad, deseosos, a sabiendas o no, de probar la condición científica de sus estudios, adoptaron igual lenguaje y creyeron seguir el mismo procedimiento. Parece que los primeros que salieron a la palestra fueron los economistas políticos, con la ley de Gresham y con las leyes del mercado en Adam Smith. Burke apeló a «las leyes del comercio, que

son las leyes de la naturaleza y por ende las Leyes de Dios (3)». Malthus mecanizó una ley de la población; Lasalle una ley férrea de los salarios; y Marx, en la Introducción al *Capital*, afirmó haber descubierto «la ley económica del movimiento de la sociedad moderna». Buckle, en las palabras finales de su *Historia de la Civilización*, manifestó el convencimiento de que el curso de los asuntos humanos estaba «impregnado de un noble principio de regularidad universal e inmutable». En la actualidad esta terminología nos parece tan anticuada como pretenciosa; pero le suena casi tan anticuada al físico como al investigador de la sociedad. Un año antes de pronunciar Bury su conferencia inaugural, el matemático francés Henri Poincaré publicó un pequeño volumen titulado *La Science et l'hypothèse*, que inició una revolución del pensamiento científico. La tesis principal de Poincaré era que las proposiciones generales enunciadas por los hombres de ciencia, son, cuando no meras definiciones o convenciones disfrazadas acerca del uso del lenguaje, hipótesis encaminadas a cristalizar y organizar un pensamiento ulterior, sujetas a ulterior verificación, modificación o refutación. Todo lo cual es hoy poco menos que un lugar común. La exclamación de Newton «*Hypotheses non fingo*» suena huera en la actualidad: y por más que los científicos, aun quienes se dedican a las ciencias sociales, hablan a veces de leyes, en honor, por así decirlo, de los viejos tiempos, ya no creen en su exis-

(3) *Thoughts and Details on Scarcity* (1795), en *The Works of Edmund Burke* (1846);, iv, 270; Burke dedujo que no entraba "en la esfera de competencia del gobierno, en cuanto tal, ni tan siquiera del rico como tal, abastecer al pobre de aquellos productos necesarios que la Divina Providencia se complace en negarle durante algún tiempo".

tencia en el sentido en que creyeron universalmente en ellas los científicos de los siglos XVIII y XIX. Es cosa admitida que los científicos no hacen descubrimientos ni adquieren nuevos conocimientos mediante el establecimiento de leyes precisas y generales, sino mediante la enunciación de hipótesis que abren el camino a nuevas investigaciones. Un libro de texto acerca del método científico, escrito por dos filósofos norteamericanos, describe el método de la ciencia como «esencialmente circular»:

> Obtenemos las pruebas de los principios apelando al material empírico, a lo que se supone son «hechos»; y seleccionamos, analizamos e interpretamos el material empírico basándonos en los principios (4).

Acaso hubiera sido mejor la expresión de «recíproco» que la de «circular»; porque el resultado no es un retorno al punto de partida, sino un adelanto hacia nuevos descubrimientos por medio de este proceso de interacción entre principios y hechos, entre teoría y práctica. Pensar requiere siempre la aceptación de ciertas presuposiciones basadas en la observación y que hacen posible el pensar científico, pero sujetas a revisión a la luz de este mismo pensar. Las hipótesis en cuestión pueden resultar válidas en ciertos contextos o para determinados fines, aunque resulten luego falsas en otros casos. En todos los casos la prueba definitiva es la empírica de saber si son de hecho útiles para promover nuevos enfoques e incrementar nuestro conocimiento. Los métodos de Ru-

(4) M. R. COHEN y E. NAGEL, *Introduction to Logic and Scientific Method* (1934), pág. 596.

therford fueron descritos no hace mucho por uno de sus discípulos y compañeros de trabajo más distinguidos:

> Era en él necesidad imperativa saber cómo funcionan los fenómenos nucleares, en el mismo sentido en que podría hablarse de saber lo que ocurría en la cocina. No creo que buscase una explicación bajo la forma clásica de una teoría fundada en unas cuantas leyes básicas; mientras estuviese al corriente de lo que iba aconteciendo, estaba satisfecho (5).

Esta descripción conviene igualmente al historiador, que ha abandonado la búsqueda de leyes fundamentales y se contenta con la investigación de cómo funcionan las cosas.

La condición y calidad de las hipótesis utilizadas por el historiador en el proceso de su investigación se asemeja singularmente a las que caracterizan las hipótesis de que se vale el científico. Tómese, por ejemplo, el famoso diagnóstico de Marx Weber, que vio una relación entre el protestantismo y el capitalismo. Nadie calificaría hoy de ley esta afirmación, pese a que en una época anterior pudo haber sido acogida como tal. Es una hipótesis que, aunque algo modificada en las investigaciones que inspiró, ha mejorado sin lugar a duda nuestra comprensión de ambos movimientos. O tomemos por ejemplo un aserto como éste de Marx: «El telar manual nos da una sociedad con un señor feudal; el telar mecánico nos

(5) Sir CHARLES ELLIS, en *Trinity Review* (Cambridge, tercer trimestre, 1960), pág. 14.

da otra con un capitalista industrial» (6). Esto no es, en la terminología moderna, una ley, aunque probablemente la hubiera denominado así su autor; pero sí una hipótesis fructífera que nos indica el camino a seguir para una investigación ulterior y una comprensión nueva. Estas hipótesis son instrumentos imprescindibles para el pensamiento. El conocido economista alemán de principios de siglo, Werner Sombart, confesó cierta «turbación» que se apoderaba de los que habían abandonado el marxismo:

> Cuando quedamos sin las cómodas fórmulas que hasta la fecha han sido nuestros guías por entre las complejidades de la existencia... es como si zozobráramos en un océano de datos, hasta que encontramos un nuevo punto de apoyo o aprendemos a nadar (7).

La controversia acerca de la división de la historia en períodos recae dentro de esta categoría. La división de la historia en periódos no es un hecho, sino una necesaria hipótesis o herramienta mental, válida en la medida en que nos ilumina, y que depende, en lo que hace a su validez misma, de la interpretación. Los historiadores que discrepan acerca de cuándo terminó la Edad Media, discrepan en la interpretación de ciertos acontecimientos. No es este problema cuestión fáctica; pero tampoco puede decirse que carezca de significado. La división de la historia atendiendo a sectores geográficos tampoco es un hecho sino una hipótesis: hablar de historia europea puede ser una

(6) MARX-ENGELS, *Gesamtausgabe*, I, vi, 179.

(7) W. SOMBART, *The Quintessence of Capitalism* (Trad. ingl. 1915), pág. 354.

hipótesis correcta y fructífera en ciertos contextos, e inducir a error y confusión en otros. La mayoría de los historiadores parten de la base de que Rusia forma parte de Europa; otros lo niegan con pasión. La tendencia propia del historiador puede juzgarse partiendo de las hipótesis que adopta. Tengo que citar una declaración general acerca de los métodos de la ciencia social, porque procede de un gran especialista de esta ciencia que se formó en las ciencias físicas. Georges Sorel, que fue ingeniero antes de empezar a escribir, cumplidos ya los cuarenta años, acerca de los problemas de la sociedad, destacó la necesidad de aislar determinados elementos en una situación dada, aun a riesgo de caer en un exceso de simplificación:

> Hay que proceder a tientas; deben ponerse a prueba hipótesis parciales y probables, y hay que contentarse con aproximaciones provisionales de modo que siempre queden abiertas las puertas a una corrección progresiva (8).

Es ésta una proclamación bien distante del siglo XIX, cuando científicos e historiadores como Acton esperaban que llegase el día en que quedara establecido, por medio de la acumulación de datos bien verificados, un cuerpo de conocimientos que lo abarcase todo y que resolvería de una vez para siempre todos los problemas discutidos. Hoy, tanto los científicos como los historiadores abrigan la esperanza más modesta de avanzar progresivamente de una hipótesis parcial a la siguiente, aislando sus hechos al pasarlos

(8) G. SOREL, *Matériaux d'une théorie du prolétariat* (1919), página 7.

por el tamiz de sus interpretaciones, y verificando éstas con los hechos; y los caminos que cada cual sigue no me parecen esencialmente distintos. En mi primera conferencia cité una observación del profesor Barraclough según la cual la historia no es «en absoluto fáctica, sino una serie de juicios admitidos». Cuando me hallaba preparando estas conferencias, un físico de esta Universidad definió, en una emisión de la B.B.C., una verdad científica como «una afirmación que ha sido públicamente admitida por los expertos en la materia» (9). Ninguna de estas fórmulas es del todo satisfactoria, por razones que irán surgiendo cuando tratemos del problema de la objetividad. Pero es notable que un físico y un hisotriador formulasen cada cual por su lado igual problema con palabras casi idénticas.

Las analogías son sin embargo trampa peligrosa para los no avisados: y quiero pasar a considerar, con el mayor respeto, los reparos en virtud de los cuales por grandes que sean las diferencias entre las ciencias matemáticas y las naturales, o entre las distintas ciencias comprendidas dentro de estas categorías, puede establecerse una distinción fundamental entre estas ciencias y la historia y se presta a equívoco llamar ciencia a la historia, y acaso también a las demás ciencias sociales. Estos reparos —más convincentes unos que otros— se resumen así: 1) la historia se ocupa solamente de lo particular en tanto que la ciencia estudia lo general; 2) la historia no enseña nada; 3) la historia no puede pronosticar; 4) la historia es forzosamente subjetiva porque el hombre se está observando a sí mismo; y 5) la historia, a dife-

(9) Dr. J. Ziman, en *The Listener*, 18 de agosto 1960.

rencia de la ciencia, implica problemas de religión y de moralidad. Trataré de examinar sucesivamente cada uno de estos puntos.

En primer lugar, se alega que la historia se ocupa de lo particular, mientras que la ciencia atiende a lo general y universal. Puede decirse que este punto de vista nace con Aristóteles, que declaraba que la poesía era «más filosófica» y «más seria» que la historia, porque la primera perseguía la verdad general y la historia la particular (10). Muchos autores ulteriores han discriminado de modo parecido entre la ciencia y la historia, desde entonces hasta Collingwood inclusive (11). Parece que esta opinión parte de un error inicial. Todavía sigue siendo verdad la famosa frase de Hobbes: «Nada en el mundo es universal salvo los nombres, ya que cada cosa nombrada es individual y singular» (12). Ello es indudablemente cierto en lo que se refiere a las ciencias físicas: dos formaciones geológicas, dos animales de la misma especie, dos átomos, no son nunca iguales. Pero la insistencia en el carácter único de los acontecimientos históricos tiene el mismo efecto paralizador que la perogrullada tomada por G. E. Moore del Obispo Butler, y que en una época fue objeto de veneración por parte de los filósofos «analíticos» del lenguaje: «Cada cosa es lo que es y no otra cosa distinta». Adentrándose por esta senda se llega pronto a un a modo de nirvana filosófico en que no puede decirse nada importante acerca de nada.

(10) *Poética*, cap. ix.
(11) R. G. Collingwood, *Historical Imagination* (1935), pág. 5.
(12) *Leviathan*, I, iv.

El mismo uso del lenguaje compele al historiador, así como al científico, a generalizar. La guerra del Peloponeso y la segunda Guerra Mundial fueron muy distintas, y ambas fueron únicas. Pero el historiador llama guerras a las dos sin que proteste por ello más que el pedante. Cuando Gibbon calificó de revoluciones el establecimiento del Cristianismo por Constantino y la aparición del Islam (13), estaba generalizando dos acontecimientos únicos. Los historiadores modernos hacen lo propio cuando escriben acerca de las revoluciones inglesa, francesa, rusa y china. El historiador no está realmente interesado en lo único sino en lo que hay de general en lo único. En los años veintitantos las discusiones por parte de los historiadores acerca de las causas de la guerra de 1914, daban comúnmente por supuesto que o bien debía achacarse a la torpeza de los diplomáticos, que habían obrado en secreto y sin el control de la opinión pública, o a la desafortunada división del mundo en estados territoriales soberanos. Un decenio más tarde daban por supuesto que se debió a las rivalidades entre potencias imperialistas, arrastradas por las tensiones del capitalismo decadente al reparto del mundo entre ellas. Estas discusiones implicaban todas una generalización acerca de las causas de la guerra, o por lo menos de ésta en las condiciones del siglo XX. El historiador se vale constantemente de la generalización para comprobar los datos de que dispone. Si no son claras las pruebas de que Ricardo asesinara a los príncipes en la Torre de Londres, el historiador se preguntará —acaso más inconsciente que conscientemente— si era costumbre de los gobernan-

(13) *Decline and Fall of the Roman Empire*, cap. XX, cap. L.

tes de su tiempo liquidar los posibles rivales al trono; y su juicio estará, y con razón, influido por tal generalización.

El lector de historia, lo mismo que el autor, es un generalizador crónico, que aplica la observación del historiador a otros contextos históricos que conoce bien, o aun a su propia época. Cuando leo la ***Revolución Francesa*** de Carlyle, me doy cuenta de que estoy generalizando una y otra vez sus comentarios, aplicándolos al tema que me interesa particularmente: la revolución Rusa. Véase por ejemplo esta cita acerca del Terror:

> Horrible en tierras que habían conocido una justicia equitativa pero no tan extraño en tierras que nunca la conocieron.

O esta otra, aún más significativa:

> Lástima es, aunque sea muy natural, que la historia de este período haya sido casi siempre escrita en trance histérico. Abundan la exageración, y la execración, y la elegía; y a la postre, la oscuridad (14).

O ésta, de Burckhardt ahora, acerca del desarrollo del Estado moderno en el siglo XVI:

> Cuando menos hace que surgió el Poder, menos posible le resulta permanecer estacionario,

(14) *History of the French Revolution*, I, v, cap. 9; III, i, capítulo I.

primero porque quienes le dieron vida se han acostumbrado a más movimiento rápido, y porque son y seguirán siendo innovadores *per se;* y segundo, porque las fuerzas por ellos levantadas o sometidas sólo pueden emplearse para ulteriores actos de violencia (15).

Es un contrasentido decir que la generalización es extraña a la historia; la historia se nutre de generalizaciones. Como dice claramente Mr. Elton en uno de los volúmenes de la nueva *Cambridge Modern History,* «lo que distingue al historiador del recopilador de datos históricos es la generalización» (16); podía haber añadido que lo mismo distingue al científico del naturalista o coleccionista de especímenes. Pero no se suponga que la generalización nos permite construir un amplio esquema de la historia en el que han de encasillarse los acontecimientos específicos. Y como Marx es uno de los autores a menudo acusado de construir un esquema de éstos, o de creer en él, citaré, a modo de recapitulación, un párrafo de una de sus cartas, que coloca el problema en perspectiva adecuada:

> Acontecimientos notablemente parecidos, pero ocurridos en distinto medio histórico, conducen a resultados totalmente dispares. Estudiando por separado cada una de estas evoluciones, y comparándolas luego, es fácil encontrar la clave para la comprensión de este fenómeno; pero nunca es posible dilucidarlo utilizando la llave maestra de al-

(15) J. Burckhardt, *Judgements on History and Historians* (1959), pág. 34.
(16) *Cambridge Modern History,* ii (1958), 20.

guna teoría histórico-filosófica cuya gran virtud consiste en estar por encima de la historia (17).

La historia se ocupa de la relación entre lo único y lo general. El historiador no puede disociarlos, ni dar preferencia a lo uno contra lo otro, como tampoco está en su mano disociar el hecho de la interpretación.

Acaso sea éste el momento de una breve observación acerca de las relaciones entre la historia y la sociología. Actualmente la sociología se enfrenta con dos peligros opuestos, el de convertirse en ultrateórica y el de convertirse en ultraempírica. El primero es el peligro de perderse en generalizaciones abstractas y sin sentido sobre la sociedad en general. La Sociedad con mayúscula es una falacia tan descaminada como la Historia con mayúscula. Rondan este peligro quienes asignan a la sociología la tarea exclusiva de generalizar partiendo de los acontecimientos únicos registrados por la historia: se ha sugerido que la sociología se distingue de la historia en que tiene «leyes» (18). El otro peligro es el que previó Karl Mann-

(17) MARX Y ENGELS, *Obras* (ed. rusa), xv, 378; la carta de que procede este párrafo se publicó en el periódico ruso *Otechestvennye Zapiski* en 1877. Parece que el profesor Popper asocia a Marx con el que denomina "error central del historicismo", a saber, la convicción de que las tendencias o corrientes históricas "pueden derivarse inmediatamente de las solas leyes universales" (*The Poverty of Historicism* (1957), págs. 128-129): esto es precisamente lo que negaba Marx.

(18) Parece que tal es la opinión del profesor Popper (*The Open Society and its Enemies*, 2.a ed., 1952, ii, 322; traducción española: *La Sociedad Abierta y sus enemigos*). Desgraciadamente, da un ejemplo de ley sociológica: "Dondequiera que la libertad de pensamiento, y de comunicación del mismo, estén eficazmente protegidas por las instituciones legales y las instituciones que garantizan a la discusión la posibilidad de ser pública, habrá progreso científico". Esto se escribió en 1942 ó 1943, y se inspiraba en la convicción de que las democracias occidentales permanecerían a la cabeza del progreso científico,

heim hace casi una generación y que en la actualidad está muy presente, el de una sociología «dividida en una serie discreta de problemas técnicos de reajuste social» (19). La sociología se ocupa de sociedades históricas cada una de las cuales es única y ha sido moldeada por antecedentes y condiciones históricos específicos. Pero el intento de eludir la generalización y la interpretación, limitándose a los problemas llamados «técnicos» de enumeración y análisis, sólo conduce a convertirse en inconsciente apologista de una sociedad estática. Si la sociología ha de convertirse en campo fructífero de estudio, tendrá que ocuparse, como la historia, de la relación existente entre lo particular y lo general. Pero también debe hacerse dinámica, dejar de ser un estudio de la sociedad en reposo (porque tal sociedad no existe), y pasar a serlo del cambio y del desarrollo sociales. Por lo demás, yo diría que cuanto más sociológica se haga la historia y cuanto más histórica se haga la sociología, tanto mejor para ambas. Déjese ampliamente abierta a un tráfico en doble dirección la frontera que las separa.

El problema de la generalización está estrechamente vinculado a mi segunda pregunta, la de las lecciones que enseña la historia. Lo que realmente importa de la generalización es que por su conducto tratamos de aprender de la historia, y de aplicar la lec-

---

en virtud de su organización institucional, convicción desmentida desde entonces, o cuando menos seriamente maltrecha, por lo ocurrido en la Unión Soviética. No es ya una ley, sino ni siquiera una generalización válida.

(19) K. Mannheim, *Ideology and Utopia* (trad. inglesa 1936), página 228.

ción deducida de un conjunto de aconetcimientos a otro conjunto de acontecimientos: cuando generalizamos estamos, aun sin saberlo, tratando de hacer precisamente eso. Los que rechazan la generalización e insisten en que la historia no se ocupa más que de lo único, son quienes, como era de esperar, niegan que de la historia pueda aprenderse nada. Pero la afirmación de que los hombres nada aprenden de la historia viene contradicha por multitud de hechos observables. No hay experiencia más corriente que ésta. En 1919 me hallaba yo presente en la Conferencia de la Paz de París, como miembro subalterno de la delegación británica. Todos los miembros de la delegación creían que podríamos sacar grandes lecciones del Congreso de Viena, el último de los grandes congresos de paz europeos, celebrado cien años antes. Un tal capitán Webster, empleado entonces en el Ministerio de la Guerra, hoy Sir Charles Webster, eminente historiador, escribió un ensayo diciéndonos cuáles eran aquellas lecciones. He conservado dos en mi memoria. Una era que resultaba peligroso, cuando se estaba dando nueva forma al mapa de Europa, dejar al margen el principio de autodetenerminación. La otra era que resultaba peligroso tirar los documentos secretos a la papelera, cuyo contenido sería fatalmente adquirido por el servicio secreto de alguna otra delegación. Estas lecciones de la historia las tomamos nosotros como un evangelio e influyeron en nuestra conducta. Es éste un ejemplo reciente y trivial. Pero sería fácil descubrir en la historia relativamente remota la influencia de las enseñanzas de un pasado aún más rmeoto. Todo el mundo conoce el impacto de la Grecia antigua sobre Roma. Pero no estoy seguro de que algún historiador

haya tratado de llevar a cabo un análisis preciso de las lecciones que aprendieron los romanos, o que creyeron haber aprendido, de la historia helénica. El examen de las enseñanzas sacadas por la Europa occidental de los siglos XVII, XVIII y XIX de la historia del Antiguo Testamento podría aportar interesantes resultados. La revolución puritana de Inglaterra no puede comprenderse sin él; y la concepción del pueblo elegido fue un factor importante en el surgir del nacionalismo contemporáneo. El sello de una instrucción clásica marcó profundamente la nueva clase rectora británica en el siglo XIX. Grote, como ya hemos dicho, señalaba Atenas como el prototipo de la nueva democracia; y me gustaría ver un estudio de las amplias e importantes enseñanzas impartidas a los edificadores del imperio británico por la historia del imperio romano, fueran ellos conscientes o no de haberlas asimilado. En mi campo de estudio, los forjadores de la revolución rusa estaban profundamente impresionados —y casi diría que obsesionados— por las lecciones de la revolución Francesa, de las revoluciones de 1848 y de la Commune de París de 1871. Pero he de recordar aquí la puntualización que requiere el doble carácter de la historia. Aprender de la historia no es nunca un proceso en una sola dirección. Aprender acerca del presente a la luz del pasado quiere también decir aprender del pasado a la luz del presente. La función de la historia es la de estimular una más profunda comprensión tanto del pasado como del presente, por su comparación recíproca.

El tercer punto que quiero tratar es el del papel que desempeña el pronóstico en la historia: no puede

ción deducida de un conjunto de aconetcimientos a otro conjunto de acontecimientos: cuando generalizamos estamos, aun sin saberlo, tratando de hacer precisamente eso. Los que rechazan la generalización e insisten en que la historia no se ocupa más que de lo único, son quienes, como era de esperar, niegan que de la historia pueda aprenderse nada. Pero la afirmación de que los hombres nada aprenden de la historia viene contradicha por multitud de hechos observables. No hay experiencia más corriente que ésta. En 1919 me hallaba yo presente en la Conferencia de la Paz de París, como miembro subalterno de la delegación británica. Todos los miembros de la delegación creían que podríamos sacar grandes lecciones del Congreso de Viena, el último de los grandes congresos de paz europeos, celebrado cien años antes. Un tal capitán Webster, empleado entonces en el Ministerio de la Guerra, hoy Sir Charles Webster, eminente historiador, escribió un ensayo diciéndonos cuáles eran aquellas lecciones. He conservado dos en mi memoria. Una era que resultaba peligroso, cuando se estaba dando nueva forma al mapa de Europa, dejar al margen el principio de autodetenerminación. La otra era que resultaba peligroso tirar los documentos secretos a la papelera, cuyo contenido sería fatalmente adquirido por el servicio secreto de alguna otra delegación. Estas lecciones de la historia las tomamos nosotros como un evangelio e influyeron en nuestra conducta. Es éste un ejemplo reciente y trivial. Pero sería fácil descubrir en la historia relativamente remota la influencia de las enseñanzas de un pasado aún más rmeoto. Todo el mundo conoce el impacto de la Grecia antigua sobre Roma. Pero no estoy seguro de que algún historiador

haya tratado de llevar a cabo un análisis preciso de las lecciones que aprendieron los romanos, o que creyeron haber aprendido, de la historia helénica. El examen de las enseñanzas sacadas por la Europa occidental de los siglos XVII, XVIII y XIX de la historia del Antiguo Testamento podría aportar interesantes resultados. La revolución puritana de Inglaterra no puede comprenderse sin él; y la concepción del pueblo elegido fue un factor importante en el surgir del nacionalismo contemporáneo. El sello de una instrucción clásica marcó profundamente la nueva clase rectora británica en el siglo XIX. Grote, como ya hemos dicho, señalaba Atenas como el prototipo de la nueva democracia; y me gustaría ver un estudio de las amplias e importantes enseñanzas impartidas a los edificadores del imperio británico por la historia del imperio romano, fueran ellos conscientes o no de haberlas asimilado. En mi campo de estudio, los forjadores de la revolución rusa estaban profundamente impresionados —y casi diría que obsesionados— por las lecciones de la revolución Francesa, de las revoluciones de 1848 y de la Commune de París de 1871. Pero he de recordar aquí la puntualización que requiere el doble carácter de la historia. Aprender de la historia no es nunca un proceso en una sola dirección. Aprender acerca del presente a la luz del pasado quiere también decir aprender del pasado a la luz del presente. La función de la historia es la de estimular una más profunda comprensión tanto del pasado como del presente, por su comparación recíproca.

El tercer punto que quiero tratar es el del papel que desempeña el pronóstico en la historia: no puede

aprenderse ninguna lección de la historia, se nos dice, porque la historia, a diferencia de la ciencia, no puede prever el futuro. Este problema está imbricado en un tejido de equívocos. Como hemos visto, los científicos ya no tienen tanto afán como antes por hablar de las leyes de la naturaleza. Las llamadas leyes científicas que afectan a nuestra vida cotidiana son de hecho afirmaciones de tendencias, afirmaciones de lo que ocurrirá en igualdad de condiciones, o sea en condiciones de laboratorio. No tratan de predecir lo que acontecerá en los casos concretos. La ley de la gravedad no prueba que cierta manzana determinada caerá al suelo: puede pasar alguien que la recoja en una cesta. La ley de la óptica según la cual la luz se transmite en línea recta no prueba que un rayo de luz determinado no sea refractado o no sufra una difracción debido a la intervención de algún objeto. Pero ello no quiere decir que tales leyes carezcan de utilidad, ni que dejen de ser en principio válidas. Las teorías físicas modernas, se nos dice, se ocupan solamente de las probabilidades de que se verifiquen los acontecimientos. La ciencia actual está más inclinada a recordar que la inducción sólo puede conducir lógicamente a probabilidades o a una convicción razonable; está más dispuesta a ver en sus afirmaciones normas o elementos de orientación generales, cuya validez sólo puede comprobarse mediante la acción específica. «Science, d'où prévoyance, d'où action», como decía Comte (20). La clave del problema del pronóstico en historia se halla en esta distinción entre lo general y lo específico, entre lo universal y lo singular. El historiador, como hemos visto, no tiene

(20) *Cours de philosophie positive*, i, 51.

más remedio que generalizar; y al hacerlo aporta orientaciones generales para la acción ulterior, las cuales, aunque no predicciones específicas, son válidas a la vez que útiles. Pero no puede pronosticar acontecimientos específicos, porque lo específico es peculiar y porque interviene el elemento accidental. Esta distinción, que preocupa al filósofo, es perfectamente clara para el hombre ordinario. Si dos o tres niños de un colegio contraen el sarampión, se deduce que la epidemia se propagará; y este pronóstico, si así lo llamamos, se funda en una generalización de la experiencia pasada, y es guía útil y válida para obrar en consecuencia. Pero no se puede llegar a la predicción específica de que Carlos o María contraerán el sarampión. Lo mismo hace el historiador. No se espera del historiador que pronostique una revolución en Ruritania para el mes que viene. La clase de conclusiones que se intentarán deducir, en parte de un conocimiento específico de los asuntos de Ruritania y en parte de un estudio de la historia, es que las condiciones de Ruritania son tales que puede haber una revolución en un futuro no lejano si hay quien prenda la mecha, o si alguien del gobierno no hace algo por impedirlo; y esta conclusión puede ir acompañada de estimaciones de la actitud que cabe esperar adopten los diversos sectores de la población, partiendo de la analogía con otras revoluciones. La predicción, si podemos llamarla así, sólo puede cumplirse de ocurrir acontecimientos peculiares, que no pueden, por su parte, pronosticarse. Pero ello no significa que las inferencias deducidas de la historia acerca del futuro carezcan de utilidad, o dejen de tener una validez condicional que sirve tanto de guía para la acción como de clave para nuestra comprensión de

cómo suceden las cosas. No trato de sugerir que las inferencias del especialista en ciencias sociales o del historiador puedan competir con las del físico en cuanto a la precisión, o que su inferioridad al respecto sea achacable solamente a un mayor atraso de las ciencias sociales. El ser humano es desde cualquier punto de vista la entidad natural más compleja que conocemos, y el estudio de su comportamiento puede muy bien implicar dificultades distintas de las que ocupan al físico o al naturalistas. Solamente quiero afirmar que ni las metas ni los métodos son fundamentalmente dispares.

Llegamos al cuarto punto, que implica un argumento mucho más convincente en pro de un deslinde tajante entre las ciencias sociales —incluida la historia— y las ciencias de la naturaleza. Según él, en las ciencias sociales sujeto y objeto pertenecen a la misma categoría y existe entre ambos una interacción. Los seres humanos, además de ser los entes naturales más complejos y variables, tienen que ser estudiados por otros seres humanos, y no por observadores independientes de otra especie. Aquí no queda satisfecho el hombre, como cuando estudia ciencias biológicas, con saber en qué consisten los elementos físicos que lo componen y con conocer sus propias reacciones físicas. El sociólogo, el economista o el historiador, necesitan ahondar en formas de conducta humana en las que el albedrío es algo activo, si es que desean enterarse de por qué los seres humanos objeto de su estudio quisieron obrar como lo hicieron. Esto crea entre el observador y lo observado una relación que es privativa de la historia y de

las ciencias sociales. El punto de vista del historiador interviene irrevocablemente en cada una de sus observaciones; la relatividad impregna el tejido de la historia. En palabras de Karl Mannheim, «hasta las categorías en que se subsumen, recogen y ordenan las diversas experiencias varían según la posición social del observador» (21). Pero no sólo es cierto que el cariz del especialista en ciencias sociales interviene necesariamente en todas sus observaciones. También es cierto que el proceso de observación afecta y modifica aquello mismo que se viene observando. Y ello puede ocurrir en dos direcciones opuestas. Los seres humanos cuyo comportamiento pasa a ser objeto de análisis y de pronóstico podrán ser puestos en guardia con la predicción de consecuencias que no desean, y ser inducidos por ella a modificar su acción, de modo que el pronóstico, aunque correctamente basado en el análisis, resulte falso. Una de las razones por las que la historia se repite muy escasas veces entre pueblos históricamente conscientes, es que las *dramatis personae* son sabedoras, en la segunda representación, del desenlace de la primera, y su acción viene afectada por tal conocimiento (22). Los bolcheviques sabían que la Revolución Francesa había terminado en un Napoleón, y temían que su propia revolución acabase igual. Por eso desconfiaron de Trotsky, de sus líderes el que aires más napoleónicos tenía, y pusieron su confianza en Stalin, el que de ellos se asemejaba menos a Napoleón. Pero este proceso puede realizarse en sentido contrario. El economista que, tras el análisis científico de las condicio-

(21) K. Mannheim, *Ideology and Utopia* (1936), pág. 130.
(22) Este argumento ha sido desarrollado por el autor en *The Bolshevik Revolution*, 1917-1923, i (1950), 42.

nes económicas imperantes, pronostica una próxima alza o baja acentuada, contribuye, de ser grande su autoridad y convincentes sus argumentos, a que tenga lugar el fenómeno predicho, y esto en virtud del mismísimo pronóstico. El especialista en ciencia política que, con la autoridad de la observación histórica, estimula el convencimiento de que el despotismo nunca es duradero, puede contribuir así a la caída del tirano. Todos conocen la conducta en elecciones de los candidatos que pronostican su propio triunfo con el fin consciente de hacer más probable el cumplimiento del pronóstico: y cabe sospechar que cuando economistas, expertos en ciencia política e historiadores se aventuran a pronosticar, les inspira a veces el deseo inconsciente de precipitar la realización de la predicción. Acaso todo cuanto pueda decirse de tan complejas relaciones sin riesgo de equivocarse, sea que la interacción entre el observador y lo observado, entre el especialista en ciencias sociales y sus datos, entre el historiador y los suyos, es continua y varía incesantemente; y que al parecer ésta es una característica distintiva de la historia y de las ciencias sociales.

Tendría tal vez que mencionar aquí las opiniones de algunos físicos que en los últimos años han hablado de su ciencia en términos que parecen sugerir analogías aún más sorprendentes entre el universo físico y el mundo del historiador. En primer lugar, dicen que sus resultados llevan inherente un principio de incertidumbre o de indeterminación. En mi próxima conferencia hablaré de la naturaleza y de los límites del llamado determinismo en historia. Pero tanto si la indeterminación de la física moderna reside en la naturaleza del universo, como si es simple

manifestación de nuestra hasta el presente imperfecta comprensión (este punto sigue discutiéndose), yo abrigaría las mismas dudas respecto de ver en ello analogías importantes con nuestra capacidad de hacer pronósticos históricos, que las que tuve hace unos años respecto de los intentos de algunos entusiastas de ver en ello pruebas de la actuación del libre albedrío en el universo. Se nos dice luego que en la física moderna las distancias espaciales y los lapsos temporales dependen del movimiento del «observador». En la física moderna todas las mediciones están sujetas a variaciones inherentes debidas a la imposibilidad de fijar una relación constante entre el «observador» y el objeto de observación; tanto el «observador» como la cosa observada —es decir, tanto el sujeto como el objeto— intervienen en el resultado final de la observación. Pero, así como tales descripciones se aplicarían con unos retoques mínimos a las relaciones entre el historiador y los objetos de su observación, no creo en cambio que la esencia de tales relaciones sea en la realidad comparable con la naturaleza de las relaciones entre el físico y su universo; y pese a que en principio mi cometido es más reducir que ampliar las diferencias que separan el enfoque del historiador y el del científico, de nada nos servirá intentar eliminar por arte de magia estas discrepancias, apoyándonos en analogías imperfectas.

Mas aunque creo que la implicación del especialista en ciencias sociales o del historiador en el objeto de su estudio es de otro carácter que la del físico, y que los problemas planteados por la relación entre sujeto y objeto son infinitamente más complicados, la cuestión no acaba aquí. Las teorías clásicas del cono-

cimiento, que prevalecieron a todo lo largo de los siglos XVII, XVIII y XIX, presumían todas la existencia de una dicotomía tajante entre el sujeto conocedor y el objeto conocido. Como quiera que se concibiese el proceso, el modelo construido por los filósofos mostraba el sujeto y el objeto, el hombre y el mundo exterior, divididos y separados. Fue aquella la gran era del nacimiento y desarrollo de la ciencia; y las teorías del conocimiento estaban poderosamente influidas por la visión propia de los pioneros de la ciencia. El hombre quedaba flagrantemente contrapuesto al mundo exterior. Pugnaba con él como con algo intratable y potencialmente hostil: intratable porque era difícil de comprender, potencialmente hostil porque era difícil de dominar. Con los éxitos de la ciencia moderna, esta visión ha sido radicalmente transformada. Es harto menos probable que el científico de hoy vea en las fuerzas de la naturaleza algo contra lo que debe lucharse, que algo con que cooperar, algo adaptable a sus propósitos. Las teorías clásicas del conocimiento ya no encajan con la ciencia contemporánea, y menos que con cualquiera con la física. No es sorprendente que durante los últimos cincuenta años los filósofos hayan empezado a ponerlas en tela de juicio y a reconocer que el proceso cognitivo, lejos de separar claramente el sujeto del objeto, implica cierta interrelación e interdependencia entre ambos. Esto es, sin embargo, muy importante para las ciencias sociales. En mi primera conferencia, sugerí la idea de que el estudio de la historia resultaba difícil de conciliar con la tradicional teoría empírica del conocimiento. Quisiera ahora defender el punto de vista según el cual las ciencias sociales en su conjunto, por el hecho de implicar al hombre tanto en calidad de

objeto como de sujeto, tanto como investigador como cosa investigada, son incompatibles con cualesquiera teorías del conocimiento que defiendan un divorcio rígido entre sujeto y objeto. La sociología, en sus intentos por adquirir carta de naturaleza como cuerpo de doctrina coherente, ha creado, con muy buen criterio, una rama que se denomina sociología del conocimiento. Pero no ha llegado muy lejos por este camino, sobre todo, creo yo, porque no ha pasado de dar vueltas y más vueltas dentro de la jaula de una teoría tradicional del conocimiento. Si los filósofos, bajo el impacto primero de la ciencia física contemporánea, y ahora bajo el de la ciencia social moderna, están comenzando a salir de este círculo y construyen para los procesos cognitivos algún modelo más al día que el viejo de la bola de billar, con su impacto de los hechos sobre una conciencia pasiva, será un augurio favorable para las ciencias sociales, y para la historia en particular. Es éste un punto de cierta importancia sobre el que volveré cuando pasemos a examinar lo que se entiende por objetividad en la historia.

Llegamos finalmente, y no por ser lo menos importante, a discuitr la opinión según la cual la historia, dado que está íntimamente ligada a cuestiones de religión y de moral, se distingue de las ciencias en general, y acaso hasta de las demás ciencias sociales. Acerca de la relación entre la historia y la religión, diré solamente lo indispensable para que mi postura quede clara. Se puede ser un buen astrónomo creyendo en un Dios que creó y ordenó el Universo. Pero la buena astronomía es incompatible con la

creencia en un Dios que interviene a su antojo cambiando el curso de un planeta, posponiendo un eclipse, o alterando las normas del juego cósmico. Asimismo, hay quienes opinan que un buen historiador puede creer en un Dios que ha ordenado y dado sentido al curso de la historia en su conjunto, aunque no puede creer en una Divinidad al estilo del Antiguo Testamento, que interviene en la matanza de los amalequitas, o que hace trampas con el calendario, alargando las horas de sol en beneficio de los ejércitos de Josué. Como tampoco puede invocar a Dios como explicación de acontecimientos históricos particulares. El Padre d'Arcy trató, en libro reciente, de formular esta distinción:

> De nada le sirve a un investigador contestar a cada problema histórico señalando en él el dedo de Dios. Hasta que se ha llegado tan lejos como el que más en el análisis de los acontecimientos mundanales y del drama humano, no se pueden traer a colación consideraciones más amplias (23).

Lo malo de este punto de vista es que parece hacer de la religión el comodín de la baraja, reservado para las bazas realmente importantes que no pueden ganarse de otro modo. Karl Barth, el teólogo luterano, hizo algo mejor, pronunciando una total separación entre la historia divina y la historia secular, pasando la segunda al brazo secular. El profesor Butterfield, dice, si no me equivoco, lo mismo cuando habla de

(23) M. C. D'ARCY, *The Sense of History: Secular and Sacred* (1959), pág. 164; en esto le precedió Polibio: "Donde sea posible encontrar la causa de lo que ocurre, no debe recurrirse a los dioses" (citado en K. VON FRITZ, *The Theory of the Mixed Constitution in Antiquity* (N. Y., 1954), pág. 390.

una historia «técnica». Historia técnica es la única clase de historia que cualquiera de nosotros puede escribir, la única que jamás escribió él mismo. Pero con el uso de tan curioso epíteto, deja a salvo el derecho de creer en una historia esotérica o providencial de la que los demás no hemos de ocuparnos. Escritores como Berdyaev, Niebuhr y Maritain declaran tratar de mantener la condición autónoma de la historia, pero insisten en que la meta o el fin de la historia se halla situado fuera de ella. En cuanto a mí, me parece difícil conciliar la integridad de la historia con la creencia en alguna fuerza suprahistórica de la que dependan su sentido y su importancia, llámese tal fuerza el Dios de un Pueblo Elegido, un Dios cristiano, la Mano Oculta del deísta, o el Espíritu del Mundo de Hegel. En estas conferencias partiré de la base de que el historiador tiene que resolver sus problemas sin recurrir a ningún *deus ex machina* de esa clase, de que la historia es un juego que, por así decirlo, se juega sin comodín en la baraja.

La relación entre la historia y la moral es más compleja y las discusiones en torno a ella han sufrido en el pasado de varias ambigüedades. Es prácticamente innecesario decir en la actualidad que el historiador no tiene por qué formular juicios morales acerca de la vida privada de los personajes de su narración. Las posiciones del historiador y el moralista no son las mismas. Enrique VIII pudo haber sido a la vez más marido y buen rey. Pero el historiador no se interesa por el primero de ambos aspectos más que en la medida en que afectó a los acontecimientos históricos. Si sus crímenes morales hubieran tenido tan pocas consecuencias para los nego-

cios públicos como los de Enrique II de Inglaterra, el historiador no tendría necesidad de inquirir en ellos. Lo cual vale para las virtudes tanto como para los vicios. Se nos dice que Pasteur y Einstein fueron hombres de vida privada ejemplar, santa incluso. Pero suponiendo que hubieran sido maridos infieles, padres desalmados, y colegas sin escrúpulos, ¿quedarían menguadas sus respectivas obras, de importancia histórica? Y son éstas las que interesan al historiador. Se dice que Stalin fue cruel y desalmado con su segunda mujer; pero en mi calidad de historiador de los asuntos soviéticos, no me afecta mucho. Ello no quiere decir que la moralidad privada carezca de importancia, ni que la historia de la moral no sea parte legítima de la historia. Pero el historiador no se detiene en pronunciar juicios morales acerca de las vidas privadas de individuos que desfilan por sus páginas. Tiene otras cosas que hacer.

La mayor de las ambigüedades surge en torno a la cuestión del enjuiciamiento moral de los actos públicos. La convicción de que es deber del historiador pronunciar juicios morales acerca de sus *dramatis personae* tiene un rancio abolengo. Pero nunca tuvo la fuerza que en la Gran Bretaña del siglo XIX, cuando contribuían a ella tanto las tendencias moralizadoras de la época como un culto sin trabas del individualismo. Rosebery apuntó que lo que los ingleses querían saber de Napoleón era si había sido «un hombre bueno» (24). Acton, en su correspondencia con Creighton, declaraba que «la inflexibilidad del código moral es el secreto de la autoridad, de la dignidad y de la utilidad de la Historia», y quería hacer de

(20) ROSEBERY, *Napoleon: The Last Phase*, pág. 364.

la historia «un árbitro de las controversias, una guía para el caminante, el detentador de la norma moral que tanto los poderes seculares como hasta los religiosos tienden a menguar» (25), opinión originada por su fe casi mística en la objetividad y la supremacía de los hechos históricos, lo que, por lo visto, impulsa y autoriza al historiador a pronunciar en nombre de la Historia entendida como una suerte de potencia suprahistórica, juicios morales acerca de los individuos participantes en los acontecimientos históricos. Esta actitud asoma todavía algunas veces bajo formas insospechadas. El profesor Toynbee describió la invasión de Abisinia por Mussolini en 1935 como un «pecado personal premeditado» (26), y Sir Isaiah Berlin, en el ensayo ya citado, insiste con suma vehemencia en que es deber del historiador «juzgar a Carlomagno o a Napoleón, a Gengis Khan, a Hitler o a Stalin, por sus matanzas» (27). Este punto de vista ha sido ya lo bastante combatido por el profesor Knowles, que en su conferencia inaugural citó la acusación de Motley contra Felipe II («si hubo vicios de los que estuviese exento, fue por que no es dado

(25) ACTON, *Historical Essays and Studies* (1907), pág. 505.
(26) *Survery of International Affairs*, 1935, ii, 3.
(27) I. BERLIN, *Historical Inevitability*, págs. 76-77. La actitud de Sir I. Berlin recuerda la visión de aquel esforzado jurista conservador del siglo pasado, Fitzjames Stephen: "El derecho penal parte pues del principio de que es moralmente lícito odiar a los criminales. Es sumamente conveniente que los criminales sean odiados, que los castigos que se les inflijan sean agenciados de tal modo que sean expresión de dicho odio, y que lo justifiquen en la medida en que pueden justificarlo y animarlo las disposiciones públicas para expresión y favorecimiento de un sano sentimiento natural". *A History of the Criminal Law of England* (1883), ii, 81-82, citado por L. RADZINOVICZ, *Sir James Fitzjames Stephen* (1957), pág. 30. La mayoría de los criminólogos no comparten ya estas opiniones. Pero lo que a éstas objeto aquí es que, cualquiera que sea su validez en otro campo, no son aplicables a los veredictos de la historia.

a la naturaleza humana alcanzar la perfección, ni siquiera en el mal»), y la descripción de Juan sin Tierra por Stubbs («manchado por todos los crímenes que pueden rebajar al hombre»), como modelos de juicios morales acerca de individuos que no es la incumbencia del historiador pronunciar: «El historiador no es un juez, y menos aún un juez de horca y cuchillo» (28). Pero también Croce tiene un párrafo excelente acerca del particular, y que quisiera citar:

> La acusación olvida la gran diferencia de que nuestros tribunales (sean jurídicos o morales) son tribunales del presente, instituidos para hombres vivos, activos y peligrosos, en tanto que aquellos otros hombres ya comparecieron ante el tribunal de sus coetáneos y no pueden ser nuevamente condenados o absueltos. No puede hacérseles responsables ante ningún tribunal, por el mero hecho de que son hombres del pasado que pertenecen a la paz de lo pretérito y de que en calidad de tales no pueden ser más que sujetos de la historia, ni les cabe sufrir otro juicio que aquel que penetra y comprende el espíritu de su obra... Los que, so pretexto de estar narrando historia, se ajetrean con ademán de jueces, condenando acá e impartiendo su absolución allá, y pensando que tal es la tarea de la historia... son generalmente reconocidos como carentes de todo sentido histórico (29).

Y por si alguien vacila en aceptar que no sea cosa nuestra el pronunciarnos acerca del valor moral de

(28) D. Knowles, *The Historian and Character* (1955), págs. 4-5, 12, 19.

(29) B. Croce, *La Historia como hazaña de la libertad*, trad. esp., México, F.C.E.

Hitler o de Stalin —o si se quiere, del senador McCarthy—, diré que es porque fueron contemporáneos de muchos de nosotros, porque cientos de miles de personas que sufrieron directa o indirectamente sus actos viven aún, y porque, por estas razones precisamente, nos resulta difícil enfocarlos como historiadores y renunciar a otras posturas desde las cuales podríamos justificadamente enjuiciar moralmente sus actos: es ésta una de las cohibiciones —la principal diría yo— del historiador de la época contemporánea. Pero, ¿qué beneficios reporta a nadie hoy el señalar los pecados de Carlomagno, o de Napoleón?

Rechacemos pues la noción que hace del historiador un juez de horca y cuchillo y pasemos al problema, más arduo pero más provechoso, de los juicios morales, no ya acerca de individuos, sino de acontecimientos, instituciones o políticas del pasado. Estos son los juicios importantes del historiador; y los que insisten con tanto fervor en la condena moral de los individuos, aportan a veces sin saberlo una coartada a grupos y sociedades enteros. El historiador francés Lefèvre, tratando de exonerar a la Revolución Francesa de la responsabilidad por los desastres y la sangre de las guerras napoleónicas, los atribuyó a «la dictadura de un general... cuyo temperamento... no se avenía fácilmente con la paz y la moderación» (30). Los alemanes de hoy acogen encantados las denuncias hechas contra la perversidad de Hitler, viendo en ellas un sustitutivo conveniente del juicio moral del historiador acerca de la sociedad que le engendró. Rusos, ingleses y norteamericanos se suman gustosos a las críticas personales en contra de Stalin, Ne-

(30) *Peuples et civilisations*, vol. xiv: *Napoléon*, pág. 58.

ville Chamberlain o McCarthy, haciéndolos cabezas de turco de sus errores colectivos. Y lo que es más, los juicios morales elogiosos acerca de individuos pueden ser tan inductores a error y tan nocivos como la denuncia moral de los mismos. El reconocimiento de que algunos propietarios de esclavos fueron hombres de espíritu elevado ha sido argumento permanente para dejar para ulterior ocasión la condena, por inmoral, de la esclavitud. Max Weber se refiere a «la esclavitud sin amo en que el capitalismo aprisiona al obrero o al deudor», y opina con razón que el historiador tiene que formular un juicio moral acerca de la institución, y no sobre los individuos que la crearon (31). El historiador no se constituye en juez de un déspota oriental determinado. Pero no se le pide que permanezca indiferente y neutral entre, pongamos por caso, el despotismo oriental y las instituciones de la Atenas de Pericles. No sentenciará al esclavista concreto. Pero ello no quita para que condene a la sociedad esclavista. Los datos históricos presuponen, como vimos, cierto grado de interpretación; y las interpretaciones históricas siempre llevan inherentes juicios morales, o, si se prefieren expresiones de apariencia menos comprometida, juicios de valor.

Pero esto es sólo el principio de nuestras dificultades. La historia es un proceso de lucha en que los resultados, se nos antojen buenos o malos, son directa o indirectamente —antes lo primero que lo segundo— logro de unos grupos determinados, a expensas de otros grupos. Pagan los perdedores. El sufrimiento es connatural a la historia. No hay gran período

(31) *From Max Weber: Essays in Sociology* (1947), pág. 58.

histórico que no tenga sus bajas cabe a sus triunfos. Es ésta cuestión tremendamente complicada porque carecemos de metro para comparar el mayor bien de algunos con los sacrificios de otros: sin embargo debe buscarse alguna medida para esto. No es que se trate de un problema privativo de la historia. En la vida corriente nos encontramos más veces de las que pensamos ante la necesidad de escoger el mal menor, o de hacer mal que redunde en bien. En historia, se discute a veces este aspecto bajo la rública de «el coste del progreso» o «el precio de la revolución». Esto nos puede inducir a error. Como dice Bacon en su ensayo *On Innovations*: «La conservación de la costumbre a contrapelo es cosa tan perturbadora como una innovación». Tan gravoso resulta para los no privilegiados el prceio de la conservación como cuesta la innovación a los que se ven despojados de sus privilegios. La tesis según la cual el bien de unos justifica los sufrimientos de los demás es inherente a todo gobierno, y es tanto una doctrina conservadora como lo es radical. El doctor Johnson invoca poderosamente el argumento del mal menor para justificar el mantenimiento de las desigualdades existentes:

> Mejor es que algunos sean desgraciados que no que nadie sea feliz, lo que sería el caso en un estado de igualdad generalizada (32).

(32) BOSWELL, *Life of Doctor Johnson, a. d. 1776* (Everyman ed. ii, 20). Tiene mérito por lo candoroso; Burckhardt (*Judgements on History and Historians*, trad. ing., pág. 85), derrama lágrimas sobre los "gemidos silenciados" de las víctimas del progreso, "quienes, por lo común, no quisieron nada fuera de *parta tueri*", mas permanece callado él mismo en lo que hace a los gemidos de las víctimas del antiguo régimen que, en general, no tenían nada que conservar.

Pero es en los períodos de cambio radical cuando el programa reviste su forma más dramática; y esta es la oportunidad en que más fácil resulta estudiar la actitud del historiador.

Veamos por ejemplo la historia de la industrialización de Gran Bretaña entre, digamos, 1780 y 1870. Casi no habrá historiador que no trate la revolución industrial, probablemente sin discusión, como una gran hazaña acarreadora de progreso. También describirá la expulsión del campesinado lejos de sus tierras, el amontonamiento de los obreros en fábricas antihigiénicas y viviendas insalubres, la explotación del trabajo infantil. Dirá seguramente que hubo abusos en el funcionamiento del sistema y que algunos patronos tuvieron menos escrúpulos que otros, y ahondará con cierta unción en el surgir gradual de una conciencia humanitaria, después de establecido el sistema. Pero partirá del supuesto, seguramente sin decirlo de modo explícito, de que las medidas coercitivas y explotadoras eran parte ineludible, durante la primera fase cuando menos, del coste de la industrialización. Tampoco he oído jamás a un historiador que dijera que, en vista del precio, hubiera sido mejor detener la mano del progreso y no industrializar; y de existir tal historiador, seguro que pertenecerá a la escuela de Chesterton y de Belloc, y los historiadores serios dejarán, con razón, de tomarle en serio. Este ejemplo me resulta singularmente interesante porque espero llegar pronto en mi historia de la Rusia soviética al problema de la colectivización campesina, vista como parte del coste de la industrialización; y sé perfectamente que si, imitando a los historiadores de la revolución industrial británica, deplo-

ro las brutalidades y los abusos de la colectivización pero trato el problema como parte inevitable del precio que debe satisfacerse por una política de industrialización conveniente cuanto necesaria, seré acusado de cinismo y de laxitud en el enjuiciamiento del mal. Los historiadores hacen gala de esta laxitud cuando enfocan la colonización decimonónica de Asia y de Africa por parte de las naciones occidentales, justificándola por sus efectos inmediatos en la economía mundial, pero además por sus consecuencias a largo plazo para los pueblos atrasados de estos continentes. Al fin y al cabo, se dice, la India contemporánea es hija de la dominación británica; y la China de nuestros días es producto del imperialismo occidental del siglo pasado, mestizado por el influjo de la revolución rusa. Desgraciadamente, ni los trabajadores chinos que trabajaron en las fábricas poseídas por los occidentales en los puertos que les reconocían los tratados, ni los que trabajaron en las minas sudafricanas, ni los que tuvieron que luchar en el frente occidental durante la primera Guerra Mundial, han sobrevivido para disfrutar de cualesquiera gloria o ventajas que hayan podido provenir de la revolución china. Quienes pagan el coste son muy pocas veces los que cosechan los beneficios. El famoso y colorido párrafo de Engels es atinado, para desgracia nuestra:

> La historia es acaso la más cruel de todas las diosas y conduce su carro triunfante por sobre montones de cadáveres, no sólo durante la guerra, sino también en tiempos de desarrollo económico «pacífico». Y nosotros, hombres y mujeres, somos desdichadamente tan estúpidos que nunca

nos armamos de valor para el progreso verdadero hasta que nos impulsan unos sufrimientos casi fuera de toda proporción (33).

El famoso gesto de reto de Ivan Karamazov no pasa de ser una falacia heroica. Hemos nacido en una sociedad, nacemos en la historia. No llega ningún momento en el que se nos ofrezca un billete de entrada, con la opción de aceptarlo o rechazarlo. El historiador no tiene, frente al problema del padecimiento, ninguna solución más definitiva que la del teólogo. También él echa mano de la tesis del mal menor y del mayor bien.

¿Pero no implica sumisión de la historia a un patrón suprahistórico de valor el hecho de que el historiador, frente al científico, se vea por la naturaleza misma de su material de trabajo, mezclado en semejantes problemas de juicio moral? No lo creo. Supongamos que nociones abstractas como son lo «bueno» y lo «malo», y otras calificaciones más elaboradas que de ellas parten, se encuentran situadas más allá de las lindes de la historia. Pero aun así, estas abstracciones desempeñan en el estudio de la moralidad histórica un papel muy parecido al de las fórmulas matemáticas y lógicas en la ciencia física. Son categorías imprescindibles del pensamiento; pero carecen de sentido y no pueden aplicarse hasta que se les instila un contenido específico. Si prefieren una metáfora distinta, diremos que los preceptos morales que aplicamos tanto a la historia como a la vida cotidiana son como cheques bancarios: tienen una parte escrita

(33) Carta de 24 de febrero de 1893, a Danielson, en *Karl Marx and Friedrich Engels: Correspondence 1846-1895* (1934), pág. 510.

y otra impresa. La parte impresa consiste en palabras abstractas como las de libertad, igualdad, justicia, democracia. Son éstas categorías esenciales. Pero el cheque carece de valor hasta que rellenamos la otra parte, en la que se dice cuánta libertad concedemos a quién, a quiénes consideramos como nuestros iguales, y hasta qué punto. La forma en que llenamos el cheque de una vez para otra es algo que depende de la historia. El proceso por el cual se da a las concepciones morales abstractas un contenido histórico específico es un proceso histórico; y además nuestros juicios morales proceden de un marco conceptual que es él mismo creación de la historia. La forma favorita que adopta la controversia internacional contemporánea acerca de los problemas morales es la de un debate acerca de sendas pretensiones de libertad y democracia. Los conceptos son abstractos y universales. Pero el contenido con que se rellenan ha variado en el curso de la historia, de un tiempo para otro, de un lugar para otro; cualquier problema práctico acerca de su aplicación puede sólo ser comprendido y debatido en términos históricos. Pongamos un ejemplo algo menos popular; se ha tratado de utilizar la noción de la «racionalidad económica» como criterio objetivo y no sometido a controversias para juzgar y aquilatar la conveniencia de las políticas económicas. El intento fracasa inmediatamente. Los teóricos educados en la veneración de las leyes de la economía clásica condenan en principio la planificación, calificándola de intromisión irracional en los procesos económicos racionales; así, los planificadores se niegan a que su política de precios esté sujeta a la ley de la oferta y la demanda, y los precios carecen en un sistema planificado de una base racional.

Desde luego, cabe la suposición de que los planificadores obren a menudo de modo irracional, y por lo tanto neciamente. Pero el criterio en función del cual deben ser enjuiciados no es el de la vieja «racionalidad económica» de la economía clásica. Personalmente, prefiero la opinión contraria, que califica de esencialmente irracional la economía incontrolada, inorganizada, del *laissez-faire*, y que ve en la planificación un intento de introducir en el proceso la «racionalidad económica». Pero lo único que me propongo dejar claro ahora es que resulta materialmente imposible erigir un metro abstracto y suprahistórico por el cual se puedan medir las acciones históricas. Ambas partes encuentran inevitablemente en esta medida el contenido específico apropiado a sus condiciones y a sus aspiraciones históricas propias.

Aquí reside la verdadera falta de los que tratan de blandir un criterio o valor suprahistóricos desde los cuales pronunciar sus juicios acerca de acontecimientos o situaciones históricos, derívese su criterio de la autoridad divina postulada por los teólogos, o de una Razón o una Naturaleza, estáticas ambas, al estilo de las postuladas por los filósofos de la Ilustración. No es que sobrevengan percances en la aplicación del patrón, ni que el metro sea defectuoso en sí. Es que el intento mismo de levantar este punto de referencia universal es ahistórico y contradice la propia esencia de la historia. Aporta una respuesta dogmática a las preguntas que su profesión obliga al historiador a plantearse sin cesar: el historiador que acepta de antemano las contestaciones a tales interrogantes sale a trabajar con los ojos vendados y reniega de su profesión. La historia es movimiento; y el movimiento implica comparación. Por eso tienden los historiado-

res a expresar sus juicios morales en palabras de índole comparativa, como las de «progresivo» y «reaccionario», y no con absolutos rígidos como los de «bueno» y «malo»; se trata de intentos de definir sociedades o fenómenos históricos diversos relacionándolos entre sí, y no refiriéndolos a algún patrón absoluto. Y además, cuando examinamos esos valores supuestamente absolutos y extrahistóricos, vemos que también ellos están de hecho vinculados a la historia. El nacimiento de un valor o ideal determinado, en un momento o en un lugar determinado, queda explicado por las condiciones históricas del momento y del lugar. El contenido práctico de absolutos hipotéticos como la igualdad, la libertad, la justicia o el derecho natural varía de un período para otro, de un continente para el otro. Cada grupo tiene sus valores que están arraigados en la historia. Cada grupo se protege a sí mismo contra la irupción de valores extraños e inoportunos, que moteja con epítetos envilecedores, como los de burgués y capitalista, o antidemocrático y totalitario, o, más brutalmente aún, anti-americano o anti-británico. La norma de comparación o el valor abstractos, divorciados de la sociedad y dirimidos de la historia, son una entelequia, lo mismo que el individuo abstracto. El historiador serio es aquel que reconoce el carácter históricamente condicionado de todos los valores, y no quien reclama para sus propios valores una objetividad más allá del alcance de la historia. Las convicciones que abrigamos y los puntos de referencia de que partimos en nuestros juicios son parte de la historia, y son tan susceptibles de investigación histórica como cualquier otro aspecto de la conducta humana. Pocas ciencias —y las ciencias sociales menos que ningu-

na— pueden pretender hoy que gozan de una independenia total. Pero la historia no se halla en una situación de fundamental dependencia respecto de algo situado fuera de ella, lo que la diferenciaría de cualquier otra ciencia.

Quisiera ahora resumir lo que llevo dicho acerca de la pretensión de la historia de que se la incluya entre las ciencias. El término de «ciencia» abarca ya tan distintas ramas del conocimiento que se valen de tantos métodos y técnicas diferentes, que la carga de la prueba antes parece corresponder a los que tratan de excluir de la familia de las ciencias a la historia, que a quienes abogan por lo contrario. No es casual que los argumentos en pro de la exclusión no provengan de los científicos deseosos de librar su selecta compañía de la presencia de los historiadores, sino de historiadores y filósofos que ansían vindicar para la historia la categoría de rama de las humanidades. La disputa refleja el prejuicio de la vieja división entre Ciencias y Letras, en la que éstas, las humanidades, debían representar la amplia cultura de la clase rectora, en tanto que las ciencias representaban la especialización de los técnicos a su servicio. Las propias expresiones de «humanidades» y «humanismo» son en sí mismas, en este contexto, una prueba de supervivencia de tan arraigado prejuicio; y el hecho de que la antítesis entre la ciencia y la historia carezca de sentido en cualquier idioma que no sea el inglés sugiere el carácter específicamente insular del prejuicio. Mi principal objeción contra la negativa a calificar de ciencia a la historia radica en que justifica y perpetúa el abismo entre las llamadas «dos culturas». Este

abismo es en sí mismo producto del viejo prejuicio, basado en una estructura de clases de la sociedad inglesa que pertenece también a tiempos dejados atrás; creo yo que la distancia que separa el historiador del geólogo no es por fuerza más infranqueable ni mayor que la que separa al geólogo del físico. Pero no es, a mi juicio, forma de salvar el abismo la de enseñar ciencia elemental a los historiadores e historia elemental a los científicos. Es éste un callejón sin salida al que nos ha llevado la confusión mental. Al fin y al cabo los propios científicos no proceden así. Nunca he sabido de ingenieros a quienes se aconsejara asistir a clases elementales de botánica.

Una solución que se me ocurre es la de mejorar la calidad de nuestra historia, la de hacerla —si me atrevo a decirlo así— más científica, la de endurecer nuestras exigencias hacia quienes quieren seguir esta carrera. La historia, como disciplina académica en esta Universidad, reviste para algunos la apariencia de un colector hacia el que confluyen quienes encuentran demasiado difíciles los Clásicos y demasiado serias las Ciencias. Una impresión que quisiera comunicar con estas conferencias es que la historia es especialidad mucho más difícil que los Clásicos, y tan seria como cualquiera de las ciencias. Mas el remedio indicado implicaría, en los propios historiadores, una mayor fe en lo que hacen. Sir Charles Snow, en una reciente conferencia sobre este tema, tenía razón cuando contrastaba el optimismo «agresivo» del científico con la «voz timorata» y el «sentimiento antisocial» del por él denominado «intelectual literario» (34). Algunos historiadores —y más aún algunos

(34) C. P. SNOW, *The Two Cultures and the Scientific Revolution* (1959), págs. 4-8.

de los que escriben acerca de la historia sin ser historiadores— pertenecen a esta categoría de los «intelectuales literarios». Tanto les ocupa decirnos que la historia no es una ciencia, y explicarnos lo que no puede ni debe ser o hacer, que no les queda tiempo para explotar toda su riqueza actual y potencial.

La otra forma de sanar la herida consiste en fomentar en científicos e historiadores una mejor comprensión de la identidad de sus metas; y aquí reside la principal importancia del nuevo y creciente interés por la historia y filosofía de la ciencia. Los científicos, los especialistas de las ciencias sociales y los historiadores, se encuentran todos trabajando en distintas ramas del mismo estudio: el estudio del hombre y de su mundo circundante, de los efectos de éste sobre el hombre, y de los efectos del hombre sobre el mundo que le rodea. El objeto que se propone alcanzar la investigación es el mismo: incrementar la comprensión y la dominación de su ambiente por el hombre. Las premisas de partida y los métodos del físico, del geólogo, del psicólogo y del historiador, varían mucho en detalle; y no es mi propósito el de sumarme a la opinión de que, para ser más científico, el historiador debe seguir más fielmente los métodos de la física. Pero tanto él como el físico tienen en común el propósito fundamental de tratar de explicar, y el procedimiento fundamental del preguntar y responder. El historiador, lo mismo que cualquier otro científico, es animal que pregunta sin cesar «¿Por qué?» En mi próxima conferencia examinaré los modos de formular la pregunta y las formas en que intenta contestarla.

IV

La acusación en la historia

Si se pone leche a hervir en un cazo, rebosa cuando hierve. No sé, ni he querido nunca saber, por qué ocurre; si se insiste mucho, lo atribuiré probablemente a una propensión de la leche a subir, lo que es perfectamente cierto pero no explica nada. Pero es que no soy un especialista de las ciencias naturales y físicas. Del mismo modo, puede leerse o escribirse acerca de los acontecimientos del pasado sin tratar de saber por qué ocurrieron, o decir sólo que la segunda Guerra Mundial tuvo lugar porque Hitler la quería, lo que es perfectamente cierto pero no explica nada. Pero entonces debe uno abstenerse de cometer el solecismo de llamarse estudiante de historia o historiador. El estudio de la historia es un estudio de causas. El historiador, como dejé dicho al final de mi anterior conferencia, pregunta continuamente ¿Por qué?; y mientras espera poder dar una contestación, no hay descanso para él. El gran historiador —acaso debiera decir más ampliamente, el gran pensador— es el hombre que plantea la pregunta: ¿Por qué? acerca de cosas nuevas o en contextos nuevos.

Herodoto, el padre de la historia, definió su meta al principio de su obra: conservar el recuerdo de las hazañas de griegos y bárbaros, «y especialmente, más

que nada, decir la causa de que lucharan unos contra otros». Halló pocos discípulos en el mundo antiguo: hasta a Tucídides se ha acusado de no tener una noción clara de la causación (1). Pero cuando, en el siglo XVIII, empezaron a echarse los fundamentos de la historiografía moderna, Montesquieu, en sus *Consideraciones acerca de las Causas de la Grandeza de los Romanos y de su Decadencia*, partía de los principios de que «existen unas causas generales, sean ellas morales o físicas, que operan en toda monarquía, que la encumbran, la mantienen, y la derrocan», y que «todo cuanto ocurre está sometido a estas causas». Unos años más tarde, en el *Espíritu de las Leyes*, desarrolló y generalizó esta idea. Era absurdo suponer que «un sino ciego ha sido causa de cuantos efectos vemos en el mundo. Los hombres no están «gobernados tan sólo por sus caprichos»; su conducta sigue ciertas leyes o principios derivados de la «naturaleza de las cosas» (2). Durante cerca de 200 años, después, historiadores y filósofos de la historia estuvieron muy atareados buscando organizar la experiencia pasada de la humanidad con el descubrimiento de las causas de los acontecimientos históricos y de las leyes que los rigen. Estas leyes y causas se concibieron unas veces como algo mecánico, y otras en términos biológicos; ya como algo metafísico, ya como algo económico, o como algo psicológico. Pero era doctrina aceptada de todos que la historia consistía en hacer desfilar los acontecimientos del pasado en una secuencia ordenada donde primero venía la causa y detrás seguía el efecto. «Si nada tenéis que decirnos —escribía Voltaire en su

(1) F. M. CORNFORD, *Thucydides Mythistoricus*, *passim*.
(2) *De l'esprit des Lois*, Prefacio y cap. I.

artículo sobre la historia, en la *Enciclopedia*— salvo que un bárbaro sucedió a otro en las riberas del Oxus y del Jaxartes, ¿qué más nos da?» En los últimos años, el panorama ha cambiado un tanto. En la actualidad, y por razones que discutimos en la anterior conferencia, ya no hablamos más de «leyes» históricas; y hasta la palabra «causa» ha pasado de moda, debido en parte a ciertas ambigüedades que no he de analizar aquí, y en parte a su supuesta asociación con el determinismo, de que me he de ocupar ahora. Hay pues quienes en vez de hablar de «causa» en historia, aluden a la «explicación» o la «interpretación», o hablan de «la lógica de la situación», o de «la lógica interior de los acontecimientos» (esto procede de Dicey), o si no, rechazan el análisis causal (de *por qué* ocurrió) trocándolo por el enfoque funcional (de *cómo* pasó), a pesar de que esto parece implicar de modo ineludible el problema de cómo llegó a pasar de ese modo, que retrotrae al investigador a la pregunta de ¿Por qué? Otros distinguen entre diferentes clases de causas —mecánicas, biológicas, psicológicas, etcétera— y consideran que la causa histórica es categoría *sui generis*. Aunque algunas de estas discriminaciones tienen cierto grado de validez, acaso sea en este momento más provechoso destacar lo que tienen en común todas las clases de causas que detenernos en lo que las separa unas de otras. Por mi parte, me limitaré a utilizar la palabra «causa» en su acepción vulgar, dejándome de esos refinamientos particulares.

Empecemos por preguntarnos qué hace el historiador en la práctica cuando se encuentra ante la necesidad de atribuir causas a los acontecimientos. La primera característica del enfoque del problema por parte del historiador es que asignará general-

mente varias causas al mismo acontecimiento. El economista Marshall escribió una vez que «debe evitarse por todos los medios posibles que se estudie, como muchos hacen, la acción de una causa por separado... sin tener en cuenta las demás, cuyos efectos están fundidos con los de ella» (3). El examinando que, a la pregunta «¿Por qué estalló la revolución en Rusia en 1917?», contestase aludiendo a una sola causa tendría suerte saliendo con un aprobado mondo. El historiador se enfrenta con múltiples causas. Si se encuentra en la necesidad de analizar las causas de la revolución bolchevique, podrá aludir a las sucesivas derrotas militares rusas, al colapso de la economía rusa bajo la presión de la guerra, a la eficaz propaganda de los bolcheviques, al hecho de que el gobierno zarista no resolviese el problema agrario, a la concentración de un proletariado empobrecido y explotado en las fábricas de Petrogrado, al hecho de que Lenin supiera lo que se proponía y que nadie lo supiera del otro lado —en suma, a todo un conjunto heterogéneo de causas económicas, políticas, ideológicas y personales, de causas a largo y a corto plazo.

Pero esto nos conduce ya a la segunda característica del estudio del historiador. El estudiante que, respondiendo a nuestra pregunta, se limitase a enumerar una tras otra hasta doce causas de la revolución rusa, sin más podrá ganarse un notable, pero seguramente no una nota mejor; el veredicto del tribunal sería sin duda el de «bien informado pero sin imaginación». El verdadero historiador, puesto ante la lista de causas que lleva reunidas, sentirá una compulsión profesional a reducirlas a un orden, a esta-

(3) *Memorials of Alfred Marshall*, ed. A. C. Pigou (1925), página 428.

blecer cierta jerarquía causal que fijará las relaciones entre unas y otras; una necesidad, quizá, de decidir qué causa, o qué clase de ellas, debe considerarse «en última instancia» o «en último análisis» (expresiones favoritas de los historiadores) como la causa básica, la causa de todas las causas. Tal es su interpretación de su tema de estudio; se conoce al historiador por las causas que invoca. Gibbon atribuyó la decadencia y la caída del Imperio Romano al triunfo de la barbarie y de la religión. Los historiadores liberales ingleses del siglo XIX atribuyeron el surgir del poder y de la prosperidad británicos al desarrollo de instituciones políticas que encarnaban los principios de la libertad constitucional. Gibbon y los historiadores ingleses del siglo pasado se nos aparecen hoy anticuados porque desatienden las causas económicas que los historiadores contemporáneos han traído al primer plano. Toda dicusión histórica gira en torno de la cuestión de la prioridad de las causas.

Henri Poincaré, en la obra que mencioné en mi anterior conferencia, apuntó que la ciencia avanzaba a la vez «hacia la variedad y la complejidad» y «hacia la sencillez y la unidad», y que este doble proceso aparentemente paradójico era condición necesaria para el conocimiento (4). Esto es no menos cierto en cuanto hace a la historia. El historiador, al ampliar y profundizar su investigación, acumula constantemente más y más respuestas a la pregunta de ¿Por qué? La proliferación estos años de la historia económica, social, cultural e institucional —por no hablar de una penetración nueva de las complejidades de la historia política, ni de las nuevas técnicas de la

(4) H. POINCARÉ, *La Science et l'Hypothèse* (1902), págs. 202-203.

psicología y de la estadística— ha incrementado enormemente el número y la gama de nuestras respuestas. Cuando Bertrand Russell dijo que «cada paso adelante de la ciencia nos aleja más de las bastas uniformidades primero observadas, llevándonos a una mayor diferenciación de los fenómenos antecedentes y consecuentes y a un círculo cada vez más dilatado de antecedentes reconocidos como relevantes» (5), describió con precisión la situación de la historia. Pero el historiador, en su necesidad imperativa de comprender el pasado, se ve ante la necesidad al mismo tiempo de simplificar la multiplicidad de sus respuestas, de subordinar una contestación a otra, y de introducir cierto orden y unidad en el caos de los acontecimientos y en la baraúnda de las causas específicas, obrando en todo ello lo mismo que el científico. «Un Dios, una Ley, un Elemento, Y un acontecimiento divino remoto», o la busca, por Henry Adams, de «alguna gran generalización que acabe con la exigencia de uno de que se le instruya» (6), todo esto suena a broma anticuada en oídos modernos. Pero sigue en pie el hecho de que el historiador debe trabajar mediante la simplificación tanto como la multiplicación de las causas. La historia, como la ciencia, avanza gracias a este proceso doble y en apariencia contradictorio.

Tengo aquí, en contra de mi deseo, que detenerme en dos obstáculos levantados en nuestro camino —llamados el uno «el Determinismo en la Historia, o la Perversidad de Hegel», y el otro «el Azar en la Historia o la Nariz de Cleopatra». Debo antes que nada decir una o dos palabras acerca de la razón por

(5) B. Russell, *Mysticism and Logic* (1918), pág. 188.
(6) *The Education of Henry Adams* (Boston, 1928), pág. 224.

qué nos los encontramos en este lugar. El profesor Karl Popper, que en los años treinta y tantos escribió en Viena una obra de gran seriedad acerca del nuevo aspecto de la ciencia, traducida hace poco al inglés con el título de *The Logic of Scientific Enquiry* (7), publicó en inglés durante la guerra dos libros de índole más popular: *The Open Society and its Enemies* y *The Poverty of Historicism* (8). Fueron escritos bajo la poderosa influencia emocional de la reacción contra Hegel, tratado, junto con Platón, de antecesor espiritual del nazismo, y contra el marxismo más bien superficial que caracterizaba el clima intelectual de la izquierda inglesa de unos años antes. Los blancos principales eran las, a su decir deterministas, filosofías de la historia de Hegel y Marx, que quedaban unidas bajo el concepto vergonzoso de «historicismo» (9). En 1954 Sir Isaiah Berlin publicó su *Historical Inevitability*. Dejó el ataque contra

(7) Hay trad. española, *La Lógica de la Investigación Científica*, Madrid. Ed. Tecnos.

(8) *The Poverty of Historicism* se publicó por primera vez en forma de libro en 1957, aunque consta de artículos publicados en 1944 y 1945.

(9) He eludido el vocablo "historicismo", fuera de una o dos veces en que no era precisa mayor especificación, porque las obras ampliamente difundidas del profesor Popper han vaciado el término de todo contenido preciso. La constante insistencia en la definición de las palabras resulta pedante. Pero hay que saber de qué se habla, y el profesor Popper hace del "historicismo" el cajón de sastre en que junta todas las opiniones acerca de la historia que le desagradan, incluyendo por igual algunas que a mí se me antojan adecuadas y otras que, si no me equivoco, no defiende hoy ningún escritor serio. Como reconoce él mismo, inventa argumentos "historicistas" que no han sido de hecho utilizados por ningún "historicista" de que se tenga noticia (*The Poverty of Historicism*, pág. 3). En sus textos, el historicismo abarca tanto las doctrinas que asimilan la historia a la ciencia como aquellas otras que las diferencian de modo tajante. En *The Open Society* se hace de Hegel, que huyó del pronóstico, el gran sacerdote del historicismo; en la introducción de *The Poverty of Historicism* se describe el historicismo como "un enfoque de las ciencias sociales que supone que su meta principal es el *pronóstico histórico*". Hasta entonces el término "*historicism*" se ha-

Platón, acaso por cierto respeto cohibidor hacia ese viejo pilar del «sistema» de Oxford (10), y añadió a la acusación el cargo, que falta en Popper, de que el «historicismo» de Hegel y de Marx es censurable porque al explicar las acciones humanas en términos causales, implica la negación del libre albedrío humano, y estimula a los historiadores a que abandonen su obligación supuesta de que hablé en mi anterior conferencia: la de pronunciar la sentencia moral condenatoria contra los Carlomagnos, los Napoleones y los Stalines de la historia. Fuera de esto, no es mucha la novedad. Pero Sir Isaiah es escritor merecidamente popular y ampliamente leído. Durante los últimos cinco o seis años, casi no ha habido en este país o en Estados Unidos quien escribiese un artículo con la historia por tema, o una crítica seria de una obra histórica, sin sacar la lengua con aire entendido a Hegel, Marx y el determinismo, y sin apuntar lo absurdo que resulta desconocer el papel que desempeña el accidente en la historia. Quizá sea poco correcto hacer a Sir Isaiah responsable de sus discípulos. Hasta cuando se pierde en dislates, se hace merecedor de nuestra indulgencia haciéndolo de una forma estimulante y atractiva. Sea como sea, no hay nada nuevo en todo ello. Charles Kingsley, que no fue el más distinguido de los profesores que ocuparon la cátedra Regius de Historia Moderna, y que

---

bía venido usando corrientemente como la traducción inglesa del alemán "*Historismus*"; mas el profesor Popper distingue entre "historicismo" e "historismo", añadiendo así un elemento más de confusión a la ya confusa utilización del término. M. C. D'Arcy, en *The Sense of History: Secular and Sacred* (1959), pág. 11, usa la palabra "historicismo" como "idéntica a una filosofía de la historia".

(10) Sin embargo el ataque contra Platón como el primero de los fascistas partió de un hombre de Oxford, R. H. Crossman, en una serie de conferencias radiofónicas: *Plato Today* (1937).

seguramente no había leído nunca a Hegel ni oído hablar de Marx, mencionó en su conferencia inaugural de 1860 el «poder misterioso (que tiene el hombre) de quebrantar las leyes de su propio ser», como prueba de que no puede haber en la historia ninguna «secuencia ineludible» (11). Pero afortunadamente habíamos olvidado a Kingsley. Son el profesor Popper y Sir Isaiah Berlin quienes, juntos, han forzado este caballo de batalla muerto desde antiguo a volver a una vida aparente; y hará falta alguna paciencia antes de que vuelva a normalizarse la situación.

Me ocuparé pues del determinismo primero, al que definiré, espero que sin dar pie a controversia, como la convicción de que todo cuanto ocurre tiene una o varias causas, y no podía haber ocurrido de otro modo más que si algo, en la causa o las causas, hubiese sido asimismo distinto (12). El determinismo es un problema, no de la historia, sino de toda conducta humana. El ser humano cuyas acciones no tienen causa, y son por lo tanto indeterminadas, es una abstracción tanto como el individuo situado al margen de la sociedad, del que hablamos en una de las anteriores conferencias. El aserto del profesor Popper de que «todo es posible en las cosas humanas» (13), o nada significa, o es falso. Nadie, en la vida de cada día, puede creer cosa semejante. El axioma de que todo tiene causa es una condición de nuestra capacidad de comprender lo que a nuestro alre-

(11) C. Kingsley, *The Limits of Exact Science as Applied to History* (1860), pág. 22.

(12) "Determinismo... significa... que, siendo los datos lo que son, lo que ocurre acaece de modo específico y no podría ser distinto. Pensar que podría serlo, implica nada más que lo sería si los datos fueran otros." (S. W. Alexander, en *Essays Presented to Ernst Cassirer* (1936), pág. 18.)

(13) K. R. Popper, *The Open Society* (2.ª ed., 1952), ii, pág. 197.

dedor acontece (14). La pesadilla que emana de las novelas de Kafka proviene de que nada de lo que acurre parece tener causa determinada alguna, ni causa que pueda descubrirse: lo que conduce a la total desintegración de la personalidad humana, que se basa en la suposición de que los acontecimientos tienen causas, y de que pueden descubrirse bastantes de estas causas como para elaborar en la mente humana una imagen del pasado y del presente lo suficientemente coherente como para servir de guía para la acción. La vida cotidiana sería imposible de no suponerse que el comportamiento humano está determinado por causas descubribles en principio. Érase una vez un tiempo en que los hombres pensaron que era blasfemo investigar en las causas de los fenómenos naturales, porque éstos estaban obviamente regidos por la divina voluntad. La objeción de Sir Isaiah Berlin a nuestra explicación de por qué los seres humanos obran como lo hacen, partiendo de la base de que el albedrío humano es quien gobierna las acciones humanas, pertenece al mismo orden de ideas, y acaso indica que las ciencias sociales se hallan hoy en la misma fase de desarrollo que las ciencias de la naturaleza cuando se utilizaba contra ellas este argumento.

Veamos cómo resolvemos este problema en la vida de cada día. Cuando vais a vuestras ocupaciones cotidianas soléis encontraros con Smith. Le saludáis con una observación, afable pero trivial, acerca del

(14) "La ley de casualidad no nos viene impuesta por el mundo", sino que "acaso sea el mejor método de adaptarnos nosotros al mundo" (J. Rueff, *From the Physical to the Social Sciences* [Baltimore, 1929], pág. 52). El propio profesor Popper (*The Logic of Scientific Enquiry*, pág. 248) califica la creencia en la causalidad de "hipostatización metafísica de una norma metodológica justamente acreditada".

tiempo, o acerca del estado en que se encuentran los asuntos del *college* o de la Universidad; contesta con otra observación igualmente amigable y sin interés, acerca del mismo punto. Pero supongamos que una mañana Smith, en vez de responder a vuestro saludo como siempre, prorrumpe en una violenta diatriba contra vuestra persona. ¿Os encogeréis de hombros, tratando el exabrupto como una manifestación del libre albedrío de Smith y del hecho de que todo es posible en las cosas humanas? Me temo que no. Antes bien, diréis probablemente algo así como: «¡Pobre Smith!, como usted seguramente sabe, su padre falleció en un hospital mental», o si no, «¡Pobre Smith!, debe de tener más problemas con su mujer». Es decir, trataréis de diagnosticar la causa del comportamiento, aparentemente desprovisto de ella, de Smith, con la convicción firme de que hay una causa. Al hacer así, incurriréis, ¡ay!, en la ira de Sir Isaiah Berlin, que se lamentaría amargamente de que, con aportar una explicación causal del comportamiento de Smith, habéis caído en la presunción determinista de Hegel y de Marx, y habéis eludido vuestra obligación de denunciar a Smith por grosero. Pero en la vida ordinaria, nadie adopta este punto de vista, nadie supone que se trate de un problema donde entran en juego el determinismo o la responsabilidad moral, con incompatibilidad recíproca. El dilema lógico del libre albedrío o del determinismo no se plantea en la vida real. No se trata de que unas acciones humanas sean libres y otras no lo sean. El hecho es que todas las acciones humanas son tanto libres como determinadas, según el punto de vista desde el cual se las considera. El problema práctico que se plantea es también distinto. El acto de Smith tuvo

una o varias causas; pero en la medida en que vinó causado, no por alguna compulsión exterior, sino por imperativo de su propia personalidad, Smith era moralmente responsable, porque es condición de la vida social que los seres humanos adultos normales sean moralmente responsables de su propia personalidad. Si debe hacérsele responsable en este caso concreto, es cosa que depende de vuestro juicio particular. Pero en caso afirmativo, eso no significa que penséis que no tiene causa su acción: la causa y la responsabilidad moral son categorías distintas. Se acaban de establecer en esta Universidad un Instituto y una Cátedra de Criminología. Estoy seguro de que a ninguno de los que trabajan en la investigación de las causas del crimen se le ocurrirá suponer que esa tarea le obliga a negar al criminal su responsabilidad moral.

Pero volvamos al historiador. Lo mismo que el hombre ordinario, cree que las acciones humanas tienen unas causas que en principio pueden descubrirse. La historia, lo mismo que la vida de cada día, sería imposible si no se partiera de este supuesto. Función especial del historiador es la de investigar dichas causas. Puede pensarse que esto despierta en él un interés particular hacia el aspecto determinado del comportamiento humano: mas no rechaza el libre albedrío —salvo cuando se basa éste en la hipótesis insostenible de que las acciones voluntarias no tienen causa. Como tampoco le turba la cuestión de lo ineludible. Los historiadores, como otros, caen a veces en la retórica, y dicen de un acontecimiento que era «inevitable», queriendo decir tan sólo que la confluencia de factores que lo hacían probable era arrolladora. Escudriñé recientemente mi propia his-

toria en busca de la palabra incriminadora, y no puedo otorgarme certificado de salud plena: en un párrafo escribí que, después de la revolución de 1917, un choque entre los bolcheviques y la Iglesia Ortodoxa era «inevitable». No cabe duda de que mejor hubiera sido escribir: «probabilísimo». Pero, ¿se me excusará si digo que encuentro la corrección un tanto pedante? En la práctica, los historiadores no suponen que un acontecimiento es ineluctable antes de que haya ocurrido. Suelen discutir caminos alternativos por los que podían haber tomado los actores de la narración, partiendo de la idea de que la opción era posible, aunque continúan, con razón, explicando por qué se siguió una vía en vez de la otra. Nada es inevitable en la historia, salvo en el sentido formal de que, de haber ocurrido de otro modo, hubiera sido porque las causas antecedentes eran necesariamente otras. Como historiador, estoy perfectamente dispuesto a renunciar a los términos de «inevitable», «indefectible», «inexorable», y aun «ineludible». La vida resultará más monótona. Pero dejemos que poetas y metafísicos hagan de ellas su patrimonio exclusivo.

Tan vacío de contenido y poco a propósito parece este cargo de la inevitabilidad, y es tanta la vehemencia con que ha sido esgrimido en los últimos años, que creo que hemos de buscar los motivos ocultos detrás. Si no me equivoco, su fuente principal es la escuela de pensamiento, o mejor dicho de emoción, que llamaré de «lo que pudo haber sido y no fue». Se ceba casi sólo en la historia contemporánea. El curso pasado vi el anuncio aquí en Cambridge de una conferencia a cierta sociedad, titulada: «¿Era inevitable la Revolución Rusa?» Estoy seguro de que la intención era de lo más seria. Pero si hubiesen visto

un anuncio que dijera: «¿Era inevitable la Guerra de las dos Rosas?», seguro que hubieran sospechado una broma. El historiador habla de la Conquista de los Normandos o de la Guerra de la Independencia norteamericana como si lo que pasó no hubiera tenido más remedio que pasar, y como si su obligación fuera tan sólo la de explicar lo que ocurrió, y por qué ocurrió; y nadie le acusa de ser un determinista o de no discutir la posibilidad alternativa de que Guillermo el Conquistador o los insurgentes norteamericanos hubiesen sido derrotados. Sin embargo, cuando escribo acerca de la revolución rusa de 1917 exactamente de este modo —el único posible para el historiador—, me veo sometido al fuego de mis críticos por haber descrito implícitamente lo que ocurrió como algo que no tenía más remedio que ocurrir, y por no haber examinado todas las demás cosas que podían haber sucedido. Supóngase, dicen, que Stolypin hubiera tenido tiempo de completar su reforma agraria, o que Rusia no hubiese ido a la guerra, y puede que la Revolución no hubiera tenido lugar; y supóngase si no que el gobierno Kerensky hubiese resultado bueno, y que el liderato de la revolución lo hubieran asumido los mencheviques o los social-revolucionarios en vez de los bolcheviques. Son éstas suposiciones teóricamente concebibles; y siempre se puede uno entretener como con un juego de salón con los «pudo ser pero no fue« de la historia. Pero nada tiene que ver con el determinismo porque el determinista se limitará a contestar que, de haber acaecido estas cosas, también las causas hubieran tenido que ser otras. Ni tampoco tienen nada que ver con la historia. El hecho es que hoy nadie desea seriamente trastocar los resultados de la

conquista normanda o de la independencia norteamericana, ni exteriorizar un alegato apasionado contra estos acontecimientos; y por eso nadie protesta cuando el historiador los trata como asuntos terminados. Pero son muchos los que, habiendo sufrido directa o indirectamente de la victoria bolchevique, o temiendo todavía sus más remotas consecuencias, anhelan hacer constar su protesta contra ella; y este ansia cobra la forma, cuando leen historia, de un abandono a su imaginación, que se pierde en sueños acerca de todas las cosas más agradables que podían haber sucedido, y de un sobresalto de indignación cuando el historiador procede tranquilamente a su tarea de explicar lo que pasó y las razones por las que se incumplieron sus más gratos deseos. El problema de la historia contemporánea es que viven quienes recuerdan la época en que todavía existían todas las opciones, y les parece difícil adoptar la postura del historiador para quien han quedado todas canceladas por el hecho consumado. Estamos ante una reacción puramente emocional y ahistórica. Y no obstante es ella la que ha abastecido en las más de sus municiones la reciente campaña contra la supuesta «inevitabilidad histórica». Dejemos de una vez para todas el paso franco de este obstáculo.

La otra fuente de la agresión debe buscarse en el arcano de la nariz de Cleopatra. Es la teoría según la cual la historia consiste en rasgos generales, en una serie de acontecimientos determinados por coincidencias fortuitas, y tan sólo atribuibles a las causas más casuales. El resultado de la batalla de Actium no se debió a las causas que suelen exponer los historiadores, sino al encantamiento amoroso en que Cleopatra tenía a Antonio. Cuando Bayaceto prescindió

por un ataque de gota de marchar sobre Europa central, observó Gibbon que «un humor acrimonioso que afecte una sola fibra de un solo hombre puede prevenir o suspender la miseria de las naciones» (15). Cuando el rey Alejandro de Grecia murió, en otoño de 1920, del mordisco de un mono domesticado que tenía, este accidente disparó toda una cadena de acontecimientos que hicieron que Sir Winston Churchill apuntase: «murió un cuarto de millón de personas del mordisco de aquel mono» (16). O véase por ejemplo el comentario de Trotsky acerca de la fiebre que contrajo en una cacería de patos, y que le inmovilizó en el momento crítico de su pelea con Zinoviev, Kamenev y Stalin, en otoño de 1923: «Puede preverse una revolución o una guerra, pero resulta imposible prever las consecuencias de una cacería otoñal de patos salvajes» (17). Lo primero que debe dejarse claro es que lo que aquí se discute no tiene nada que ver con el determinismo. El enamoramiento de Antonio, el ataque de gota de Bayaceto o el catarro febril de Trotsky fueron tan casualmente determinados como cualquier otra cosa que ocurre. Es descortesía gratuita hacia la belleza de Cleopatra sugerir que el enamoramiento de Antonio no tenía causa. La conexión entre la belleza femenina y el enamoramiento masculino es una de las secuencias de causa y efecto más regulares que observamos en la vida cotidiana. Estos llamados accidentes representan una secuencia de causa y efecto que viene a interrumpir —y por así decirlo a chocar con ella— la secuencia cuya investigación interesa primordialmente al histo-

(15) *Decline and Fall of the Roman Empire*, cap. lxiv.
(16) W. Chrchill, *The World Crisis: The Aftermath* (1929), página 386.
(17) L. Trotsky, *My Life* (trad. inglesa, 1930), pág. 425.

riador. Bury habla atinadamente de una «colisión entre dos cadenas causales independientes» (18). Sir Isaiah Berlin, que inaugura su ensayo *The Historical Inevitability* encomiando y citando un artículo de Bernard Berenson acerca de «La Noción Accidental de la Historia», pertenece a la categoría de quienes confunden accidente en esta acepción con ausencia de determinación causal. Pero, obviada esta confusión, nos hallamos con un problema real entre las manos. ¿Cómo podemos descubrir en la historia una secuencia coherente de causa y efecto, cómo podemos encontrar un significado en la historia, si en cualquier momento nuestra secuencia puede verse quebrada o desviada de su curso por otra secuencia, irrelevante desde nuestro punto de vista?

Conviene que nos detengamos aquí un instante para aludir al origen de esta reciente y difundida insistencia acerca del papel del azar en la hitsoria. Polibio parece haber sido el primer historiador que se ocupó de él de modo sistemático; y Gibbon no tardó en encontrar la razón de ello y exponerla públicamente: «Los griegos», observaba éste, «después de reducido su país a provincia, no imputaban los triunfos de Roma al mérito, sino a la fortuna de la república» (19). Tácito, también historiador de la decadencia de su país, fue otro de los historiadores antiguos que se entregaron a largas disquisiciones acerca del azar.

(18) Para el argumento de Bury acerca del particular, véase *The Idea of Progress* (1920), págs. 303-304.

(19) *Decline and Fall of the Roman Empire*, cap. 38. Resulta divertido apuntar que los griegos, después de su conquista por los romanos, dieron también en entretenerse con el juego histórico de los "pudo ser pero no fue", consuelo favorito de los derrotados: si Alejandro Magno no hubiese muerto joven, se decían, "habría conquistado occidente, y Roma habría pasado a ser súbdito de los reyes griegos" (K. von Fritz, *The Theory of the mixed Constitution in Antiquity* [N. Y., 1954], pág. 395).

La renovada insistencia, por parte de los escritores británicos, en la importancia del accidente en la historia, viene de la época, inaugurada el siglo presente, y acentuada ya a contar de 1914 en que crecía una sensación de incertidumbre y de aprensión. El primer historiador británico que pulsara esta nota después de un largo intervalo parece haber sido Bury, quien, en un artículo de 1909 acerca del «Darwinismo en la Historia», llamó la atención sobre «el elemento de la coincidencia casual», que «ayuda» en medida no pequeña a determinar los acontecimientos en la evolución social»; y el año 1916, dedicó un artículo por separado a este tema, titulado: «La Nariz de Cleopatra» (20). H. A. L. Fisher, en párrafo ya citado, reflejo de su desilusión ante el desmoronamiento de los sueños liberales después de la primera Guerra Mundial, suplica a sus lectores que reconozcan «el papel de lo contingente y lo imprevisto» en la historia (21). La popularidad, en este país, de una teoría de la historia que hace de ésta un capítulo de accidentes, ha coincidido con el nacimiento, en Francia, de una escuela de filósofos que predican que la existencia —cito el famoso *El Ser y la Nada* de Sartre— «no tiene causa, ni razón, ni es necesaria». En Alema-

(20) Los dos artículos a que aquí se alude se hallan reimpresos en J. BURY, *Selected Essays* (1930); para los comentarios de Collingwood acerca de los puntos de vista expresados por el primero, consúltese *The Idea of History*, págs. 148-150.

(21) Para el párrafo, véase pág. 57, *supra*. La cita que hace Toynbee de la sentencia de Fisher en *A study of History*, v. 414 (hay trad. española), revela un total error en la comprensión: la considera producto de "la creencia occidental contemporánea en la omnipotencia del azar", que "dio origen" al *laissez-faire*. Los teóricos del *laissez-faire* no creían en el azar sino en la mano oculta que imponía regularidades beneficiosas a la diversidad del comportamiento humano; y la observación de Fisher no es producto del liberalismo del *laissez-faire*, sino de su quiebra entre las dos guerras mundiales.

nia, el anciano historiador Meinecke, como ya dejamos dicho, se impresionó al final de su vida ante la importancia del papel que el azar desempeña en la historia. Afeó a Ranke no haber dedicado bastante atención a este fenómeno; y después de la segunda Guerra Mundial, atribuyó los desastres nacionales de los pasados cuarenta años a una serie de accidentes, la vanidad del Kaiser, la elección de Hindenburg para la presidencia de la república de Weimar, el carácter obseso de Hitler, etc.; la bancarrota, en suma, de la mente de un gran historiador bajo la presión de los infortunios de su país (22). En un grupo o una nación que navega por los acontecimientos históricos con vientos adversos, las teorías que destacan el papel del azar o del accidente en la historia son las que prevalecen. La idea de que los resultados de los exámenes son todos una lotería será siempre popular entre los que no pasaron del aprobado.

Pero una cosa es revelar las fuentes de que mana una convicción y muy otra demostrar su error; y todavía nos queda por descubrir qué es con exactitud lo que hace la nariz de Cleopatra en las páginas de la historia. Parece que el primero en tratar de defender las leyes de la historia contra esta intromisión fue Montesquieu. «Si una causa particular, como el resultado accidental de una batalla, ha reducido un Estado a la nada —escribió en su obra acerca de la grandeza y la decadencia de los romanos— es porque había una causa general que hizo que dicho Estado pudiese hundirse con una sola batalla». Los marxistas también han tenido ciertas dificultades con este

(22) Los párrafos significativos para el caso vienen citados por W. Stark en su introducción a F. Meinecke, en *Machiavellism*, páginas xxxv-xxxvii.

problema. Marx no escribió más que una vez acerca de él, y sólo en una carta:

> La historia mundial tendría un carácter muy místico si no hubiese en ella lugar para el azar. Este mismo azar se convierte naturalmente en parte de la línea general de desarrollo y viene compensado por otras formas de azar. Pero la aceleración y el retraso dependen de elementos accidentales como éstos, en los que se incluye el carácter «usual» de los individuos que se encuentran al frente de un movimiento que se inicia (23).

Marx ofrecía así una apología del azar en la historia desde un triple punto de vista. En primer lugar, no es muy importante; puede «acelerar» o «retardar», pero está implícito que no puede alterar de modo radical el curso de los acontecimientos. En segundo lugar, un azar viene contrarrestado por el otro, de forma que a la postre el elemento casual se ha eliminado a sí mismo. Tercero: el azar se ilustra especialmente en el carácter de los individuos (24). Trotsky reforzó la teoría de la compensación y el auto-cancelamiento de los accidentes, mediante una analogía ingeniosa:

> El proceso histórico todo él es una refracción de la ley histórica al pasar por lo accidental. Con jerga biológica, diríamos que la ley histórica se realiza mediante la selección natural de los accidentes (25).

(23) MARX y ENGELS, *Obras* (ed. rusa), xxxvi, 108.

(24) TOLSTOY, en *Guerra y Paz*, epílogo, i, ponía el "azar" y "el genio" en pie de igualdad, viendo en ellos una manifestación de la humana incapacidad de comprender las causas últimas.

(25) L. TROTSKY, *My Life* (1930), pág. 422.

Confieso que ni me satisface ni me convence esta teoría. El papel que en la historia desempeña el accidente se viene exagerando mucho en nuestros días, y lo hacen quienes están interesados en destacar su importancia. Pero existe, y decir que solamente acelera o retarda pero no altera, no pasa de ser tanto como jugar con las palabras. Como tampoco veo razón alguna para pensar que un acaecimiento accidental —como la muerte prematura de Lenin a los 54 años— venga automáticamente compensado por otro accidente de forma que quede restablecido el equilibrio del proceso histórico.

Igualmente impropio es el punto de vista que sostiene que el accidente en la historia es mera medida de nuestra ignorancia —nada más que un nombre para calificar algo que ignoramos (26). Desde luego, esto ocurre a veces. Los planetas recibieron su nombre, que como se sabe significa «paseantes sin itinerario fijo», cuando se suponía que pasaban por el firmamento sin rumbo fijo, y no se comprendía la regularidad de sus movimientos. Decir que algo ha sido un azar desafortunado es una de las formas más frecuentes de eximirse de la cansada obligación de examinar sus causas; y cuando alguien me dice que la historia es una sucesión de accidentes, tiendo a sospechar la presencia, en mi interlocutor, de cierta pereza mental o de una corta vitalidad intelectual. Es práctica corriente entre los historiadores serios apuntar que algo que hasta la fecha se había tratado como

(26) Así lo veía Tolstoy: "Nos vemos compelidos a recaer en el fatalismo como explicación de acontecimientos irracionales, es decir, de acontecimientos cuya racionalidad no alcanzamos a comprender" (*Guerra y Paz*, libro IX, cap. I); véase también § cit. página 136, nota 24.

elemento accidental no lo era en absoluto, pues cabe una explicación racional y puede encajarse de modo significativo en el marco más amplio de los acontecimientos. Pero tampoco contesta ello del todo a nuestra pregunta. El accidente no es sencillamente algo que no comprendemos. La solución del problema del accidente en la historia debe, a mi juicio, buscarse dentro de un orden de ideas totalmente distinto.

Ya vimos anteriormente que la historia empieza con la selección y el encaminamiento de los hechos, por parte del historiador, hacia su conversión en hechos históricos. No todos los hechos son históricos. Pero la distinción entre hechos históricos y hechos ahistóricos no es ni rígida ni constante; y, por decir así, cualquier hecho puede ser ascendido a la categoría de hecho histórico después de comprobadas su relevancia y su importancia. Vemos ahora que en la forma de enfocar el historiador el estudio de las causas estamos ante un proceso hasta cierto punto parecido. La relación del historiador con sus causas tiene el mismo carácter doble y recíproco que la relación que le une a sus hechos. Las causas determinan su interpretación del proceso histórico, y su interpretación determina la selección que de las causas hace, y su modo de encauzarlas. La jerarquía de las causas, la importancia relativa de una u otra causa o de este o aquel conjunto de ellas, tal es la esencia de su interpretación. Y esto aporta la clave del problema de lo accidental en la historia. La forma de la nariz de Cleopatra, el ataque de gota de Bayaceto, el mordisco del simio letal para el rey Alejandro, la muerte de Lenin —fueron todos ellos accidentes que

modificaron el curso de la historia. Resulta vano tratar de suprimirlos, o pretender que, de una u otra forma, carecieron de efecto. Por otra parte, en la medida en que fueron accidentales, no forman parte de una interpretación racional de la historia, ni de la jerarquía que de las causas significativas tiene compuesta el historiador. El profesor Popper y el profesor Berlin —los vuelvo a citar como los miembros más distinguidos y más leídos de la escuela que representan— parten de la idea de que el intento del historiador de hallar significado en el proceso histórico y de deducir consecuencias de él, es tanto como tratar de reducir «el conjunto de la experiencia» a un orden simétrico, y que la presencia del accidente en la historia condena de antemano al fracaso todo lo que en este sentido se trate de hacer. Pero ningún historiador cuerdo intenta nada tan fantástico como abarcar «el conjunto de la experiencia»; no puede abarcar más que una reducidísima fracción de los hechos, aun dentro de su sector propio o del aspecto de la historia que ha escogido. El mundo del historiador, lo mismo que el mundo del científico, no es copia fotográfica del mundo real, sino más bien modelo operativo que le permite, con eficacia variable, comprenderlo o dominarlo. El historiador destila de la experiencia del pasado, o de tanta experiencia pasada como llega a conocer, aquella parte que le parece reducible a una explicación y una interpretación racionales, y de ello deduce unas conclusiones que podrán servir de guía para la acción. Un popular y reciente escrito, hablando de los logros de la ciencia, se refiere gráficamente a los procesos de la mente humana que, «escarbando en el amasijo deforme de los 'hechos' observados, selecciona, com-

pone y sistematiza los datos *relevantes* observados, desechando los que son *irrelevantes*, hasta que tiene cosido un tejido de 'conocimiento' racional y lógico» (27). Con algún reparo acerca de los peligros del subjetivismo exagerado, aceptaría estas palabras como imagen del modo en que trabaja la mente del historiador.

Puede que este procedimiento sorprenda a los filósofos y aun a algunos historiadores. Pero es algo con que están perfectamente familiarizadas las personas corrientes que vacan a sus tareas prácticas. Pondremos un ejemplo. Jones, de regreso de una fiesta en la que consumió más de su cuota normal de alcohol, y al volante de un coche cuyos frenos resultan no del todo eficaces, atropella y mata, en un cruce notoriamente sin visibilidad, a Robinson, que atravesaba el arroyo para comprar unos cigarrillos en la tienda situada en el cruce mismo. Después de resueltos los problemas inmediatos, nos congregamos, en la comisaría local por ejemplo, para inquirir las causas del acontecimiento. ¿Se debió al estado de semiembriaguez en que se encontraba el conductor, en cuyo caso habría pie para incriminación penal? ¿O se debió a los frenos deficientes, en cuyo caso habrá que decir dos palabras al garaje a cuyo cargo corrió la revisión del coche una semana antes? ¿O debe pensarse que se debió al cruce sin visibilidad, debiendo entonces llamarse la atención de las autoridades responsables? Mientras nos hallamos discutiendo estas cuestiones prácticas, irrumpen en la habitación dos caballeros —que no trataré de identificar— y se ponen a explicarnos, con verbo fácil y convincente, que de no

(27) L. Paul, *The Annihilation of Man* (1944), pág. 147.

haber quedado sin tabaco Robinson, no habría cruzado la calle ni por lo tanto habría sido atropellado: que el deseo de fumar de Robinson fue por lo tanto causa del óbito; y que la encuesta que olvide este elemento causal será tiempo malgastado, y las conclusiones que de ella se deduzcan carentes de sentido y futiles. Bueno, ¿qué hacemos? En cuanto se nos deja una oportunidad de penetrar en ese torrente de elocuencia, vamos llevando amable pero firmemente a nuestros dos visitantes hacia la puerta, y damos al portero instrucciones de no dejarles entrar de nuevo bajo ningún pretexto, volviendo a nuestra encuesta. Mas, ¿qué respuesta tenemos para nuestros entrometidos? Desde luego murió Robinson por fumador. Todo lo que puedan decir los devotos del azar y de lo contingente en la historia es perfectamente cierto y perfectamente lógico. Tienen sus argumentos esa lógica implacable que hallamos en *Alicia en el País de las Maravillas* y en *A través del Espejo*. Pero, mientras que a nadie cedo en la intensidad de mi admiración por estos maduros ejemplos de la erudición de Oxford, prefiero conservar mis diferentes tipos de lógica en compartimientos aparte. La manera de Dodgson no es la manera histórica.

La historia es por lo tanto un proceso de selección que se lleva a cabo atenidendo a la relevancia histórica. Volviendo a tomar la frase de Talcott Parsons, la historia es un «sistema selectivo» de orientaciones, no sólo cognitivas, sino también causales, hacia la realidad. Así como el historiador selecciona del océano infinito de los datos los que tienen importancia para su propósito, así también extrae de la multiplicidad de las secuencias de causa y efecto las históricamente significativas, y sólo ellas; y el patrón por

que se rige la relevancia histórica es su capacidad de hacerlas encajar en su marco de explicación e interpretación racionales. Las otras secuencias de causa y efecto deben rechazarse como algo accidental, no porque sea distinta la relación de causa y efecto, sino porque la propia secuencia es irrelevante. El historiador nada puede hacer con ella: no es reducible a una interpretación racional, carece de significado tanto para el pasado como para el presente. Verdad es que la nariz de Cleopatra, o la gota de Bayaceto, o el mordisco que infligió cierto mono a Alejandro, o la muerte de Lenin, o el hecho de que Robinson fumase cigarrillos, tuvieron resultados. Pero carece de sentido la proposición general de que los generales pierden las batallas porque están enamorados de reinas guapas, o que las guerras ocurren porque los reyes tienen monos domesticados, o que hay atropellos y muertes en las carreteras porque la gente fuma cigarrillos. En cambio, si se dice al hombre de la calle que Robinson murió porque el conductor estaba ebrio, o porque los frenos no funcionaron, o porque había en la carretera un cruce sin visibilidad, le parecerá una explicación perfectamente adecuada y racional; y si opta por pronunciarse, es probable que diga que ésta y no el deseo de fumar en Robinson fue la causa «real» de su atropello mortal. Del mismo modo, si se dice al estudiante de historia que las luchas habidas en la Unión Soviética en los años 20 se debieron a discusiones acerca del ritmo de industrialización, o acerca del mejor procedimiento para inducir a los campesinos a cultivar trigo para alimentar las ciudades, o aun a las ambiciones personales de líderes rivales, pensará que son éstas explicaciones racionales e históricamente significativas queriendo decir

que también pueden aplicarse a otras situaciones históricas; y que son causas «reales» en el sentido en que el accidente de la muerte prematura de Lenin no lo fue. Hasta puede que, si es dado a la reflexión acerca de estas cosas, recuerde el tan citado como mal comprendido aserto de Hegel, en la introducción de su *Filosofía del Derecho,* de que «todo lo racional es real, y todo lo real es racional».

Volvamos a detenernos aunque sólo sea un instante en las causas de la muerte de Robinson. No nos resultó difícil reconocer que algunas causas eran racionales y «reales» en tanto que otras eran irracionales y accidentales. Pero ¿a qué criterio atendimos al distinguir de esta forma? La facultad de razonar se suele ejercer con algún fin. Puede ocurrir que los intelectuales razonen, o piensen que razonan, por entretenerse. Pero, en general, los seres humanos razonan por algo. Y cuando reconocíamos como racionales ciertas explicaciones, y cuando descartábamos otras por irracionales, estábamos, en mi opinión, discriminando entre explicaciones que sirven un fin y las que no lo sirven. En el caso que ahora discutimos, tenía sentido suponer que la disminución de los excesos alcohólicos en los conductores, o un mayor control de la condición de los frenos, o la mejora de la construcción y diseño de las carreteras pueden servir al fin de reducir el número de las muertes producidas en el tráfico. Pero carecía totalmente de sentido suponer que el número de éstas menguaría impidiendo que se fumen cigarrillos. Tal era el criterio en que apoyamos nuestra distinción. Y lo mismo puede decirse de nuestra actitud ante las causas de la historia. También aquí discriminamos entre causas racionales y causas accidentales. Las primeras,

por ser potencialmente aplicables a otros países, otros períodos y condiciones otras, conducen a generalizaciones y lecciones fructíferas que pueden deducirse de ellas: sirven el fin de ensanchar y profundizar nuestra comprensión (28). Las causas accidentales no pueden generalizarse; y como son exclusivas en la plena acepción de la palabra, ni nos enseñan lecciones ni nos llevan a conclusiones. Pero aquí quiero indicar otra cosa más. Es precisamente esta noción de una meta por alcanzar lo que da su clave a nuestro enfoque de la causación en la historia; y esto implica por fuerza juicios de valor. La interpretación en la historia, como vimos en nuestra conferencia anterior, viene siempre ligada a juicios valorativos, y la causalidad está vinculada a la interpretación. Con palabras de Meinecke —el gran Meinecke, el de los años 20—, «la busca de causalidades en la historia es imposible sin la referencia a los valores... detrás de la busca de las causalidades, siempre está, directa o indirectamente, la busca de valores» (29). Esto nos recuerda lo que dije antes acerca de la doble y recíproca función de la historia, de fomentar nuestra comprensión del pasado a la luz del presente y la del presente a la luz del pasado. Todo lo que, como el loco enamoramiento de Antonio por la nariz de Cleopatra, deja de contribuir a esta doble meta resulta

(28) El profesor Popper tropieza aquí, pero sin percatarse de ello. Tras asumir "una pluralidad de interpretaciones que se encuentran fundamentalmente al mismo nivel tanto de sugestividad como de arbitrariedad" (cualquiera que sea el sentido concreto de ambas palabras), añade en un paréntesis que "algunas de ellas pueden destacarse por su fertilidad, punto éste de alguna importancia" (*The Poverty of Historicism*, pág. 151). No es *un* punto de alguna importancia; es *el* punto que prueba que el "historicismo" (en algunas acepciones del término) no es tan pobre al fin y al cabo.

(29) *Kausalitäten und Werte in der Geschichte* (1928), traducido al inglés en F. Stern, *Varieties of History* (1957), págs. 268, 273.

muerto y estéril desde el punto de vista del historiador.

Llegados a este punto, viene para mí la hora de confesar un procedimiento desleal de que me he valido ante ustedes, aunque, como no les habrá costado ningún trabajo ver a su través, y como me ha permitido en varias ocasiones acortar y simplificar lo que quería decir, quizás habrán sido lo bastante indulgentes como para ver en ello un apropiado instrumento taquigráfico. Hasta el presente me he servido de modo permanente de la expresión convencional de «pasado y presente». Pero como todos sabemos, el presente no tiene más que una existencia conceptual, como línea divisoria imaginaria entre el pasado y el futuro. Hablando del presente, ya he introducido subrepticiamente otra dimensión temporal en la discusión. Creo que sería fácil demostrar que, como el pasado y el futuro son parte del mismo lapso temporal, existe interrelación entre el interés por el pasado y el interés por el futuro. La línea de deslinde entre los tiempos prehistóricos y los tiempos históricos se franquea cuando los hombres dejan de vivir sólo en el presente y surge en ellos un interés consciente tanto por su pasado como por su futuro. La historia empieza cuando se transmite la tradición; y la tradición significa el traspaso de los hábitos y las lecciones del pasado al futuro. Empieza a guardarse memoria del pasado en beneficio de ulteriores generaciones. «El pensamiento histórico —escribe el historiador holandés Huizinga— siempre es teleológico» (30). Escribía hace poco Sir Charles Snow refiriéndose a Rutherford que «como todos los científicos... tenía, casi sin

(30) J. Huizinga, traducido al inglés en *Varieties of History*, selección de F. Stern (1957), pág. 293.

pensar lo que significaba, la médula impregnada del futuro» (31). Sospecho que los buenos historiadores, lo sepan o no, tienen la médula impregnada del futuro. Además de la pregunta ¿Por qué?, el historiador también plantea la interrogante ¿Adónde?

(31) *The Baldwin Age*, dirigido por John Raymond (1960), página 246.

V

La historia como progreso

Se me dejará que comience citando un párrafo del profesor Powicke, en su conferencia inaugural como ocupante de la cátedra Regius de Historia Moderna en Oxford, hace treinta años:

> El ansia de una interpretación de la historia está tan arraigada que, si no tenemos un enfoque constructivo del pasado, somos arrastrados al misticismo o al cinismo (1).

Se entenderá, creo yo, por «misticismo» aquella concepción según la cual el significado de la historia radica en algún lugar fuera de ella, en el ámbito de la teología o en el reino de la escatología, idea ésta de escritores como Berdyaev, Niebuhr o Toynbee (2). Por «cinismo» se alude a la actitud de aquellos para quienes, como hemos visto en varios ejemplos mencionados, la historia carece de significado, o lleva implícitos múltiples significados igualmente válidos o parejamente inválidos, o tiene el sentido que arbitrariamente se nos antoje darle. Éstas son, en la ac-

(1) F. Powicke, *Modern Historians and the Study of History* (1955), pág. 174.

(2) "La historia rebosa en la teología", como afirmó triunfalmente Toynbee (*Civilization on Trial*, prefacio [1948]. Hay trad. española: *La civilización puesta a prueba*).

tualidad, las dos concepciones más populares de la historia. Pero las rechazaré ambas sin vacilar un instante. Esto nos deja con la curiosa pero sugestiva noción de «un enfoque constructivo del pasado». Como no tengo medio de saber lo que el profesor Powicke quería decir cuando se valió de la expresión, trataré de darle mi interpretación propia.

Lo mismo que las civilizaciones antiguas de Asia, la civilización clásica de Grecia y de Roma era básicamente ahistórica. Como ya vimos, Herodoto tuvo, como padre de la historia, pocos hijos; y los escritores de la Antigüedad clásica se interesaron tan poco, en conjunto, por el pasado como por el futuro. Tucídides era de la opinión de que nada importante había ocurrido en el tiempo anterior a los acontecimientos que él describe, y que era probable que nada importante ocurriese después. Lucrecio deducía la indiferencia del hombre hacia el futuro de su indiferencia hacia el pasado:

> Considérese cómo no nos importan las pasadas edades del tiempo eterno que precedió a nuestro nacimiento. Es ello un espejo que nos brinda la naturaleza, en el que se refleja el tiempo futuro de después de nuestra muerte (3).

Las visiones poéticas de un futuro mejor revistieron la forma de visiones de un retorno a una edad áurea pasada —visión cíclica que asimilaba los procesos de la historia a los propios de la naturaleza. La historia no iba a ninguna parte: como no había sentido del pasado, tampoco lo había del futuro. Sólo

(3) *De Rerum Natura*, iii, 992-995.

Virgilio, que en su cuarta égloga había formulado la idea clásica de un retorno a la edad de oro, tuvo en la *Eneida* la inspiración momentánea de salirse de la concepción cíclica: «*Imperium sine fine dedi*» era un pensamiento de lo más poco clásico, que luego hizo que se viera en Virgilio un profeta cuasi-cristiano.

Fueron los judíos, y los cristianos tras ellos, los que introdujeron un elemento del todo nuevo postulando una meta hacia la que se dirige el proceso histórico: la noción teleológica de la historia. De esta forma adquirió la historia sentido y propósito, pero a expensas de su carácter secular. El alcance de la meta de la historia implicaría automáticamente el final de la historia: la misma historia se tornaba teodicea. Tal fue la noción medieval de la historia. El Renacimiento restableció la concepción clásica de un mundo antropocéntrico y de la primacía de la razón, pero sustituyó la pesimista visión clásica del futuro por una visión optimista derivada de la tradición judeo-cristiana. El tiempo, que en una época había sido hostil y corrosivo, pasó ahora a ser favorable, creador: compárese la pregunta de Horacio: «*Damnosa quid non imminuit dies?*» con la sentencia de Bacon: «*Veritas temporis filia*». Los racionalistas de la Ilustración, que fueron los fundadores de la moderna historiografía, conservaron la visión teleológica judeo-cristiana, pero secularizaron la meta: pudieron así restablecer el carácter racional del propio proceso histórico. La historia se convirtió en el progreso hacia la consecución de la perfección terrenal de la condición humana. Gibbon, el mayor de los historiadores de la Ilustración, no se arredró ante la naturaleza misma de su tema, y a pesar de ésta formuló «la agradable conclusión de que cada época, en

el mundo, ha incrementado y sigue acreciendo, la riqueza real, la felicidad, el conocimiento, y acaso la virtud, de la raza humana» (4). El culto al progreso llegó a su cénit cuando la prosperidad, el poderío y la confianza alcanzaron su punto culminante en la Gran Bretaña; y los escritores e historiadores británicos fueron de los más ardientes partícipes del culto. Este fenómeno es demasiado conocido como para necesitar más ejemplos; me limitaré a citar uno o dos párrafos para probar qué poco tiempo hace que la fe en el progreso ha dejado de ser un postulado de todo nuestro pensamiento. Acton, en la memoria de 1896 sobre el proyecto de la *Cambridge Modern History*, que cité en mi primera conferencia, aludió a la historia como «ciencia progresiva»; y en la introducción al primer volumen de la historia escribía que «no podemos dejar de suponer un progreso en las cosas humanas, siendo ésta la hipótesis científica de que debe partir la historia que se escriba». En el último volumen de la historia, publicado en 1910, Dampier, que era *tutor* de mi *college* cuando yo era estudiante, se mostraba convencido, sin asomo de duda, de que «los tiempos venideros no verán límite alguno en el crecimiento del poder del hombre sobre los recursos de la naturaleza ni de su inteligente utilización de los mismos para el bienestar de su raza» (5). En vista de lo

(4) GIBBON, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo xxxviii; ocasión de esta digresión fue el derrumbamiento del imperio de occidente. Un crítico en *The Times Literary Supplement* de 18 noviembre 1960, tras citar este párrafo, se pregunta si Gibbon quería realmente decir lo que las palabras expresan. Desde luego que sí; es más probable que el punto de vista del escritor refleje el período en que vive que aquél acerca del cual escribe; verdad bien ilustrada por este crítico, que trata de transferir su escepticismo de mediados del siglo XX a un escritor de finales del siglo XVIII.

(5) *Cambridge Modern History: Its Origins, Autorship and Production* (1907), pág. 13; *Cambridge Modern History*, i (1904), 4; xii (1910), 791.

que estoy diciendo, creo que es mi obligación admitir que tal era la atmósfera en que me instruí y que puedo ratificar sin vacilar las palabras de Bertrand Russell, que me lleva media generación: «Crecí cuando el optimismo victoriano estaba en plena pujanza y... queda en mí algo de aquella visión esperanzada que entonces era cosa fácil compartir» (6).

En 1920, cuando Bury escribió su libro *La Idea del Progreso*, ya predominaba un clima más apagado, que él reprochó, siguiendo la moda del día, a «los doctrinarios que han establecido el presente reinado del terror en Rusia», a pesar de lo cual, todavía describía el progreso como «la idea que anima y controla la civilización occidental» (7). En adelante faltaría esta nota. Se dice de Nicolás I de Rusia que dio una orden prohibiendo la palabra «progreso»: en la actualidad los filósofos y los historiadores de Europa occidental, y aun de los Estados Unidos, han llegado a un tardío acuerdo con él. Se ha refutado la hipótesis del progreso. La decadencia del Occidente se ha convertido en expresión tan familiar que ya no se necesitan comillas para encerrarla. Pero ¿qué ha ocurrido, fuera de tanto griterío? ¿Quiénes han formado esta nueva corriente de opinión? El otro día me chocó dar con una observación de Bertrand Russell, la única frase suya, creo, nunca leída por mí que me pareciera revelar un agudo sentimiento de clase: «Hay, en conjunto, mucha menos libertad en el mundo hoy que hace cien años» (8). No tengo vara para medir la libertad, y no sé cómo poner en los platillos de la misma balanza la menor libertad de unos pocos y

(6) B. Russell, *Portraits From Memory* (1956), pág. 17.
(7) J. B. Bury, *The Idea of Progress* (1920), págs. vii-viii.
(8) B. Russell, *Portraits From Memory* (1956), pág. 124.

la mayor libertad de muchos. Pero, cualquiera que sea el sistema de medidas de que se parta, no puedo sino considerar la afirmación como algo fantásticamente alejado de la verdad. Me atraen más algunas de esas fascinantes miradas que A. J. P. Taylor echa sobre la vida académica de Oxford. Toda esta discusión acerca de la decadencia de la civilización, escribe, «no significa más que una cosa, que los profesores universitarios solían tener servicio doméstico y ahora en cambio tienen que lavar ellos mismos la vajilla» (9). Como es natural, para los anteriores criados, el lavado de la vajilla por los profesores puede ser un símbolo de progreso. La pérdida de la supremacía blanca en Africa, que preocupa a los partidarios de la conservación del Imperio británico, a los republicanos *afrikaner* y a los inversores en títulos del oro y del cobre, puede antojárseles progreso a otros. No veo razón alguna por la que, en este asunto del progreso, deba yo preferir *ipso facto* el veredicto del sexto decenio de nuestro siglo al del último decenio del pasado; la decisión del mundo de habla inglesa a la de Rusia, Africa y Asia; o la sentencia del intelectual de clase media a la del hombre de la calle que, según nuestro actual Primer Ministro, señor MacMillan, nunca estuvo tan bien como ahora. Déjesenos por ahora suspender nuestro juicio acerca de si vivimos un período de decadencia o de progreso, y vamos a examinar con algún mayor cuidado lo que implica el concepto de progreso, las premisas subyacentes a él y hasta dónde se han hecho insostenibles en la actualidad.

(9) *The Observer*, 21 junio 1959.

Quisiera comenzar por poner orden en la maraña del progreso y de la evolución. Los pensadores de la Ilustración adoptaron dos puntos de vista aparentemente incompatibles. Se propusieron reivindicar el lugar del hombre en el mundo natural: las leyes de la historia se equipararon a las leyes de la naturaleza. Por otra parte, creían en el progreso. ¿Pero qué base había para ver en la naturaleza algo en progreso, para considerarla como algo que está en trance constante de avance hacia una meta? Hegel orilló la dificultad discriminando de modo tajante entre la historia, que progresa, y la naturaleza, que no lo hace. La revolución darwiniana pareció remover todos los obstáculos equiparando evolución y progreso: la naturaleza, como la historia, se revelaba a la postre progresiva. Pero esto dio lugar a un error de comprensión mucho más grave, haciendo que se confundiese la herencia biológica, que es la fuente de la evolución, con la adquisición social, que es la fuente de progreso histórico. La distinción es familiar y evidente. Póngase un bebé europeo en una familia china, y el niño crecerá con la piel blanca pero hablando chino. La pigmentación cutánea es herencia biológica; el lenguaje, una adquisición social transmitida por el conducto del cerebro humano. La evolución por herencia debe medirse en milenios o en millones de años; no se conoce ningún cambio biológico medible ocurrido en el hombre desde el comienzo de la historia escrita. El progreso por adquisición puede medirse en generaciones. La esencia del hombre como ser racional radica en el desarrollo de sus capacidades potenciales mediante la acumulación de

la experiencia de las generaciones pasadas. Se dice que el hombre contemporáneo no tiene un cerebro mayor, ni una superior capacidad innata de pensamiento que su predecesor de hace 5.000 años. Pero la eficacia de su pensamiento ha sido varias veces multiplicada al aprender e incorporar a su experiencia la experiencia de las generaciones precedentes. La transmisión de características adquiridas, que los biólogos niegan, es el fundamento mismo del progreso social. La historia es el progreso mediante la transmisión de las técnicas adquiridas, de una generación a la siguiente.

Luego, no es preciso ni se debe imaginar el progreso como teniendo un principio o un final definidos. La creencia, que no hace cincuenta años estaba todavía ampliamente difundida, de que la civilización se inventó en el valle del Nilo en el cuarto milenio antes de nuestra era, no resulta más creíble hoy que aquella cronología que colocaba la creación en el año 4004 antes de Cristo. La civilización, cuyo nacimiento acaso tomemos como el punto de arranque de nuestro hipótesis del progreso, no fue desde luego una invención, sino un proceso de desarrollo infinitamente lento, en el que hubo probablemente ocasionales saltos espectaculares hacia delante. No necesitamos preocuparnos de cuándo empezó el progreso —o la civilización. La hipótesis de un término finito del progreso llevó a un error más grave. Se ha censurado justamente a Hegel por ver el final del progreso en la monarquía prusiana —resultado éste, al parecer, de una interpretación demasiado forzada de su noción de la imposibilidad de pronosticar. Pero la aberración de Hegel fue superada por aquel «eminente victoriano», Arnold de Rugby, que en su conferencia

inaugural en la cátedra Regius de Historia moderna en Oxford, en 1841, afirmó que la historia contemporánea sería la última fase de la historia de la humanidad: «Parece llevar la impronta de la plenitud del tiempo, como si no cupiera más allá de ella una historia futura» (10). El pronóstico de Marx de que la revolución proletaria realizaría el fin último de una sociedad sin clases era lógico y moralmente menos vulnerable; pero la presunción de un término de la historia tiene un matiz escatológico más apropiado para un teólogo que para un historiador, y revierte en la falacia de una meta situada fuera de la historia. No cabe duda de que un término finito encierra elementos atrayentes para la mente humana; y la visión de Acton de una marcha de la historia que es proceso sin fin hacia la libertad parece tan poco estimulante como vaga. Pero si el historiador ha de salvar su hipótesis de progreso, creo que debe estar dispuesto a tratarlo como un proceso en que las exigencias y condiciones de los períodos sucesivos impondrán su contenido específico. Y esto es lo que implica la tesis de Acton de que la historia no es solamente constancia del progreso pasado sino una «ciencia progresiva», o, con otras palabras, que la historia es progresiva en los dos sentidos de la palabra —como curso de los acontecimientos y como documentación de su constancia. Déjeseme recordar la descripción que del avance de la libertad en la historia hace Acton:

> Es por los esfuerzos combinados de los débiles, llevados a cabo por necesidad imperativa, para resistir al dominio de la fuerza y del perjuicio pro-

(10) T. Arnold, *An Inaugural Lecture on the Study of Modern History* (1841), pág. 38.

> pio constante, por los que, en el rápido cambio pero lento progreso de cuatrocientos años, se ha preservado la libertad, se la ha afianzado, ampliado, y por fin comprendido (11).

Acton entendía la historia en tanto que devenir como progreso hacia la libertad, y la historia en tanto que constancia de los acontecimientos ocurridos como un progreso hacia la comprensión de la libertad: ambos procesos corrían parejas (12). El filósofo Bradley, que escribía en una época en que las analogías estaban de moda, observó que «para la fe religiosa el final de la evolución se presenta como algo que... ya ha desembocado» (13). Para el historiador el final del progreso todavía no ha desembocado. Es algo todavía infinitamente remoto, y los indicadores que hacia él señalan solamente se hacen visibles para nosotros conforme adelantamos. Lo que no disminuye su importancia. La brújula es guía útil, hasta imprescindible. Pero no es un mapa topográfico de nuestro itinerario. El contenido de la historia no puede ser captado más que a medida que vamos experimentándola.

Tercera observación por mi parte: nadie en su sano juicio creyó nunca en esa clase de progreso que avanza en línea recta, ininterrumpida, sin altibajos, sin desviaciones ni soluciones de continuidad, de forma que aun el giro más adverso no es por fuerza contrario a la convicción de la existencia del progreso mismo. Es claro que hay períodos de regresión

(11) ACTON, *Lectures on Modern History* (1906), pág. 51.

(12) K. MANNHEIM, *Ideología y Utopía*, trad. esp., Madrid, Aguilar, 1958; asocia también "la voluntad (del hombre) de dar forma a la historia" con su "capacidad de comprenderla".

(13) F. H. BRADLEY, *Ethical Studies* (1876), pág. 293.

tanto como fases de progreso. Y lo que es más, sería precipitado pensar que después de un retroceso el nuevo avance partirá del mismo punto o seguirá la misma línea. Las cuatro o tres civilizaciones de Hegel o de Marx, las veintiuna civilizaciones de Toynbee, la teoría de un ciclo vital de las civilizaciones que pase por las fases de auge, decadencia y caída —todos estos esquemas no tienen sentido en sí mismos. Pero son trasunto del hecho observado de que el esfuerzo que se necesita para llevar la civilización adelante se extingue en un lugar y renace luego en otro, de forma que cualquier progreso por nosotros observable en la historia es desde luego discontinuo, tanto por lo que al sitio se refiere como en cuanto al tiempo. Así que, si fuese incapaz de pasar sin formular leyes de la historia, una de éstas rezaría que el grupo —sea él una clase o una nación, un continente o una civilización, lo que se quiera— que desempeña el papel principal en el avance de la civilización en un período no será probablemente el que desempeñe igual papel en el período siguiente, y ello por la sencilla razón de que estará demasiado imbuido de las tradiciones, los intereses y las ideologías del período anterior como para poder adaptarse a las exigencias y las condiciones del siguiente (14). Con lo que muy bien puede ocurrir que lo que a un grupo se le antoja período de decadencia, a otro le parezca inicio de un nuevo

(14) Para un diagnóstico de esta situación, véase R. S. Lynd, *Knowledge for What?* (N. Y., 1929), pág. 88: "Las personas de edad provecta están a menudo en nuestra cultura orientadas hacia el pasado, la época de su vigor y de su potencia, a la vez que oponen al futuro igual resistencia que a una amenaza. Es probable que toda una cultura que se halle en una fase avanzada de pérdida relativa de energía, de desintegración, tenga así una orientación predominante hacia una edad de oro dejada atrás, mientras se vive a desgana la vida del presente".

paso adelante. El progreso ni significa ni puede significar progreso igual y simultáneo para todos. No es casual que casi todos nuestros recientes profetas de la decadencia, nuestros escépticos que no ven en la historia sentido alguno y que afirman que el progreso pasó a mejor vida, pertenezcan al sector del mundo y a la clase de la sociedad que han desempeñado triunfalmente un papel protagonizador y predominante en el avance de la civilización durante varias generaciones. No les consuela que se les diga que la función que su grupo desempeñó correrá ahora a cargo de otros. Es evidente que una historia que les ha hecho tan ruin faena no puede ser ante sus ojos un proceso racional o significativo. Pero, si hemos de retener la hipótesis de progreso, creo que tenemos que aceptar la condición de la línea quebrada.

Y por fin llego a la pregunta de cuál es el contenido esencial del progreso atendiendo a la acción histórica. Los que luchan, pongamos por caso, por extender a todos los derechos civiles, o por reformar la práctica penal, o por allanar las desigualdades de raza o de riqueza, conscientemente se proponen el solo alcance de estas metas; no tratan, de forma consciente, de «progresar», de plasmar en la realidad alguna «ley» o «hipótesis» histórica de progreso. Es el historiador quien aplica a sus acciones su hipótesis de progreso, quien interpreta sus acciones como progreso. Pero ello no invalida el concepto de progreso. Me agrada encontrarme en este punto de acuerdo con Sir Isaiah Berlin, por cuanto «progreso y reacción, por más que se hayan desquiciado estas palabras, no son conceptos vacíos» (15). Es suposición previa en

(15) *Foreign Affairs*, xxviii, n.º 3 (junio, 1950), pág. 382.

la historia el que el hombre es capaz de sacar provecho —no que siempre lo haga— de la experiencia de sus predecesores, y que el progreso descansa, en la historia y frente a lo que ocurre con la evolución en la naturaleza, sobre la transmisión del acervo así adquirido. Este legado incluye tanto los bienes materiales como la capacidad de dominar, transformar y utilizar el mundo circundante. Y desde luego ambos factores están estrechamente relacionados, y reaccionan recíprocamente. Marx hace del trabajo humano el fundamento de todo el edificio; y parece que esta fórmula es aceptable siempre que se dé al «trabajo» una acepción lo bastante amplia. Pero la mera acumulación de recursos no valdrá si no va acompañada de un conocimiento y una experiencia técnicos y sociales mayores, y además de un mayor dominio del mundo que rodea al hombre, en su sentido más amplio. Hoy por hoy, pocas personas, según creo, pondrían en tela de juicio el progreso habido tanto en la acumulación de recursos materiales y de conocimientos científicos como en nuestro dominio del mundo circudante en el sentido técnico. Lo que se pone en duda es que el siglo xx haya sido testigo de algún progreso en nuestra ordenación de la sociedad, en nuestro dominio del mundo social ambiente, nacional o internacional; se pregunta en fin si no ha habido una marcada regresión en este aspecto. ¿Acaso no ha tenido la evolución del hombre como ser social un retraso fatal frente al progreso de la tecnología?

Los síntomas que inspiran esta pregunta son evidentes. Pero ello no es óbice a que me parezca que está mal planteada. La historia ha conocido muchos cambios de rumbo, pasando la iniciativa y el liderato

de un grupo a otro, de un sector del mundo a otro: el momento en que surge el Estado moderno y en que el centro del poder pasa del Mediterráneo a la Europa occidental, y el período de la Revolución francesa son ejemplos destacados dentro de la época moderna. Estos períodos son siempre tiempos de violentas sublevaciones y de luchas por el poder. Las viejas autoridades se debilitan, las viejas lindes desaparecen; el nuevo orden emerge de un choque feroz *de ambiciones y resentimientos. Yo* sugeriría que estamos ahora pasando por un período de éstos. Me parece sencillamente falso decir que nuestra comprensión de los problemas de la organización social o que nuestro sincero deseo de organizar la sociedad a la luz de esta comprensión han menguado: hasta me atrevería a decir que son mucho mayores. No es que nuestras habilidades hayan decrecido, ni que declinen nuestras cualidades morales. Pero el período en que vivimos, de conflicto y de levantamiento, debido a la mutación del equilibrio del poder entre continentes, naciones y clases, ha incrementado enormemente la tensión a que están sujetas estas capacidades y cualidades, ha limitado y frustrado su eficacia para logros positivos. Sin querer infravalorar la fuerza del reto que los últimos cincuenta años han lanzado a la convicción del progreso en el mundo occidental, sigo sin creer que el progreso en la historia haya tocado a su fin. Pero si se me pregunta más acerca del contenido del progreso, creo que sólo me cabe contestar algo así como lo siguiente: la noción de una meta finita y claramente definible del progreso en la historia, tantas veces postulada por los pensadores del siglo XIX, ha resultado inaplicable y yerma. La creencia en el progreso no significa la

creencia en un proceso, cualquiera que sea éste, automático e ineluctable, sino en el desarrollo progresivo de las potencialidades humanas. El progreso es un término abstracto; y las metas concretas que se propone alcanzar la humanidad surgen de vez en cuando del curso de la historia, y no de alguna fuente situada fuera de ella. No profeso ninguna fe en la perfectibilidad del hombre ni en un paraíso terrenal venidero. En esto, estaría de acuerdo con los teólogos y los místicos que dicen que la perfección no es alcanzable en la historia. Pero me basta con la posibilidad de un progreso ilimitado —o progreso que no esté sometido a ningún límite que podamos o debamos tener en cuenta—; progreso hacia metas que sólo pueden irse definiendo conforme avanzamos hacia ellas, y cuya validez nada más puede comprobarse en el proceso de alcanzarlas. Ni tampoco sé cómo podría perdurar la sociedad sin una concepción del progreso parecida a ésta. Toda sociedad civilizada impone sacrificios a la generación viva en beneficio de generaciones aún no nacidas. Justificar estos sacrificios en nombre de un mejor mundo futuro es la contrapartida secular de su justificación alegando algún designio divino. Con palabras de Bury, «el principio del deber para con la posteridad es corolario directo de la idea de progreso» (16). Acaso no requiera justificación este deber. Pero si la necesita, no sé de otra forma de justificarlo.

Esto me trae al famoso rompecabezas de la objetividad en la historia. La palabra misma de objetividad induce a error y plantea un mar de interrogantes. En una conferencia previa defendí ya la opinión de que las ciencias sociales —y entre ellas la

(16) J. B. Bury, *The Idea of Progress* (1920), pág. ix.

historia— no pueden acomodarse a una teoría del conocimiento que disloca el sujeto del objeto y que sostiene una rígida separación entre el observador y la cosa observada. Necesitamos un nuevo modelo que haga justicia al complejo proceso de interrelación e interacción que media entre ellos. Los datos de la historia no pueden ser puramente objetivos, ya que se vuelven datos históricos precisamente en virtud de la importancia que les concede el historiador. La objetividad en la historia —si es que hemos de seguir utilizando este vocablo convencional—, no puede ser una objetividad del dato, sino de la relación, de la relación entre dato e interpretación, entre el pasado, el presente y el futuro. No he de volver sobre las razones que me indujeron a rechazar por ahistórico el intento de juzgar los acontecimientos históricos erigiendo un patrón valorativo absoluto fuera de la historia y al margen de ella. Pero tampoco es apropiado para el mundo de la historia el concepto de la verdad absoluta —ni creo que lo sea para el mundo de la ciencia. Sólo el tipo más sencillo de afirmación histórica puede considerarse absolutamente cierta o absolutamente falsa. A un nivel más complejo, el historiador que discute, por ejemplo, el veredicto de uno de sus predecesores, solerá condenarlo, más que por absolutamente falso, por inadecuado, parcial, o erróneo, o como producto de un punto de vista que las pruebas ulteriores han relegado al olvido o han hecho irrelevante. Decir que la revolución rusa se debió a la estupidez de Nicolás II o al genio de Lenin es inadecuado —tan inadecuando que es desde luego descaminado. Pero no puede ciertamente tildarse de totalmente falso. El historiador no trabaja con absolutos de ninguna clase.

Volvamos al triste caso de la muerte de Robinson. La objetividad de nuestra investigación de este acontecimiento dependía, no de nuestra adecuada captación de los hechos —que no se discutían— sino de la distinción entre los datos reales o importantes, que nos interesaban, y los datos accidentales, que podíamos permitirnos el lujo de olvidar. Nos pareció fácil practicar este deslinde porque nuestro patrón o test de importancia, la base de nuestra objetividad, eran claros y consistían en la relevancia respecto a la meta propuesta, a saber la reducción de los accidentes de tráfico. Pero el historiador es persona menos afortunada que el investigador que tiene ante sí el propósito sencillo y concreto de reducir los accidentes de tráfico. También el historiador necesita, en su tarea interpretadora, su patrón de la importancia de los datos, que es también su patrón de objetividad, para distinguir entre lo significativo y lo accidental; y tampoco él puede hallarlo fuera de la relevancia frente a la meta propuesta. Pero es ella una meta necesariamente en evolución, ya que la interpretación cambiante del pasado es una función necesaria de la historia. La tradicional presuposición de que el cambio debe siempre explicarse en función de algo fijo e inmutable es contraria a la experiencia del historiador. «Para el historiador —dice Butterfield, reservándose acaso implícitamente la esfera en que el historiador no necesita seguirle—, lo único absoluto es el cambio» (17). Lo absoluto en la histo-

(17) H. BUTTERFIELD, *The Whig Interpretation of History* (1931), página 58; compárese con la siguiente formulación, más elaborada, de A. VON MARTIN, *The Sociology of the Renaissance* (trad. ingl., 1945; hay traducción española), pág. i: "Quietud y movimiento, estática y dinámica, son categorías fundamentales de las que partir para un enfoque sociológico de la historia... La historia conoce la quietud en

ria no es algo del pasado de que se parte; no es tampoco algo en el presente, ya que todo pensamiento presente es necesariamente relativo. Es algo aún incompleto y en proceso de devenir —algo en el futuro hacia el que nos movemos, que sólo empieza a cobrar forma cuando partimos en su dirección, y a cuya luz, conforme vamos adelantando, vamos dando forma gradualmente a nuestra interpretación del pasado. Ésta es la verdad secular que se oculta detrás del mito religioso de que el significado de la historia será revelado el Día del Juicio. Nuestro criterio no es un absoluto en el sentido estático de algo que permanece igual ayer, hoy, y para siempre: semejante absoluto es incompatible con la naturaleza de la historia. Pero es un absoluto en cuanto a nuestra interpretación del pasado. Rechaza la óptica relativista según la cual una interpretación vale tanto como otra, o que cualquier interpretación es cierta en su tiempo y lugar, y aporta la piedra de toque con la que finalmente habrá de juzgarse nuestra interpretación del pasado. Este sentido de dirección en la historia es el único que nos permite ordenar e interpretar los acontecimientos del pasado —tarea ésta del historiador— y liberar y organizar las energías humanas del presente pensando en el futuro —tarea del hombre de Estado, del economista, del reformador social. Pero el proceso mismo sigue siendo progresivo y dinámico. Nuestro sentido de la dirección y nuestra interpretación del pasado están sujetos a modificación y evolución constantes conforme vamos adelante.

Hegel revistió su absoluto con el manto místico

un sentido relativo nada más: el problema decisivo radica en saber cuál predomina, si la quietud o el cambio". El cambio es en la historia el elemento positivo y absoluto, la quietud, el elemento subjetivo y relativo.

de un espíritu mundial, y cometió el error cardinal de abocar el curso de la historia a su fin en el presente, en vez de proyectarlo en el futuro. Reconocía en el pasado un proceso de evolución continua, y se lo negó al futuro, de modo incongruente. Los que, desde Hegel, han reflexionado más profundamente acerca de la naturaleza de la historia, han visto en ella una síntesis del pasado y del futuro. Tocqueville, que no se llegó a liberar del todo del lenguaje teológico de su tiempo y que dio a su absoluto un contenido demasiado estrecho, percibió sin embargo la esencia del problema. Después de aludir al desarrollo de la igualdad, como fenómeno universal y permanente, proseguía así:

> Si se llevase a los hombres de nuestro tiempo a concebir el gradual y progresivo desarrollo de la igualdad como pasado a la vez que futuro de su historia, este solo descubrimiento revestiría dicho desarrollo del carácter sagrado que para ellos tiene la voluntad de su amo y señor (18).

Podría escribirse un capítulo importante acerca de este tema todavía inacabado. Marx, que compartía algunas de las inhibiciones de Hegel en cuanto a mirar hacia el futuro, y que se interesaba sobre todo en arraigar firmemente su enseñanza en la historia pasada, se vio compelido, por la naturaleza de su tema, a proyectar hacia el futuro su absoluto de la sociedad sin clases. Bury describió algo torpemente la idea del progreso, aunque lo hizo claramente con la misma intención, como una «teoría que implica una

(18) TOCQUEVILLE, Prefacio a *La Democracia en América*. [Hay traducción esp.]

síntesis del pasado y una profecía del futuro» (19). Los historiadores, dice Namier con paradoja buscada que luego ilustra con su habitual riqueza de ejemplos, «imaginan el pasado y recuerdan el futuro» (20). Sólo el futuro puede darnos la clave de la interpretación del pasado; y sólo en este sentido nos es dado hablar de una objetividad básica en la historia. Es a la vez explicación y justificación de la historia que el pasado ilumine nuestra comprensión del futuro, y que el futuro arroje luz sobre el pasado.

¿Qué queremos pues decir cuando elogiamos a un historiador por su objetividad, o cuando decimos que un historiador es más objetivo que otro? No desde luego que sabe cómo hacerse con los datos adecuados, o dicho con distintas palabras, que aplica el patrón adecuado para aquilatar la importancia de sus datos. Cuando calificamos de objetivo a un historiador, queremos decir dos cosas. Ante todo queremos decir que sabe elevarse por encima de la limitada visión que corresponde a su propia situación en la sociedad y en la historia —capacidad la suya en tal caso que, según sugerí en una conferencia previa, depende en parte de su capacidad de reconocer hasta qué punto se halla ínsito en dicha situación, de reconocer por ende la imposibilidad de una total objetividad. En segundo lugar queremos decir con ello que sabe proyectar su visión hacia el futuro de forma tal que él mismo penetra el pasado más profundamente y de modo más duradero que otros historiadores cuya visión depende totalmente de la propia situación inmediata. Ningún historiador actual compartiría la confianza de Acton en la posibilidad de una «histo-

(19) J. B. Bury, *The Idea of Progress* (1920), pág. 5.
(20) L. B. Namier, *Conflicts* (1942), pág. 70.

ría definitiva». Pero algunos historiadores escriben una historia más duradera, con un carácter más definitivo y objetivo que la de otros; y son éstos los historiadores que poseen la que quisiera llamar visión a largo plazo del pasado y del futuro. El historiador del pasado no puede acercarse a la objetividad más que en la medida en que se aproxima a la comprensión del futuro.

Así que, cuando hablé en una conferencia anterior de la historia como diálogo entre el pasado y el presente, más bien debía haberla definido como diálogo entre los acontecimientos del pasado y las metas del futuro que emergen progresivamente. La interpretación que da el historiador del pasado, su selección de lo importante y de lo significativo, evolucionan conforme van emergiendo gradualmente nuevas metas. Para tomar el más sencillo de los ejemplos posibles, mientras el fin principal pareció ser la organización de las libertades constitucionales y de los derechos políticos, el historiador interpretó el pasado en términos constitucionales y políticos. Cuando las metas económicas y sociales principiaron a sustituir los fines constitucionales y políticos, los historiadores se volvieron hacia interpretaciones económicas y sociales del pasado. En este proceso, podrá el escéptico alegar que la nueva interpretación no es más cierta que la anterior, que cada cual vale para su período. No obstante, como la preocupación por las metas económicas y sociales representa una fase más amplia y más avanzada del desarrollo humano que la que se centra en las metas políticas y constitucionales, puede decirse que la interpretación social y económica de la historia representa una fase más avanzada, en la historia, que la interpretación exclusivamente polí-

tica. No es que se rechace la anterior interpretación, sino que queda a la vez incluida en la nueva y superada por ella. La historiografía es una ciencia progresiva en el sentido de que trata de alcanzar una penetración cada vez más amplia y profunda de un curso de los acontecimientos que también es progresivo. Esto entendería yo al afirmar que necesitamos «una visión constructiva del pasado». La moderna historiografía se ha desarrollado en los dos últimos siglos con esta doble creencia en el progreso, y no puede pervivir sin ella, ya que es esta convicción la que le aporta su patrón de lo significativo, su piedra de toque para la distinción entre lo real y lo accidental. Goethe, en una conversación hacia el final de su vida, cortó con alguna brusquedad el nudo gordiano:

> Cuando las edades están en su decadencia, todas las tendencias son subjetivas; pero por otra parte, cuando las cosas están maduras para una nueva época, todas las tendencias son objetivas (21).

Nadie tiene la obligación de creer en el futuro de la historia ni en el futuro de la sociedad. Puede que nuestra sociedad sea destruida o se extinga al final de una lenta decadencia, y que la historia vuelva a caer en la teología —es decir en el estudio, no de los logros humanos, sino del designio divino—, o en la literatura —es decir en la narración de cuentos y leyendas sin propósito ni significado. Pero esto no será historia en el sentido en que la venimos conociendo en los últimos doscientos años.

(21) Citado en H. HUIZINGA, *Men and Ideas* (1959), trad. ing., página 50. Trad. esp.: *Hombres e Ideas*.

Todavía tengo que ocuparme de la conocida y popular objeción que se opone a cualquier teoría que sitúa el criterio decisivo de juicio histórico en el futuro. Semejante teoría, reza el reparo, implica que el éxito es el criterio decisivo del juicio y que lo que venga, si no lo que hay, está bien, sea como quiera. Durante los últimos doscientos años la mayoría de los historiadores, no sólo han supuesto una dirección seguida por el movimiento de la historia, sino que, a sabiendas suyas o no, han creído que esta dirección era en su conjunto la dirección justa, que la humanidad se movía de lo malo a lo mejor, de lo más bajo a lo superior. El historiador, además de reconocer la dirección, la aprobaba. La prueba de significación que aplicaba a su enfoque del pasado consistía además de en un sentido del curso seguido por el devenir histórico, en un sentido de su propio empeño moral en que siguiese dicho curso. La alegada dicotomía entre «ser» y «deber ser», entre hecho y valor, estaba resuelta. Era una concepción optimista, producto de una edad de desbordante confianza en el futuro; *whigs* y liberales, hegelianos y marxistas, teólogos y racionalistas, permanecieron firmemente, y con más o menos congruencia, adictos a ella. Durante doscientos años, pudo describírsela, sin demasiada exageración, como la contestación aceptada e implícita a la pregunta de ¿Qué es la Historia? La reacción contra ella vino con el ánimo aprensivo y pesimista de nuestros días, que ha dejado libre el terreno a los teólogos que buscan el significado de la historia fuera de ella, y a los escépticos que no encuentran sentido alguno a la historia. Se nos dice por

todas partes, y con el mayor énfasis, que la dicotomía entre «ser» y «deber ser» es absoluta y que no puede zanjarse, que no se pueden derivar «valores» de los «hechos». Creo que éste es un camino equivocado. Veamos cómo han enfocado esta cuestión unos cuantos historiadores, o escritores acerca de la historia, elegidos más o menos al azar.

Gibbon justifica el mucho espacio que dedica en su narración a las victorias del Islam diciendo que «los discípulos de Mahoma todavía detentan el cetro secular y religioso del mundo oriental». Pero, añade, «la misma tarea constituiría una pérdida de tiempo si la dedicáramos al estudio de las multitudes de salvajes que, entre los siglos VII y XII, bajaron de las mesetas de Escitia», puesto que «la majestad del trono bizantino rechazó y sobrevivió a estos ataques desordenados» (22). No parece del todo descaminada esta afirmación. La historia es, en términos generales, recuento de lo que han hecho los hombres, no de lo que se frustró: en cuya medida es una narración del éxito. El profesor Tawney observa que los historiadores dan «un símil de inevitabilidad» a un orden existente «trayendo a primer plano las fuerzas que han triunfado, y relegando hacia el fondo las que han sido derrotadas por las primeras» (23). ¿Pero acaso no es ésta en cierto sentido la esencia del trabajo del historiador? El historiador no debe infravalorar la oposición; no debe representar la victoria como un paseo militar cuando fue hija de un duro combate. A veces los que fueron vencidos contribuyeron tanto como los vencedores al resultado final.

(22) GIBBON, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo lv.

(23) R. H. TAWNEY, *The Agrarian Problem in the Sixteenth Century* (1912), pág. 177.

Son éstas máximas familiares a todo historiador. Pero, por lo común, el historiador se ocupa de los que, vencidos o derrotados, llevaron algo a cabo. Yo no soy un especialista de la historia del fútbol. Pero sus páginas están seguramente saturadas de los nombres de los que metieron goles al adversario en tanto que no se habla de los que quedaron en off-side. La famosa afirmación de Hegel de que en historia «sólo pueden llegar a nuestro conocimiento aquellos pueblos que forman un Estado» (24), ha sido atinadamente criticada por reconocer un valor exclusivo a una forma de organización social y por dejar franco el paso a un censurable culto al Estado. Pero en principio, lo que Hegel trataba de decir es correcto, y refleja la familiar distinción entre pre-historia e historia. Sólo los pueblos que han sabido organizar en cierto grado su sociedad dejan de ser salvajes primitivos y penetran en el recinto de la historia. Carlyle, en su *Revolución Francesa*, llamó a Luis XV «una verdadera encarnación de Solecismo Mundial». Es evidente que le gustó la metáfora, porque la coloca de nuevo en un párrafo ulterior más largo:

> ¿Qué nuevo y vertiginoso movimiento universal es éste: de instituciones, acuerdos sociales. mente individuales, que una vez cooperaron en su funcionamiento y ahora giran y muelen en loca colisión? Ineludible; es el estallido de un Solecismo Mundial, por fin agotado (25).

(24) *Lectures on the Philosophy of History* (trad. ingl., 1884), página 40.

(25) T. Carlyle, *The French Revolution*, I, i, cap. 4; I, iii, capítulo 7.

Una vez más el criterio utilizado es histórico: lo que era adecuado para una época se ha mudado en solecismo en otra, y por esta razón queda condenado. Hasta el mismo Sir Isaiah Berlin, cuando desciende del olimpo de las abstraciones filosóficas y pasa a considerar situaciones históricas concretas, parece haber llegado al mismo punto de vista. En una conferencia radiada a poco de la publicación de su libro sobre lo Inevitable Histórico, encomió a Bismarck, pese a sus defectos morales, como «un genio» y el «más alto ejemplo en el siglo pasado de un hombre de Estado dotado de las mayores capacidades de juicio político», comparándole de modo favorable con hombres como José II de Austria, Robespierre, Lenin y Hitler, quienes no alcanzaron a plasmar en la realidad «sus metas positivas». Me parece incorrecto este veredicto. Pero lo que me interesa en el momento presente es el criterio de que Berlin se ha valido en su juicio. Bismarck, dice Sir Isaiah, comprendió la materia con que trabajaba; los demás se dejaron arrastrar a lo lejos por teorías abstractas que no funcionaron. La moraleja a deducir es que «el fracaso proviene de la resistencia opuesta a lo que mejor funciona... en apoyo de algún método o principio sistemático con pretensiones de validez universal» (26). Dicho de otro modo: el criterio del juicio, en la historia, no es «algún principio de sedicente validez universal», sino «el que mejor funciona».

No es sólo —casi no necesito decirlo— cuando analizamos el pasado cuando invocamos este criterio de «lo que mejor funciona». Si alguien les dijese que pensaba que, en la coyuntura presente, la unión de

(26) Emisión acerca del "Juicio Político" en el Tercer Programa de la BBC, 19 de junio 1957.

Gran Bretaña con los Estados Unidos de Norteamérica en un solo Estado y bajo una soberanía única, era lo mejor, podría ser que conviniesen ustedes en que la idea es razonable. Si prosiguiese diciendo que la monarquía constitucional es preferible a la democracia presidencial como forma de gobierno, también reconocerían, quizá, que no estaba descaminado. Pero supongamos que entonces les propusiera dedicarse a lanzar una campaña en pro de la reunión de ambos países bajo la Corona británica; seguramente contestarían que es perder el tiempo. De intentar explicar el porqué, tendrían que razonarle que los problemas de esta índole deben debatirse partiendo, no de la base de un principio de aplicación general, sino de lo que, dadas ciertas condiciones históricas, mejor funcionaría; hasta puede que cometieran ustedes el pecado capital de hablar de la Historia con H mayúscula, y que le dijeran que la Historia está contra él. La tarea del político no es la de considerar meramente lo moral y teóricamente deseable, sino también la de investigar las fuerzas existentes en el mundo, y cómo pueden ser dirigidas o manipuladas hacia realizaciones probablemente parciales de los fines propuestos. Nuestras decisiones políticas adoptadas a la luz de nuestra interpretación de la historia llevan inherente esta transacción. Pero nuestra interpretación de la historia tiene insertas sus raíces en la misma transacción. Nada hay más radicalmente falso que la erección de algún patrón supuestamente abstracto de lo deseable y que la condena del pasado de acuerdo con este patrón. A la palabra «éxito», que se ha impregnado con connotaciones turbias, déjesenos sustituir la locución neutral de «lo que mejor funciona». Ya que he entrado a discutir varias veces con

Sir Isaiah Berlin en estas conferencias, me alegra poder cerrar la cuenta con, por lo menos, este acuerdo parcial.

Pero la aceptación del criterio de «lo que funciona mejor» no hace su aplicación ni fácil ni evidente de por sí. No es un criterio que estimule veredictos sin preparar previamente, ni que se avenga a la noción de que en cualquier caso, bien está lo que hay. Los fracasos en que se vienen abajo posibilidades existentes no son desconocidos de la historia, y ella reconoce lo que llamaré la «realización diferada»: los fracasos aparentes de hoy pueden revelarse luego contribución vital a la realización de mañana —aquí tenemos a los profetas antes de su tiempo. Y una de las ventajas de este criterio sobre el de un supuesto principio universal y fijo consiste en que puede pedirnos que pospongamos nuestro juicio, o que lo formulemos con las reservas exigidas por cosas que todavía no han acontecido. Proudhon, que hablaba libremente en términos de principios morales abstractos, perdonó el golpe de Estado de Napoleón III después de haber prevalecido éste; Marx, que rechazaba el criterio de los principios morales asbtractos, condenó a Proudhon por haberlo perdonado. Si volvemos la vista atrás desde una perspectiva histórica más larga, coincidiremos seguramente en que Proudhon estaba equivocado y Marx en lo cierto. El logro alcanzado por Bismarck nos brinda un excelente punto de partida para el examen de este problema del enjuiciamiento histórico; y en tanto que acepto el criterio de Sir Isaiah de «lo que mejor funciona», no dejo de quedar sorprendido ante la estrechez de los límites temporales dentro de los cuales parece contentarse con aplicarlo. ¿Funcionó bien lo que Bismarck creó?

Más bien pensaría yo que desembocó en un desastre ingente. No quiere esto decir que trato de condenar al Bismarck que creó el Reich Alemán, o a la multitud de alemanes que lo deseaban y coadyuvaron a su creación. Pero, como historiador, todavía me quedan muchas preguntas por plantear. ¿Llegó el desastre porque había resquebrajaduras ocultas en el edificio del Reich? ¿O porque había en las condiciones internas que lo trajeron a la vida algo que lo destinaba a volverse agresivo y a buscar la autoafirmación? ¿O porque, cuando se hubo creado el Reich, el escenario europeo o mundial estaba tan ocupado, y eran tan fuertes ya las tendencias expansivas de las grandes potencias, que la emergencia de otra gran potencia también expansiva era bastante para traer una colisión fortísima y reducir a ruinas todo el sistema? Según la última hipótesis, sería un error hacer a Bismarck y al pueblo alemán responsables del desastre, o por lo menos únicos responsables del mismo: no se puede echar la culpa al último que llega. Pero un juicio objetivo de la obra de Bismarck y de cómo funcionó aguarda una contestación a estas preguntas por el historiador, y no estoy seguro de que pueda todavía contestarlas definitivamente todas desde su actual posición. Lo que diría es que el historiador del tercer decenio de este siglo estaba más cerca de un juicio objetivo que el hisotriador del penúltimo decenio del siglo pasado, y que el historiador de hoy está más próximo de este juicio objetivo que aquél; acaso se halle aún más cerca quien historie en el año 2000. Esto ilustra mi tesis de que la objetividad en la historia no descansa ni puede apoyarse sobre un patrón fijo e inamovible de juicio, al alcance de la mano, sino sobre uno que se estructura en el futuro,

y que evoluciona conforme avanza el curso de la historia. La historia adquiere significado y objetividad sólo cuando establece una relación coherente entre el pasado y el futuro.

Volvamos ahora a mirar la alegada dicotomía entre el hecho y el valor. No se pueden derivar valores de los hechos. Esta proposición es verdad en parte y falsa en parte. Basta con examinar el sistema de valores que prevalecen en cualquier período o país para convencerse de lo mucho que vienen impuestos por los hechos que proporciona el mundo circundante. En una conferencia anterior llamé la atención sobre el contenido cambiante de palabras valorativas como libertad, igualdad, justicia. Véase si no la Iglesia cristiana como institución dedicada en gran parte a la propagación de valores morales. Compárense los valores del cristianismo primitivo con los del Papado medieval, o los valores de éste con los de las Iglesias protestantes del siglo XIX. O compárense los valores promulgados en la actualidad por, pongamos por caso, la Iglesia católica en España, con los propagados por las Iglesias cristianas en Norteamérica. Estas diferencias en los valores brotan de diferencias en el hecho histórico. Tómense por ejemplo en consideración los hechos históricos que han hecho que se considerasen generalmente inmorales en el último siglo y medio la esclavitud, la desigualdad racial o la explotación del trabajo infantil, que fueron todos en algún tiempo algo moralmente neutro o respetable. La proposición según la cual no pueden deducirse valores de los hechos es, por lo menos, parcial y descaminada. Déjesenos decirlo a la inversa. No pueden derivarse hechos de los valores. También esto es parcialmente verdad, pero también puede inducir a error

y hemos de formular reservas. Cuando tratamos de conocer los hechos, las preguntas que planteamos, y por lo mismo las respuestas que obtenemos, vienen inspiradas por nuestro sistema de valores. Nuestra idea de los hechos de nuestro mundo ambiental está moldeada por nuestros valores, es decir, por las categorías a cuyo través percibimos los hechos; y esta imagen que nos hacemos es uno de los hechos importantes que debemos tener en cuenta. Los valores penetran en los hechos y son parte esencial de ellos. Nuestros valores son parte esencial de los instrumentos de que vamos provistos como seres humanos. Mediante nuestros valores actúa nuestra capacidad de adaptarnos al mundo que nos circunda, y ellos nos dotan de nuestra habilidad de adaptar a nosotros el mundo ambiente, de adquirir ese dominio sobre él que ha hecho de la historia un relato de progreso. Pero cuidado con levantar, dramatizando la lucha del hombre con el mundo que le rodea, una falsa antítesis y una separación inexistente entre hechos y valores. El progreso en la historia se logra por el conducto de la interdependencia y la interacción de hechos y valores. El historiador objetivo es el historiador que más profundamente penetra este proceso recíproco.

Una clave para la solución de este problema de los hechos y los valores es la que nos brinda la acepción que damos de ordinario a la palabra «verdad» —término que tiene un pie en el mundo del hecho y otro en el mundo del valor, y que se compone de elementos de ambos. Y no es éste un rasgo idiosincrático del idioma inglés. Las palabras que designan la verdad en las lenguas latinas, el alemán *Wahrheit*, el

ruso *pravda* (27), tienen todas este doble carácter. Todos los idiomas parecen requerir este vocablo para una verdad que no es mera afirmación de hecho ni mero juicio de valor, sino que abarca ambos elementos. Puede ser un hecho el que yo estuviese en Londres la pasada semana. Pero normalmente no lo llamarán verdad: carece de todo contenido valorativo. Por otra parte, en la alusión de los Padres Fundadores de los Estados Unidos, en la Declaración de Independencia, a la verdad de por sí evidente de que todos los hombres han sido creados iguales, podrán pensar que el contenido valorativo de la afirmación predomina sobre el contenido fáctico, y por esta razón poner en duda su derecho a que se la considere una verdad. El ámbito de la verdad histórica se halla en alguna parte entre estos dos polos —el polo norte de los hechos carentes de valor y el polo sur de los juicios de valor, todavía luchando por transformarse ellos mismos en hechos. El historiador, como dejé dicho en mi primera conferencia, se encuentra en equilibrio entre el hecho y la interpretación, entre el hecho y el valor. No hay modo de separarlos. Puede ser que, en un mundo estático, se vean ustedes obligados a pronuniar un divorcio entre hecho y valor. Pero la historia carece de significado en un mundo estático. La historia es, en su misma esencia, cambio, movimiento, o —si no se oponen a esta palabra pasada de moda— progreso.

Vuelvo por lo tanto, para concluir, a la descripción del progreso por Acton, como «la hipótesis cien

(27) El caso de la palabra *pravda* resulta de especial interés porque existe otra vieja palabra rusa para expresar la verdad, *istina*. Pero el deslinde no pasa por la distinción entre verdad como hecho y verdad como valor; *pravda* es la verdad humana en ambos aspectos, *istina* es la verdad divina en ambos aspectos, también la verdad acerca de Dios y la verdad en tanto que revelación divina.

tífica sobre la que debe escribirse la historia». Se puede, si así se desea, convertir la historia en teología haciendo que el significado del pasado dependa de algún poder extrahistórico y supra-racional. Se puede también, si se quiere, mudar la historia en literatura —colección de narraciones y leyendas acerca del pasado, sin significado ni importancia. La historia llamada así con propiedad sólo puede ser escrita por los que ven y aceptan en la historia misma un sentido de dirección. La convicción de que provenimos de alguna parte está estrechamente vinculada a la creencia de que vamos a algún lado. Una sociedad que ha perdido la fe en su capacidad de progresar en el futuro dejará pronto de ocuparse de su propio progreso en el pasado. Y, como dije al comenzar mi primera conferencia, nuestra concepción de la historia refleja nuestra concepción de la sociedad. Vuelvo con esto a mi punto de partida, declarando mi fe en el futuro de la sociedad y en el futuro de la historia.

VI

Un horizonte que se abre

La concepción defendida en estas conferencias, de la historia como un proceso en permanente movimiento, dentro del cual se mueve el historiador, parece obligarme, para terminar, a unas cuantas reflexiones acerca de la posición de la historia y del historiador en nuestro tiempo. Vivimos en un tiempo en que las predicciones de catástrofe mundial, aunque no por vez primera en la historia, están en el aire, y gravitan pesadamente sobre todos. No es posible su verificación ni su refutación. Pero con todo son mucho menos seguras que el pronóstico de que todos hemos de morir; y como la certidumbre del cumplimiento de este vaticinio no nos impide la formación de planes para nuestro propio futuro, pasaré a discutir el presente y el futuro de nuestra sociedad fundándome en la presuposición de que este país —y si no él, alguna parte importante del mundo— sobrevivirá a los avatares que nos amenazan, y que la historia proseguirá.

Los años de mediados del siglo XX encuentran el mundo en un proceso de cambio seguramente más profundo y más arrollador que cualquiera otro de los que se han apoderado de él desde que el mundo medieval se deshizo en ruinas y se pusieron las bases del mundo moderno en los siglos XV y XVI. El cam-

bio es sin lugar a duda producto fundamentalmente de los descubrimientos e inventos científicos, de su más difundida aplicación, y de los hechos acarreados por ellos, directa o indirectamente. El aspecto más visible del cambio es una revolución social comparable a la que, en los siglos XV y XVI, inauguró la subida al poder de una nueva clase basada en las finanzas y en el comercio, y más tarde en la industria. La nueva estructura de nuestra industria y la nueva estructura de nuestra sociedad presentan problemas demasiado amplios como para que me adentre en ellos aquí. Pero la mutación tiene dos aspectos más inmediatamente relevantes para mi tema: lo que llamaría un cambio en profundidad, y un cambio en la extensión geográfica. Trataré de aludir brevemente a ambos.

La historia comienza cuando los hombres empiezan a pensar en el transcurso del tiempo, no en función de procesos naturales —ciclo de las estaciones, lapso de la vida humana—, sino en función de una serie de acontecimientos específicos en que los hombres se hallan comprometidos conscientemente y en los que conscientemente pueden influir. La historia, dice Burckhardt, es «la ruptura con la naturaleza causada por el despertar de la conciencia» (1). La historia es la larga lucha del hombre, mediante el ejercicio de su razón, por comprender el mundo que le rodea y actuar sobre él. Pero el período contemporáneo ha ensanchado la lucha de una forma revolucionaria. El hombre se propone ahora comprender y modificar, no sólo el mundo circundante, sino también a sí mismo; y esto ha añadido, por así decirlo,

(1) J. Burckhardt, *Reflexions on History* (1959), pág. 31.

una nueva dimensión a la razón y una nueva dimensión a la historia. La época actual es, de todas, la que más se ocupa de la historia y más piensa en términos históricos. El hombre contemporáneo es consciente de sí mismo, y por lo tanto de la historia, como nunca lo ha sido el hombre antes. Escruta de buena gana la penumbra de que procede con la esperanza de que los débiles rayos de luz que en ella perciba iluminarán la oscuridad hacia la que se dirige; y a la vez sus aspiraciones y ansiedades relacionadas con el camino que le queda por andar aguzan su penetración de lo que ha quedado atrás. Pasado, presente y futuro están vinculados en la interminable cadena de la historia.

El cambio ocurrido en el mundo moderno, consistente en el desarrollo de la conciencia que de sí mismo cobra el hombre, puede hacerse partir de Descartes, quien fue el primero en establecer la posición del hombre como ser que puede, no sólo pensar, sino pensar acerca de su propio pensamiento, que puede observarse a sí mismo en el acto de observar, de modo que el hombre es simultáneamente sujeto y objeto de pensamiento y obesrvación. Pero este desarrollo no se hizo del todo explícito hasta la última parte del siglo XVIII, cuando Rousseau abrió el camino hacia nuevas profundidades de la comprensión y la conciencia de sí mismo en el hombre, y brindó a la especie una nueva misión del mundo de la naturaleza y de la civilización tradicional. La revolución francesa, dijo Tocqueville, se inspiró en «la convicción de que lo que se precisaba era la sustitución del complejo de costumbres tradicionales que regían el orden social por normas sencillas, elementales, derivadas del ejercicio de la razón humana y del dere-

cho natural» (2). «Nunca hasta entonces —escribió Acton en una de sus notas manuscritas— habían buscado la libertad los hombres sabiendo lo que buscaban» (3); para Acton lo mismo que para Hegel, la libertad y la razón iban siempre juntas. Y a la Revolución Francesa iba vinculada la Revolución Americana.

> Hace ochenta y siete años nuestros padres trajeron a la vida, en este continente, una nueva nación, concebida en la libertad y consagrada a la proposición de que todos los hombres han sido creados iguales.

Fue, como lo sugieren las palabras de Lincoln, un acontecimiento sin precedentes —la primera vez en la historia en que los hombres se constituían deliberada y conscientemente en nación, la primera vez en que luego se empeñaban deliberada y conscientemente en moldear en ella a otros hombres. En los siglos XVII y XVIII ya había adquirido el hombre plena conciencia del mundo que le rodeaba y de sus leyes. Ya no se trataba de misteriosos decretos de una providencia inescrutable, sino de leyes accesibles a la razón. Pero eran leyes a las que el hombre estaba sometido, y no leyes hechas por él. En la fase siguiente iba el hombre a tomar conciencia plena de su poder sobre el mundo circundante y sobre sí mismo, así como de su derecho a dictar leyes bajo las cuales habría de vivir.

La transición del siglo XVIII al mundo contemporáneo fue larga y gradual. Sus filósofos representati-

(2) A. DE TOCQUEVILLE, *De l'Ancien Régime*, III, cap. 1.
(3) Biblioteca de la Universidad de Cambridge: Add. MSS. 4870.

vos fueron Hegel y Marx, y ambos ocupan una posición ambivalente. Hegel tiene arraigada la noción de las leyes de la providencia convertidas en leyes de la razón. El espíritu mundial de Hegel ase firmemente la providencia de una mano y la razón de otra. Recuerda a Adam Smith. Los individuos «satisfacen sus propios intereses; pero con ello se cumple algo más, latente en sus acciones aunque no presente en su conciencia». Del designio racional del espíritu mundial, escribe que los hombres, «en el acto mismo de realizarlo, lo convierten en ocasión de satisfacer su deseo, cuyo contenido aparente es distinto de este designio». Esto no es sino la armonía de los intereses traducida al lenguaje de la filosofía alemana (4). El equivalente, en Hegel, de la «mano oculta» de Adam Smith, era la famosa «estratagema de la razón», que hace trabajar a los hombres para el cumplimiento de metas de las que no son conscientes. Pero Hegel fue sin embargo el filósofo de la Revolución Francesa, el primer filósofo que viera la esencia de la realidad en el cambio histórico y en el desarrollo de la conciencia de sí mismo del hombre. El desarrollo en la historia significaba desarrollo hacia el concepto de libertad. Pero, después de 1815, la inspiración de la Revolución Francesa feneció en la apatía de la Restauración. Hegel era demasiado tímido políticamente, y estaba, en sus últimos años, demasiado afincado en los núcleos rectores de su sociedad, como para introducir ningún significado concreto en sus proposiciones metafísicas. La descripción que diera Herzen de las doctrinas de Hegel, calificándolas de «álgebra de la revolución», era singularmente atinada. Hegel aportó la notación, pero no le dio contenido práctico.

(4) Las citas provienen de la *Filosofía de la Historia*, de Hegel.

A cargo de Marx iba a correr escribir la aritmética en las ecuaciones algebraicas de Hegel.

Discípulo tanto de Adam Smith como de Hegel, Marx partió de la concepción de un mundo gobernado por leyes racionales de la naturaleza. Lo mismo que Hegel, pero esta vez de modo práctico y concreto, operó la transición a la concepción de un mundo ordenado por leyes que evolucionan siguiendo un proceso racional, a consecuencia de la iniciativa revolucionaria del hombre. En la síntesis final de Marx, la historia significaba tres cosas, inseparables una de otra y que constituían un todo racional y coherente: el devenir de los acontecimientos según leyes objetivas y primordialmente económicas; el correspondiente desarrollo del pensamiento siguiendo un proceso dialéctico; y la consiguiente acción en forma de lucha de clases que reconcilia y une la teoría y la práctica de la revolución. Lo que brinda Marx es una síntesis de leyes objetivas y acción consciente para traducirlas a la práctica, síntesis de lo que se llama a veces, aunque equivocadamente, el determinismo y el voluntarismo. Marx menciona constantemente leyes a las que los hombres han venido estando sometidos hasta el presente sin darse cuenta de ello: más de una vez llamó la atención sobre la que designó «falsa conciencia» de los que se encuentran comprometidos en una economía capitalista y una sociedad capitalista: «las concepciones que acerca de las leyes de producción se formen en las mentes de los agentes de la producción y de la circulación diferirán mucho de las leyes reales» (5). Pero hay en los escritos de Marx ejemplos chocantes de llamamientos a una acción revolucionaria consciente. «Los filósofos se han limita-

(5) *Capital*, III (tra. inglesa, 1909), 369.

do a interpretar el mundo de distintos modos —decía la famosa tesis sobre Feuerbach—, pero de lo que se trata es de cambiarlo». «El proletariado», declaraba el *Manifiesto Comunista,* «se valdrá de su dominación política para despojar paso a paso a la burguesía de todo capital, y concentrar todos los medios de producción en las manos del Estado». Y en *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* hablaba Marx de la «conciencia intelectual que, en un proceso empezado hace un siglo, viene disolviendo todas las ideas tradicionales». Era el proletariado quien había de disolver la falsa conciencia de la sociedad capitalista, e introduciría la conciencia verdadera de la sociedad sin clases. Pero el fracaso de las revoluciones de 1848 constituyó un paso atrás grave y dramático para el desarrollo que pudo parecer inminente cuando Marx empezó a trabajar. La última parte del siglo XIX transcurrió en una atmósfera que todavía era predominantemente de prosperidad y de seguridad. No completamos hasta comienzos de este siglo la transición al período contemporáneo de la historia, en que la función primordial de la historia no es ya la de comprender las leyes objetivas que gobiernan el comportamiento del hombre en la sociedad, sino la de dar nueva forma a la sociedad y a los individuos que la componen mediante la acción consciente. En Marx, la «clase», aunque no definida con claridad, permanece en su conjunto como una concepción objetiva explicitable por análisis económico. En Lenin, el énfasis se desplaza de la «clase» al «partido», el cual constituye la vanguardia de la clase y le infunde el elemento necesario de la conciencia de clase. En Marx, la «ideología» es un término negativo —un producto de la falsa conciencia del orden social capita-

lista. En Lenin, la «ideología» se torna neutral o positiva —convicción implantada por una élite de líderes con conciencia de clase en una masa de trabajadores con potencial conciencia de clase. El proceso por el que se moldea la conciencia de clase deja de ser algo automático, y se convierte en tarea que debe emprenderse.

El otro gran pensador que ha añadido una nueva dimensión a la razón de nuestro tiempo es Freud. Freud sigue siendo hoy una figura algo enigmática. Por su formación y su origen era un individualista liberal decimonónico, y aceptaba sin discusión la premisa, común pero equívoca, de una fundamental antítesis entre el individuo y la sociedad. Freud, al enfocar el hombre como ente biológico antes que social, tendía a tratar el mundo circundante social como algo dado históricamente en vez de como cosa en constante trance de creación y de transformación por el hombre mismo. Los marxistas siempre le han acometido por partir del individuo al estudiar lo que son realmente problemas sociales, y le han condenado como reaccionario por esta razón. Y esta acusación, válida sólo en parte contra el propio Freud, la ha justificado mucho más la actual escuela neofreudiana en los Estados Unidos, la cual afirma que los desajustes son achacables al individuo y no a la estructura de la sociedad, y hace de la adaptación del individuo a la sociedad la función esencial de la psicología. El otro cargo popular contra Freud, a saber que ha incrementado la importancia de lo irracional en los asuntos humanos, es totalmente infundado, y descansa en una burda confusión entre el reconocimiento del elemento irracional en el comportamiento humano y un culto de lo irracional. Lo que

sí es desgraciadamente cierto es que existe en el actual mundo de habla inglesa un culto de lo irracional, que cobra principalmente la forma de una infravaloración de los logros y potencialidades de la razón; es ello parte de la contemporánea corriente de pesimismo y de ultraconservadurismo, de la que hablaré luego. Pero esto no arranca de Freud, que era un racionalista elemental y sin reservas. Lo que Freud hizo fue extender el ámbito de nuestro conocimiento y de nuestra comprensión abriendo a la conciencia y a la investigación racional las raíces inconscientes de la conducta humana. Esto redundó en un acrecimiento del ámbito de la razón, un incremento del poder del hombre de comprenderse y controlarse, y de hacer lo propio con el mundo circundante; representa por lo tanto un progreso y un logro revolucionario. A este respecto, Freud complementa, y no contradice, la obra de Marx. Freud pertenece al mundo contemporáneo en cuanto, pese a que él mismo no escapó del todo a la concepción de una naturaleza humana fija e inmutable, aportó los instrumentos para una mejor comprensión de las raíces de la conducta humana, y por ende para su modificación consciente por procesos racionales.

Para el historiador, la especial importancia de Freud tiene un doble carácter. En primer lugar, Freud echó la última llave al sepulcro de la vieja ilusión de que los motivos que los hombres alegan o creen tener en la base de su actuación sirven de hecho para explicar su modo de obrar: es éste un logro negativo de alguna importancia, aunque la reivindicación positiva de algunos que pretenden esclarecer la conducta de los grandes hombres de la historia con los métodos del psicoanálisis debe mirarse con cir-

cunspección. El procedimiento del psicoanálisis se funda en un examen cuidadoso del paciente a quien se estudia, formulándole preguntas y contrapreguntas, lo que resulta difícil con un muerto. En segundo lugar, Freud refuerza la obra de Marx cuando estimula al historiador a examinar su propia posición en la historia, los motivos —acaso los motivos ocultos— que le han llevado a la elección del tema o del período que investiga, y su selección e interpretación de los hechos, la premisa nacional y social que ha determinado su óptica, la concepción del futuro que da forma a su concepción del pasado. Desde que escribieron Marx y Freud, el historiador ya no tiene excusa para pensarse individuo separado, al margen de la sociedad y fuera de la historia. Estamos en la edad de la conciencia de sí mismo: el historiador puede y tiene la obligación de saber lo que está haciendo.

Esta transición al que he llamado el mundo contemporáneo —la extensión a nuevos ámbitos de la función y del poder de la razón— todavía no se ha cumplido del todo: es parte del cambio revolucionario que está experimentado el mundo del siglo XX. Desearía examinar algunos de los principales síntomas de la transición.

Déjenme comenzar por la economía. Hasta 1914 la creencia en leyes económicas objetivas, que gobernaban el comportamiento económico de hombres y naciones, y que sólo en perjuicio suyo podían unos y otras infringir, era un dogma que virtualmente nadie discutía. Los ciclos comerciales, las fluctuaciones de los precios, el desempleo, estaban determinados por estas leyes. Hasta nada menos que 1930, cuando llegó la gran depresión, era éste el punto de vista dominante. A contar de entonces todo ocurrió muy de prisa.

En los años siguientes se empezó a hablar del «fin del hombre económico», entendiendo por éste el individuo que regía sus intereses económicos según las leyes económicas; y desde entonces, nadie salvo unos cuantos cuyos relojes quedaron parados en el siglo XIX, creen en las leyes económicas así entendidas. Las ciencias económicas actuales se han convertido en una serie de ecuaciones matemáticas teóricas, o en un estudio práctico de cómo unas cuantas personas determinan a otras a obrar en tal o cual sentido. El cambio es, en lo fundamental, producto de una transición del capitalismo individual al capitalismo en gran escala. Mientras predominó el empresario o el comerciante individual, nadie pareció controlar la economía ni ser capaz de influir en ella de modo determinante; y se conservó incólume la ilusión de leyes y procesos impersonales. Hasta el Banco de Inglaterra, en los días de su mayor poder, era visto como un registrador objetivo y casi automático de las tendencias económicas, y no como un competente operador y manipulador. Pero al pasar de una economía de *laissez-faire* a una economía dirigida (economía capitalista dirigida o economía socialista; de dirección nominalmente privada a cargo de los grandes grupos capitalistas o de dirección estatal), se desvaneció el espejismo. Se hace patente que ciertas personas toman ciertas decisiones con ciertos fines, y que estas decisiones determinan el curso económico que vamos a seguir. Todo el mundo sabe que el precio del aceite o del jabón no varía conforme a alguna ley objetiva de la oferta y de la demanda. Todo el mundo sabe, o cree saber, que las depresiones y el paro son hechura humana: los gobiernos reconocen, y hasta proclaman, que saben remediarlos. Se ha pasado del

laissez-faire al plan, de la inconsciencia a la conciencia, de la creencia en leyes objetivas económicas a la convicción de que el hombre puede con su acción ser dueño de su destino económico. La política social ha seguido en esto estrechamente los pasos de la política económica: hasta tal punto que la política económica se ha incorporado a la política social. Dejéseme entresacar del último volumen de la primera *Cambridge Modern History*, publicado en 1910, un comentario harto penetrante de un autor que era cualquier cosa menos un marxista, y que seguramente nunca oyó hablar de Lenin:

> La creencia en la posibilidad de una reforma social mediante el esfuerzo consciente es la corriente predominante de la mente europea; ha suplantado la creencia en la libertad como la panacea por antonomasia... El hecho de que haya adquirido carta de naturaleza en el presente es tan importante y va cargado de tantas consecuencias como la creencia en los derechos del hombre en tiempos de la Revolución Francesa (6).

Hoy, cincuenta años después de escrito este párrafo, más de cuarenta años tras de la Revolución rusa, y a los treinta de la gran depresión, esta creencia se ha convertido en un lugar común; y la transición del sometimiento a leyes económicas objetivas que, aunque se las supusiese racionales, estaban más allá del control humano, a la creencia en la capacidad del hombre de controlar su destino económico mediante

(6) *Cambridge Modern History*, xii (1910), 15; el autor del capítulo era S. Leathes, uno de los directores de esta obra y funcionario de la Administración.

una acción consciente, me parece representar un adelanto en la aplicación de la razón a las cosas humanas, una mayor capacidad del hombre de comprenderse y regirse a sí mismo y al mundo que le rodea, adelanto y capacidad que estoy dispuesto, si es necesario, a denominar progreso, a la antigua usanza.

No tengo tiempo aquí para detenerme en detalle en procesos similares que ocurren en otros campos. Hasta la ciencia, según hemos visto, se interesa menos ahora por la investigación y la fijación de leyes objetivas de la naturaleza que por la elaboración de hipótesis operativas con las que el hombre pueda someter la naturaleza a sus propósitos y transformar el mundo ambiente. Y lo que es más importante, el hombre ha comenzado, mediante el ejercicio consciente de la razón, a transformarse a sí mismo, además de modificar lo que le rodea. A últimos del siglo XVIII, Malthus, en una obra que hizo época, trató de fijar unas leyes objetivas de la población que, lo mismo que las leyes del mercado de Adam Smith, funcionaban sin que nadie fuese consciente del proceso actuante. En la actualidad nadie cree en leyes objetivas de esta clase; mas el control de la población se ha convertido en problema de una política social racional y consciente. Hemos visto en nuestro tiempo el alargamiento, por el esfuerzo humano, del tiempo de la vida humana, y la alteración del equilibrio generacional en nuestra población. Hemos oído de específicos utilizados conscientemente para influir en el comportamiento humano, y de operaciones quirúrgicas encaminadas a modificar el carácter humano. Han cambiado tanto el hombre como la sociedad, y la mutación se ha operado ante nuestros ojos, por esfuerzo humano consciente. Pero los más importantes de es-

tos cambios han sido probablemente los traídos por el desarrollo y el uso de los métodos modernos de persuasión y adoctrinamiento. Los educadores, a cualquier nivel que se encuentren, están en la actualidad cada vez más conscientemente empeñados en contribuir a dar a la sociedad su nueva forma, conforme a un molde determinado, y en inculcar en la generación ascendente las actitudes, las adhesiones y las opiniones apropiadas a ese tipo de sociedad; la política educadora es parte integrante de cualquier política social racionalmente planeada. La primera función de la razón, en cuanto se la aplica al hombre en la sociedad, ya no es la mera de investigar sino la de transformar; y esta elevada conciencia del poder del hombre de mejorar la conducción de sus asuntos sociales, económicos y políticos por la aplicación de procesos racionales es, para mí, uno de los aspectos más destacados de la revolución del siglo XX.

La indicada expansión de la razón es solamente parte del proceso que en una conferencia anterior llamé de «individualización» —la diversificación de las habilidades, ocupaciones y oportunidades individuales que es concomitante a una civilización que avanza. Acaso fuera la consecuencia de mayor alcance de la revolución industrial el incremento progresivo de los que aprenden a pensar, a valerse de su razón. En Gran Bretaña, es tanta nuestra pasión por el gradualismo, que el movimiento es a veces escasamente perceptible. Hemos descansado sobre los laureles de una instrucción elemental universal durante la mayor parte de un siglo, y todavía no hemos avanzado mucho o muy de prisa hacia una instrucción más elevada para todos. Esto no tenía tanta importancia cuando regíamos el mundo. Importa más cuan-

do hemos sido alcanzados por otros con más prisa que nosotros, y cuando el cambio tecnológico ha acelerado el ritmo en todas partes. Porque la revolución social, la revolución tecnológica y la revolución científica son partes y componentes del mismo proceso. Si se desea un ejemplo académico del proceso de industrialización, téngase en cuenta la ingente diversificación habida en los últimos cincuenta o sesenta años en la historia, o en la ciencia, o en cualquiera de las ciencias particulares, y la incrementadísima variedad de especializaciones individuales que ofrece. Pero tengo a la mano un ejemplo mucho más chocante de este proceso a otro nivel. Hace más de treinta años, un jefe militar alemán que visitaba la Unión Soviética escuchaba las explicaciones aclaratorias de un oficial soviético acerca de la constitución del Ejército del aire rojo:

> Nosotros los rusos, tenemos que habérnoslas con un material humano todavía primitivo. Nos vemos obligados a adaptar el avión al tipo de piloto a nuestra disposición. El desarrollo técnico del material se irá perfeccionando conforme a nuestro éxito en el desarrollo de un nuevo tipo de hombre. Los dos factores se condicionan recíprocamente. Hombres primitivos no pueden meterse en máquinas complicadas (7).

Hoy, escasamente una generación más tarde, sabemos que las máquinas rusas ya no son primitivas, y que los millones de hombres y de mujeres rusos que planean, construyen y hacen funcionar estas máquinas han dejado asimismo de ser primitivos. Como his-

(7) *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* (Munich), i (1953), 38.

riador, estoy más interesado por el segundo de estos fenómenos. La racionalización de la producción significa algo mucho más importante —la racionalización del hombre. En toda la faz de la tierra están aprendiendo hoy hombres primitivos a utilizar máquinas complicadas, y al hacerlo así aprenden a pensar, a valerse de su razón. La revolución, que podrá llamarse con justicia revolución social, pero que en el presente contexto llamaré expansión de la razón, no hace sino comenzar. Pero avanza a un ritmo increíble para mantenerse en contacto con los increíbles adelantos técnicos de la última generación. Este me parece uno de los aspectos primordiales de nuestra revolución del siglo XX.

Algunos de nuestros pesimistas y escépticos a lo mejor me llaman al orden si dejo aquí de señalar los peligros y los aspectos ambiguos del papel asignado a la razón en el mundo contemporáneo. En una de las anteriores conferencias dije que la creciente individualización en el sentido apuntado no implicaba ninguna debilitación de las presiones sociales en pro de la uniformidad y del conformismo. Esta es desde luego una de las paradojas de nuestra compleja sociedad actual. La instrucción, que es un instrumento necesario y poderoso para favorecer la expansión de las capacidades y oportunidades del individuo, y por lo tanto la expansión también de una mayor individualización, es asimismo, entre las manos de los grupos con intereses, una poderosa herramienta para fomentar la uniformidad social. Las peticiones, frecuentes, de una radio y una televisión más responsables, o de una prensa más responsable, van dirigidas ante todo contra ciertos fenómenos negativos fáciles de condenar. Pero se convierten rápidamente en pe-

ticiones encaminadas a utilizar estos poderosos instrumentos de persuasión de las masas para inculcar gustos convenientes y opiniones deseables —hallándose el patrón de la conveniencia en los gustos y opiniones ya aceptados por la sociedad. Estas campañas, para quienes las conducen, son procesos conscientes y racionales encaminados a dar forma a la sociedad, moldeando sus individuos, en una dirección querida. Otros ejemplos reveladores de estos peligros son los que brindan el especialista de la publicidad comercial y el propagandista político. Papeles ambos que no pocas veces desempeña la misma persona; abiertamente en Estados Unidos y con alguna mayor timidez en Gran Bretaña, partidos y candidatos emplean a profesionales de la publicidad para que les hagan prevalecer. Los dos procedimientos, aun cuando sean formalmente distintos, se parecen singularmente. Los profesionales de la publicidad y los jefes de los departamentos de propaganda de los grandes partidos políticos son hombres de elevada inteligencia que ponen en juego todos los recursos de la razón para alcanzar el fin propuesto. Sin embargo, la razón, como hemos ido viendo en otras ocasiones, no se emplea para la mera exploración, sino de modo constructivo, no estática sino dinámicamente. Los profesionales de la publicidad y los directores de campaña política no se ocupan fundamentalmente de los datos existentes. Solamente les interesa lo que el consumidor o el elector creen o quieren ahora en la medida en que ello contribuye al resultado, a saber lo que el consumidor o el elector pueden, mediante hábil manejo, ser inducidos a creer o desear. Y lo que es más, su estudio de la psicología de masas les ha probado que la forma más rápida de lograr la acep-

tación de sus puntos de vista es la que recurre a apelar al elemento irracional del elector o del consumidor, de modo que nos encontramos ante un panorama en que una selecta minoría de industriales profesionales o de líderes políticos alcanza sus metas pasando por procesos racionales más desarrollados que nunca anteriormente, mediante la comprensión y el uso del irracionalismo de las masas. No se apela primordialmente a la razón: se procede sobre todo según el método que Oscar Wilde llamaba «pegar golpes bajos intelectuales». He exagerado un poco la imagen para que no se me acuse de subestimar el peligro (8). Pero en términos generales es correcta y podría aplicarse fácilmente a otras esferas. En todas las sociedades, los grupos rectores aplican medidas más o menos coercitivas, para organizar y controlar la opinión de la masa. Este método parece peor que otros porque constituye un abuso de la razón.

En contestación a esta grave cuanto fundamentada acusación, no tengo sino dos argumentos. El primero es el conocido de que todo invento, toda innovación, toda nueva técnica descubierta en el curso de la historia ha tenido sus facetas negativas a la vez que sus aspectos positivos. Siempre ha habido quien ha corrido con el costo de ellos. No sé cuánto tiempo después de inventada la imprenta empezaron los críticos a decir que facilitaba la difusión de opiniones equivocadas. Es hoy lugar común lamentar los accidentes mortales de la carretera, causados por el advenimiento del automóvil; y hasta hay científicos que deploran su propio descubrimiento de las formas y medios de liberar la energía atómica, debido a la

(8) Para una discusión más completa, véase *The New Society* (1951), cap. I, *passim*, del autor.

utilización catastrófica que de ella se puede hacer, y se hace. Las objeciones de esta clase no han valido en el pasado y no es probable que valgan en el porvenir, para detener el avance de los nuevos descubrimientos e inventos. Lo que hemos aprendido de las técnicas y las potencialidades de la propaganda de masas no puede borrarse sin más. No es más posible la vuelta a la democracia individualista en pequeña escala, al estilo de la propagada por las teorías de Locke o del liberalismo, y parcialmente realizada en Gran Bretaña en los años de mediados del siglo XIX, que el retorno al caballo y la tartana o al prístino capitalismo del *laissez-faire*. Pero la verdadera respuesta es que estos males llevan en sí mismos su propio correctivo. El remedio estriba en la conciencia, creciente abajo tanto como arriba, del papel que puede desempeñar la razón; ahí radica, y no en el culto del irracionalismo o en la renuncia al papel cada vez mayor de la razón en la sociedad contemporánea. Y no es el mío aquí un sueño utópico, en un momento en que nuestra revolución tecnológica y científica obliga a un mayor uso de la razón en todos y cada uno de los niveles de la sociedad. Lo mismo que cualquier otro gran avance en la historia, tiene éste su costo y sus bajas, que deben tributarse, así como sus peligros, a los que debe hacerse frente. Sin embargo, y aunque pese a los escépticos, a los cínicos, y a los profetas del desastre, que abundan especialmente entre los intelectuales de los países cuya anterior posición privilegiada ha sido minada, no me avergonzaré de ver en esto un ejemplo destacado de progreso en la historia. Puede que sea el fenómeno más sorprendente y más revolucionario de nuestro tiempo.

El segundo aspecto de la revolución progresiva por la que estamos pasando es el cambio habido en la configuración del mundo. El gran período de los siglos XV y XVI, durante el cual se deshizo finalmente en ruinas el mundo medieval y se asentaron los cimientos del mundo moderno, se caracterizó por el descubrimiento de nuevos continentes y por el traslado del centro de gravedad del mundo de las riberas mediterráneas a las del Atlántico. Aun el menor seísmo de la Revolución Francesa tuvo su secuela geográfica en la entrada del nuevo mundo a restaurar el equilibrio en el viejo. Pero los cambios acarreados por la revolución del siglo XX son mucho más arrolladores que cualesquiera otros acontecidos desde el siglo XVI. Después de cuatrocientos años el centro de gravedad mundial ha salido claramente de la Europa occidental. Europa occidental, junto con las otras partes del mundo de habla inglesa, se han convertido en zonas dependientes del continente norteamericano, o, si se prefiere, en aglomeración donde los Estados Unidos hacen a la vez de central eléctrica y de torre de control. Pero éste no es tampoco el solo cambio, ni acaso el más importante. No es en absoluto evidente que el centro de gravedad esté ahora en el mundo de habla inglesa con su anejo europeo, ni que vaya a permanecer largo tiempo en él. Parece que es la gran extensión de terreno que cubren Europa oriental y Asia, con sus prolongaciones en Africa, la que marca la pauta en los asuntos mundiales de hoy. El tópico del «oriente inmutable» está singularmente desacreditado en nuestros días.

Echemos una rápida ojeada a lo que en Asia ha acontecido durante lo que va de siglo. La historia

empieza con la alianza anglojaponesa de 1902, la primera admisión de un país asiático en el círculo mágico de las grandes potencias europeas. Acaso parezca coincidencia que Japón señalase su promoción atacando y derrotando a Rusia, con lo que encendió la primera chispa que prendió la gran revolución del siglo xx. Las revoluciones francesas de 1789 y de 1848 habían encontrado imitadores en Europa. La revolución rusa de 1905 no despertó ningún eco en Europa, pero halló imitadores en Asia: en los pocos años subsiguientes hubo revoluciones en Persia, en Turquía y en China. La primera Guerra Mundial no fue precisamente una guerra mundial sino una guerra civil europea —suponiendo que existiera eso que se llama Europa— de consecuencias mundiales: entre ellas, el estímulo del desarrollo industrial en muchos países asiáticos, del sentimiento xenófobo en China, y del nacionalismo indio, así como el nacimiento del nacionalismo árabe. La Revolución rusa de 1917 dio otro impulso más, decisivo. Lo importante aquí era que sus líderes buscaron de modo persistente y en vano imitadores en Europa, y finalmente los hallaron en Asia. Era Europa la que se había vuelto «inmutable» y Asia la que se ponía en movimiento. No hace falta que siga narrando esta historia conocida hasta nuestros días. El historiador no está aún en una posición que le permita medir el alcance y la importancia de la revolución asiática y africana. Pero la difusión de los procesos tecnológicos e industriales modernos, y de los comienzos de la conciencia política y de la instrucción, para millones de seres humanos que integran las poblaciones de Asia y de Africa, es algo que está cambiando la faz de estos continentes; y aunque no puedo penetrar el futuro, no sé de ningún patrón

de juicio que me permita ver en ello otra cosa que un desarrollo progresivo en la perspectiva de la historia mundial. El cambio de configuración del mundo que resulta de estos acontecimientos ha acarreado, en los asuntos mundiales, una relativa mengua del peso, de este país desde luego, y quizá de los países de habla inglesa en su conjunto. Pero decadencia relativa, en este sentido, no es decadencia absoluta; y lo que me turba y alarma no es la marcha del progreso en Asia o en África, sino la tendencia que observo en los grupos dominantes de este país —y acaso de otros— a cegarse ante este desarrollo, a no quererlo comprender, a adoptar frente a él una actitud mixta de desdeño suspicaz y de afable condescendencia, a abismarse en una paralizante nostalgia del pasado.

La que he dado en llamar expansión de la razón en nuestra revolución del siglo XX tiene consecuencias particulares para el historiador; porque la expansión de la razón significa, esencialmente, el emerger en la historia de grupos y clases, de pueblos y continentes que hasta la fecha se mantuvieron al margen de ella. Sugerí en mi primera conferencia que la tendencia de los historiadores del Medioevo a ver la sociedad medieval a través del prisma de la religión se debía al carácter exclusivo de sus fuentes. Desearía llevar algo más allá esta explicación. Se ha dicho, creo que correctamente aunque con alguna exageración, que la Iglesia fue «la única institución racional de la Edad Media» (9). Siendo la única institución racional, era la única institución histórica; sólo ella estaba sujeta a un curso racional de desarrollo susceptible de ser aprehendido por el historiador. La sociedad secular

(9) A. von Martin, *The Sociology of the Renaissance* (trad. inglesa, 1945), pág. 18.

estaba moldeada y organizada por la Iglesia y no tenía vida racional propia. La masa de los hombres pertenecía, lo mismo que los pueblos prehistóricos, a la naturaleza más que a la historia. La historia moderna comienza cuando despiertan más y más hombres a la conciencia social y política, cuando más y más hombres toman conciencia de sus grupos respectivos como entidades históricas que tienen un pasado y un futuro, y cuando entran totalmente en la historia. Sólo en los últimos doscientos años a lo sumo, y aun en un puñado de naciones adelantadas, ha comenzado a difundirse la conciencia social, política, e histórica entre la que podemos considerar mayoría de la población. Sólo hoy se ha hecho posible, por vez primera, siquiera imaginar un mundo que consista todo él en pueblos que han entrado en la historia en toda la amplitud de la expresión, y que pasan a ocupar al historiador, y no ya al administrador colonial o al antropólogo.

Esto implica una revolución en nuestra concepción de la historia. En el siglo XVIII la historia era aún la historia de las *élites*. En el siglo XIX los historiadores británicos comenzaron, a tirones, espasmódicamente, a avanzar hacia una noción de la historia como historia de toda la comunidad nacional. J. R. Green, historiador más bien pedestre, adquirió fama escribiendo la primera *Historia del Pueblo Inglés*. En el siglo XX no hay historiador que no apoye, de palabra, este punto de vista; y, pese a que los hechos son inferiores a las palabras, no me detendré en estas deficiencias, ya que me interesa mucho más nuestro fracaso, como historiadores, en tener en cuenta la dilatación del horizonte fuera de este país y fuera de Europa occidental. Acton, en su informe

de 1896, hablaba de historia universal como «aquella que se distingue de la historia combinada de todos los países». Y seguía así:

> Avanza según una sucesión para la que las naciones son subsidiarias. Su historia se contará, pero no por sí misma, sino refiriéndola y subordinándola a una serie más alta, según el tiempo y el grado en que contribuyen a la fortuna común de la humanidad (10).

Era valor entendido para Acton que la historia universal, tal y como la concebía, era la preocupación de cualquier historiador digno de tal nombre. ¿Qué estamos haciendo ahora para facilitar el enfoque de la historia universal desde este ángulo?

No me proponía tocar en estas conferencias al estudio de la historia en esta Universidad: pero me brinda tan sorprendentes ejemplos de lo que trato de decir que sería cobardía por mi parte eludir esta realidad. Durante los últimos cuarenta años hemos dedicado en nuestros programas amplio lugar a la historia de los Estados Unidos. Es éste un importante paso adelante. Pero ha llevado consigo cierto peligro de reforzar el localismo estrecho de la historia inglesa, que ya gravita como un peso muerto sobre nuestros programas, reforzarlo con el más insidioso e igualmente peligroso espíritu parroquial del mundo de habla inglesa. La historia del mundo de habla inglesa durante los últimos cautrocientos años ha sido sin lugar a duda un gran período de la historia. Pero hacer de ella la médula de la historia universal,

(10) *Cambridge Modern History: Its Origins, Autorship and Production* (1907), pág. 14.

y juzgar periférico a ella todo lo demás, constituye una desafortunada distorsión de perspectiva. Es obligación de una Universidad la de remediar distorsiones populares de esta clase. Me parece que la escuela de historia moderna en esta Universidad llega bastante allá en el incumplimiento de este deber. Es seguramente un error que un candidato pueda presentarse al concurso de premio extraordinario de historia en una Universidad importante sin tener un conocimiento adecuado de ningún otro idioma moderno además del inglés; recordemos a este respecto lo que en Oxford ocurrió a la antigua y respetada disciplina de la filosofía cuando quienes la practicaban llegaron a la conclusión de que podían pasar perfectamente con el llano inglés de cada día. Es seguramente un error que no se den facilidades algunas al estudiante que quiere estudiar la historia moderna de cualquiera de los países de Europa continental, por encima del nivel de los libros de texto. Un candidato con algunos conocimientos de los asuntos de Asia, África o Latinoamérica tiene hoy en día muy escasas oportunidades de exponerlos en un examen con, por tema, el magnífico título con aureola decimonónica de: «La Expansión de Europa». Por desgracia el título coarta el contenido: no se invita al estudiante a saber nada siquiera de países con una historia importante y bien documentada como China o Persia, fuera de lo acontecido cuando los europeos trataron de apoderarse de ellos. Se me dice que en esta Universidad se dan conferencias sobre la historia de Rusia, China y Persia —pero no las dan miembros de la facultad de historia. La convincción expresada por el catedrático de chino en su conferencia inaugural hace cinco años, a saber que «China no puede ser pensada al margen

de la corriente central de la historia humana» (11) ha caído en saco roto para los historiadores de Cambridge. La que en los años venideros podrá acaso considerarse como la más importante obra histórica producida en Cambridge durante el pasado decenio ha sido escrita por completo fuera del departamento de historia, y sin ayuda alguna por parte de éste: me refiero al trabajo del doctor Needhan, *La Ciencia y la Civilización en China.* Esto implica una lección de modestia. No hubiera expuesto estos defectos domésticos a la mirada de todos a no haberlos creído típicos de la mayoría de las otras Universidades británicas y de los intelectuales británicos en general, durante los años de mediados de nuestro siglo. El gastado viejo chiste acerca de la insularidad victoriana, «Tempestad sobre el Canal — el Continente está aislado», tiene un desagradable sabor de actualidad. Una vez más sacuden las tormentas el mundo de allende nosotros; y mientras que nosotros, en los países de habla inglesa, nos hacinamos bien prietos y nos decimos en el inglés llano de cada día que los demás países y los demás continentes están, por su comportamiento poco común, aislados de las alegrías y bendiciones de nuestra civilización, hay veces en que más bien parece que por nuestra incapacidad o nuestra negativa a comprender, nos estamos aislando de lo que en el mundo está pasando realmente.

En las primeras frases de mi primera conferencia, llamé la atención sobre la notable diferencia de visión que separa los años de mediados de este siglo

(11) E. G. PULLEYBLANK, *Chinese history and World history* (1955), pág. 36.

de los de postrimerías del XIX. Quisiera, para terminar, desarrollar este contraste, con la previa observación de que, si utilizo en este contexto las palabras «liberal» y «conservador», queda bien entendido que no lo hago aludiendo a su sentido de etiquetas de partidos políticos británicos. Cuando Acton habló de progreso no creo que pensara en función del popular concepto británico de «gradualismo». «La Revolución, o, como decimos, el Liberalismo», es una frase curiosa de una carta de 1887. «El método del progreso moderno —dijo en una conferencia acerca de la historia moderna diez años más tarde— ha sido la revolución»; y en otra conferencia aludió al «advenimiento de las ideas generales, que llamamos revolución». Esto queda explicado en una de sus notas manuscritas inéditas: «El *Whig* gobernó mediante el compromiso: el Liberal inicia el reinado de las ideas» (12). Acton creía que «reinado de las ideas» significaba liberalismo y que liberalismo significaba revolución. El liberalismo todavía conservaba, en vida de Acton, parte de su fuerza como elemento dinámico de cambio social. En nuestros días, lo que del liberalismo queda se ha tornado por doquier factor conservador en la sociedad. Carecería de sentido predicar hoy un

(12) Para estos párrafos, véase ACTON, *Selection from Correspondence* (1917), pág. 278: *Lectures on Modern History* (1906), págs. 4, 32; Add MSS 4949 (en la Biblioteca de la Universidad de Cambridge). En la carta de 1887, arriba citada, Acton califica el cambio de los "viejos" a los "nuevos" *Whigs* (es decir, los Liberales) de "descubrimiento de la conciencia": aquí "conciencia" (*conscience*) está obviamente asociado con el desarrollo de la consciencia (*consciousness*), —véase página 184, más arriba—, y corresponde al "reinado de las ideas". También Stubbs dividió la historia moderna en dos períodos, separados por la Revolución Francesa: "el primero, historia de potencias, fuerzas y dinastías; el segundo, historia donde las ideas ocupan el lugar tanto de las formas como de los derechos" (W. STUBBS, *Seventeen Lectures on the Study of Mediaeval and Modern History* (3.ª ed., 1900), pág. 239).

retorno a Acton. Pero lo qué importa al historiador es, primero fijar la posición de Acton, luego contrastar su posición con la de los pensadores contemporáneos, y en tercer lugar investigar qué elementos de su posición pueden ser todavía válidos en la actualidad. La generación de Acton padeció a no dudarlo una sobresaturación de confianza en sí misma y de optimismo, y no se percató bastante de lo precario de la estructura sobre la que descansaba su fe. Pero tenía dos cosas de que estamos muy necesitados hoy: un sentido del cambio como factor progresivo en la historia, y la creencia en la razón como guía nuestra para la comprensión de sus complejidades.

Atendamos ahora a algunas palabras del pasado decenio. En una conferencia anterior cité la manifestación de satisfacción de Sir Lewis Namier ante el hecho de que, en tanto se buscan «soluciones prácticas» para «problemas concretos», los «programas e ideales son olvidados por ambas partes», lo cual, añadía, era síntoma de «madurez nacional» (13). No soy muy partidario de esta clase de analogía entre el lapso de vida de los individuos y el de las naciones; y si ha de invocarse ésta, sobreviene la tentación de preguntar qué sigue a la fase de la «madurez» ya pasada. Pero lo que me interesa es el brusco contraste entre lo práctico y lo concreto, que son elogiados, y los «programas e ideales» objeto de censura. Esta exaltación de la acción práctica por encima de la teorización idealista es, desde luego, el marchamo del conservadurismo. En el pensamiento de Namier representa la voz del siglo XVIII, de la Inglaterra tal cual era al acceder al trono Jorge III, protestando contra la amenaza de irrupción inmediata de esa re-

(13) Véase más arriba, página 52.

volución y ese imperio de las ideas a que alude Acton. Pero esta misma expresión familiar de conservadurismo descarado bajo la especie de un empirismo descarado está sumamente de moda en la actualidad. Puede hallársela en su forma más popular en la observación del profesor Trevor-Roper, según la cual, «cuando los radicales gritan que suya es indubitablemente la victoria, los conservadores sensatos les dan en la nariz» (14). El profesor Oakeshott nos ofrece una versión más elaborada de este empirismo tan de moda: en nuestras preocupaciones políticas, nos dice, «navegamos por un mar sin fin y sin fondo», donde «no hay punto de partida ni lugar concertado de destino» y donde nuestra sola meta es la de «mantenernos a flote sobre una tabla ligera» (15). No será necesario que prosiga con el catálogo de los escritores coetáneos que han denunciado el «utopismo» y el «mesianismo» políticos; éstos han pasado a ser los términos corrientes para designar el oprobio que se hace recaer sobre las ideas radicales de largo alcance que conciernen al futuro de la sociedad. Ni he de intentar discutir recientes tendencias de Estados Unidos, país donde historiadores y teóricos políticos han padecido menos inhibiciones que sus colegas británicos en la proclamación abierta de su filiación conservadora. Mencionaré sólo una observación de uno de los más distinguidos y más moderados historiadores conservadores norteamericanos, el profesor Samuel Morison de Harvard, que al dirigirse a la American Historical Association por él presidida, en diciembre de 1950, decía que en su opinión había llegado el momento de reaccionar contra la que llamaba

(14) *Encounter*, vii, núm. 6, junio 1957, pág. 17.
(15) M. Oakeshott, *Political Education* (1951), pág. 22.

«línea de Jefferson-Jackson-F. D. Roosevelt», y reclamaba una historia de los Estados Unidos «escrita desde un punto de vista sanamente conservador» (16).

Pero es el profesor Popper quien, en Gran Bretaña por lo menos, ha expresado, una vez más, este cauto enfoque conservador en su forma más clara y más tajante. Reiterando en esto la repulsa de «programas e ideales» por Namier, ataca las políticas que dice se proponen «remodelar el "conjunto de la sociedad" según un plan determinado», y recomienda lo que llama «una estructuración social por trozos», y no parece arredrarse ante la imputación de «chapucería» o de «avanzar a ciegas» (17). Sin embargo hay un punto en que desearía rendir tributo al profesor Popper. Permanece defensor empecinado de la razón y no quiere parte en excursiones pasadas o presentes por el irracionalismo. Pero si miramos el contenido de su prescripción de «estructuración social por trozos», veremos lo limitado que resulta el papel que asigna a la razón. A pesar de que su definición de la «estructuración por trozos» no es muy precisa, se nos dice de modo específico que queda excluida la crítica de «los fines»; y los prudentes ejemplos que brinda de sus actividades legítimas —la «reforma constitucional» y «una tendencia hacia una mayor igualación de los ingresos»— deja patente que se parte de la base de que ha de operar dentro del supuesto de nuestra sociedad presente (18). La condición de la razón en el esquema que da de las cosas el profesor Popper es de hecho parecida a la de un funciona-

(16) *American Historical Review*, núm. lvi, núm. 2 (enero 1951), páginas 272-273.

(17) K. Popper, *The Poverty of Historicism* (1957), págs. 67, 74.

(18) *Ibid.*, págs. 64, 68.

rio británico, con poderes para administrar conforme a las políticas del gobierno en el Poder y aun para sugerir mejoras prácticas encaminadas a hacerlas funcionar mejor, pero sin derecho a poner en tela de juicio sus premisas básicas o sus metas últimas. Es ésta una tarea útil: yo también he sido en mi día funcionario. Pero esta subordinación de la razón a los axiomas del orden existente me parece totalmente inaceptable a la larga. No era así como Acton concebía la razón cuando proponía su ecuación: revolución-liberalismo-el imperio de las ideas. El progreso en los asuntos humanos, en la ciencia, o en la historia, o en la sociedad, ha provenido fundamentalmente de la valerosa disposición de los seres humanos a no limitarse a buscar la mejora, pedazo a pedazo, de la forma de hacerse las cosas, sino a librar, en nombre de la razón, batallas fundamentales al modo corriente de hacerlas y a las premisas confesadas u ocultas de que éste parte. Espero que llegará el tiempo en que los historiadores, los sociólogos y los pensadores políticos del mundo de habla inglesa recobrarán su valor para emprender esta tarea.

No es empero el palidecimiento de la fe en la razón entre los intelectuales y los pensadores políticos del mundo de habla inglesa lo que más me turba, sino la pérdida de la embargadora sensación de un mundo en moción perpetua. Esto parece a primera vista paradójico; porque pocas veces ha habido tanta charla superficial acerca de los cambios que tienen lugar a nuestro alrededor. Pero lo importante es que ya no se ve el cambio como un logro positivo, una oportunidad, un progreso, sino como un objeto de temor. Cuando nuestros augures políticos y económicos sentencian, nada tienen que ofrecernos fuera de poner-

nos en guardia frente a las ideas radicales y de largo alcance, instarnos a que nos mantengamos alejados de cuanto pueda tener matices revolucionarios, y a que avancemos —ya que hemos de avanzar— tan despacio y con tanta cautela como quepan. En un momento en que el mundo está mudando de aspecto, más rápida y más radicalmente que en cualquier otro período de los últimos cuatrocientos años, esto se me antoja ceguera singular, que alimenta la aprensión no de que un movimiento de dimensiones mundiales como éste se va a detener, sino de que este país, y acaso otras naciones de habla inglesa, queden postergados en el avance general, y caigan inermes y resignados en algún remanso de nostalgia. Por lo que a mí hace, sigo siendo un optimista; y cuando Sir Lewis Namier me instiga a eludir programas e ideales, y cuando el profesor Oakeshott me anuncia que no vamos a ninguna parte concreta y que lo que importa es velar porque nadie mueva el barco, y cuando el profesor Popper se empeña en conservar en la carretera aquel simpático modelo T por arte de un tantico de remiendo pieza por pieza, y cuando el profesor Trevor-Roper da en la nariz a los radicales alborotados y el profesor Morison aboga por una historia escrita con sano espíritu conservador, yo vuelvo la mirada a la calle, sobre un mundo en tumulto y un mundo a la obra, y contesto con las manidas palabras de un gran científico: «Y sin embargo, se mueve».

ÍNDICE ALFABÉTICO

ÍNDICE GENERAL